

LOS MEJORES CUENTOS DE

HERNAN
DEL SOLAR



DISEÑO DE PORTADA:
DEPTO. ARTE ZIG-ZAG.

DIAGRAMACION:
GERMAN URRIOLA M.

hernán
del
solar

***LOS
MEJORES
CUENTOS***

Editorial Zig-Zag

Hernán del Solar y la Vida Mágica¹

Hernán del Solar ha publicado su segundo libro de cuentos. El primero se tituló "Viento verde"; éste se llama "La noche de enfrente". Lo he leído con lentitud, interrumpiéndome para ir a mirar por la ventana la gente que pasa, los automóviles, los "buses" rojos, los grandes árboles de Hyde Park. He cerrado los ojos para atisbar mejor el revoloteo de una frase y no perder nada de sus tintas ni de sus ecos. Mi pieza ha quedado llena de zumbidos multicolores, como si hubiera sido invadida por mil abejorros, mariposas y otros deslumbrantes insectos que crepitan en las siestas del verano, en el campo. Por la ventana abierta se van y vuelven, siempre vestidos de colores nuevos que han ido a buscar lejos, en el torbellino de esta ciudad y de otras lejanas.

¹Este comentario fue escrito en Londres al aparecer "La noche de enfrente", y publicado en "La Nación", de Santiago, en julio de 1952. Su autor, Salvador Reyes, autoriza que, a manera de prólogo, sea reproducido en este volumen.

He reanudado la lectura, es decir, he seguido oyendo y contemplando estos enjambres de frases aéreas, sutiles, con la apariencia frágil de insectos, pero con la realidad firme de su vida orgánica, de su seguridad en el vuelo y de su rol sabiamente cumplido.

Así se me ocurre la prosa de Hernán del Solar. Mi imagen es seguramente pobre, pero no encuentro otra para expresar la sensación de brillo, de agilidad y de sorpresa que da el estilo de "La noche de enfrente". Los zumbidos y los colores entomológicos son los que sirven con mayor fidelidad al mundo mágico de Hernán del Solar. Es un mundo en que la naturaleza vive con realidad profunda y delicada. Los paisajes se ven, las flores se huelen, los cascos de los caballos golpean la tierra, los perros aúllan. ¿Y los hombres? Los hombres tienen también una realidad psíquica indiscutible; ofrecen reacciones particulares frente a la vida y a las cosas terrenales, pero a cada momento se escapan del mundo físico que conocemos y entran en el reino mágico en que impera el autor. Por eso, si yo fuera crítico literario y tuviera que juzgar "La noche de enfrente", me vería en grandes aprietos y tendría que conformarme con llamarlo "libro poético". Pero eso no significa nada. Toda creación es poesía. Lo interesante sería poder analizar las corrientes secretas de esta poesía y explicar cómo ella llega, por medio de elementos mágicos y sólo vagas relaciones con lo cotidiano, a entrar tan profundamente en la realidad secreta del hombre. Desde luego, para llevar a buen fin ese trabajo de análisis y de explicación, habría que dejar de lado los conceptos de imaginación y fantasía. Decir que "La noche de enfrente" es un libro imaginativo o fantástico no aclara más el problema que

si decimos que es un libro poético. Es fantástico, porque no es trasunto de la realidad material, pero es realista, porque es la expresión fiel de la vida subjetiva. Tal vez la definición que cuadraría mejor al arte de Hernán del Solar es la que da Edmond Jaloux, cuando habla de un "naturalismo mágico".

Naturalismo, porque la verdad del arte no está en la copia de la realidad material, sino en la verdad psíquica que la obra contiene y en el soplo vital que la anima. El artista crea vida, pero no la copia.

Un ejemplo: me acuerdo haber leído hace tiempo un libro de Bromfield titulado "24 horas". Todos los acontecimientos de esa novela encajan perfectamente en las experiencias de cada día. Seguramente intrigas como éstas son comunes en Nueva York (el libro se desarrolla en esa ciudad). No faltan los detalles ni la animación que un buen técnico de la literatura sabe introducir en su relato. Sin embargo, ese libro da una sensación de falsedad desde el principio al fin. Se ve que todos esos hechos, perfectamente de acuerdo con la realidad, han sido compuestos. El novelista no convierte a su lector en cómplice; éste lo sigue desde fuera, sin comprometerse. Así, "24 horas", a pesar de su realismo externo, es un libro falso. No lo es, sin embargo, "Las aventuras de Arthur Gordon Pym", donde se cuentan peripecias fantásticas, pero donde el hombre aparece con su verdad interna y donde el lector se compromete con su alma y sus nervios.

Por eso, si hablamos de realismo, de naturalismo, de fantasía, de imaginación, no logramos definir nada. Esas no son fórmulas que puedan, sin más, aplicarse a un libro como "La noche de enfrente". Sus solicita-

ciones son demasiado amplias y misteriosas para que basten etiquetas tan simples. Llamarlo "original" no aclara mejor el caso que nos propone este libro único, por lo menos, dentro de nuestra literatura.

Está compuesto de nueve cuentos. Algunos podrían llamarse apólogos, otros deslindan con la zona del poema, otros se presentan como novelas cortas. La clasificación genérica importa poco. El primero, "Pata de palo", contiene toda la extraña aventura de las generaciones que se van pasando sus sueños unas a otras como el atleta entrega la antorcha olímpica de etapa en etapa. Es el poema del niño que recibe el sueño maravilloso, el del hombre que le vuelve la espalda, escrito con una delicadeza de la cual no puedo pretender dar idea en una crónica. "Rododendro" es la historia del hombre que reemplaza la realidad visible por la invisible. Una vale tanto como la otra. ¿Por qué no, puesto que todo es apariencia en el mundo de los fenómenos? La transformación del arbusto en pez de madera, dotado de palabra, es posible para el hombre que ha envejecido en la soledad. "Bombo" es el cuento del creador de dioses, que rehúye su responsabilidad con elegancia.

Comentar, aun brevemente, los nueve cuentos, sería inútil. A Hernán del Solar no se le puede conocer sino leyéndolo. El fondo del tema se armoniza con la manera como está tratado y con el estilo, de modo que hay que paladear el conjunto. Sólo quisiera decir algo de "Bicéfalo", novela corta que cierra el volumen.

La originalidad de esta obra es tan evidente que no se necesita insistir acerca de ella. Lo interesante sería tratar de averiguar en qué reside esa originalidad. En el tema, desde luego. La dualidad del alma hu-

mana no es asunto que tiene con frecuencia a los escritores, pero que, sin embargo, ha producido algunas obras maestras como "El Dr. Jekyll y Mr. Hyde". Hernán del Solar lo sitúa en otro plano psicológico y lo enfoca desde un ángulo muy distinto. Su idea de contar que nace un niño con dos cabezas es una de las más peligrosas que puede concebir un narrador. ¿Cómo desarrollarla sin caer en lo grotesco, aun en lo ridículo; cómo dar consistencia a lo verdadero de ese mundo de falsedad? ¿Cómo infiltrar la emoción humana en ese drama de monstruo? Y lo más difícil: ¿cómo conseguir que el conjunto no sea monstruoso?

Hernán del Solar responde a estas interrogaciones creando un cuento perfecto. Podría ser grotesco u horrible, y no lo es, por la atmósfera poética; podría ser excesivamente dramático, y no lo es, por el humorismo delicado que viene a equilibrar los momentos de crisis. El trabajo de continua creación que hay a través de toda la obra es tan admirable como la armonía de sus elementos. Si los nueve cuentos de "La noche de enfrente" son nueve exponentes del realismo mágico, "Bicéfalo" es el que revela mejor ese arte especialísimo que consiste en expresar la verdad humana sin despojar a la vida de su condición de juego, sino, por el contrario, abriéndole todas las posibilidades, aun las del mayor absurdo. "Bicéfalo" no conoce los límites de la realidad cotidiana, y, a pesar de ello, es el que representa mejor la condición humana, porque el problema fundamental se sitúa más allá de lo que el hombre ve con sus ojos y toca con sus manos.

"Bicéfalo" es una pequeña obra maestra o, simplemente, una obra maestra, por su profundidad psicológica, su originalidad y

la forma como ha sido tratada. Es muy raro encontrar en el escritor un equilibrio como el de Hernán del Solar; ese sentido sutil que le permite mantenerse en el límite de lo patético y de lo humorístico, ese don que le permite reducir fenómenos pavorosos a hechos de la vida corriente. Posee la virtud de domesticar monstruos y de encerrarlos en marco de dulce poesía, de resignación amable, en paz con el destino y con el mundo circundante.

Quisiera hablar de "Coleóptero", de "La noche de enfrente", de "Orfeo" y, de manera muy especial, de "Naturaleza muerta", que me parece uno de los cuentos más sorprendentes y deliciosos del volumen. Ese hombre que se pone a soñar ante un arenque y una naranja es el autor de este libro, en alma, carne y hueso. Pero debo conformarme con decir algunas palabras acerca del estilo. Hoy se da poca importancia al estilo literario. Los novelistas afirman que la fuerza del estilo reside nada más que en la crudeza de las palabras. Es posible que tengan razón, pero es más posible aún que no pueda existir un lenguaje sólido sin estilo y que un estilo terso, claro, preciso como el de Hernán del Solar tenga mayor energía y firmeza que la prosa floja cuajada de obscenidades con que algunos autores se defienden. Siento la tentación de hacer citas de "La noche de enfrente", pero no terminaría nunca, porque todo el volumen está lleno de aciertos. Hay cuadros completos en unas cuantas líneas, descripciones detalladas dentro de una síntesis perfecta. Esta prosa fluye, chispea, canta; es una cosa viva, saturada de color; es sabia, sin perder nada de su espontaneidad.

Dos aspectos principales se destacan en este libro: el amor por la vida y el sentido

de la naturaleza. Es curioso, en efecto, constatar que un autor melancólico como Hernán es un enamorado de la vida, poseído de una alegría secreta y diáfana. Esta alegría proviene del don poético que le permite jugar con la realidad y transformar sus fenómenos. Vive en la atmósfera de un milagro continuo. Un arbusto convertido en pez dotado de palabra es, sin duda, un motivo reconfortante. ¿Cómo no se va a amar una vida poblada de semejantes maravillas? Hernán vive feliz en el escenario de sus creaciones. Es melancólico porque, como alguien dijo, "la tristeza es propia de las almas nobles", pero sus historias encierran siempre, disimulando con picardía o melancolía, un gesto amistoso a la vida. Decir que la nuestra es época de la angustia, es generalizar y caer en la tontería como siempre que se generaliza.

El sentido de la naturaleza es también patente en este autor, lo mismo que su amor por los objetos simples que nos rodean. En nuestro tiempo, corrompido por las ideologías y las doctrinas, un hombre que habla de las cosas humildes que tocan nuestras manos es un hombre que trae la salud y la verdad. En cada página de Hernán hay una palabra cordial para los árboles, la tierra, el cielo, las frutas y las bestias más pequeñas e indefensas; abundan los paisajes, siempre muy breves, pero agudos y emocionados; en cada página hay también palabras de ternura para los objetos que el hombre trabaja con sus manos y que lo acompañan a lo largo de la vida. Si Hernán no hubiera sido escritor, habría sido, sin duda, artesano.

Considerando estos aspectos, que son fundamentales en la obra de Del Solar, se puede afirmar que éste es un autor profunda-

mente verdadero y humano, en oposición a los deshumanizados y teorizantes. Para un novelista verdadero, las ideas no tienen valor; lo que tiene valor es la vida.

Aunque no he dicho todo lo que quisiera sobre el libro, deseo ahora agregar algo sobre el autor.

Hace exactamente treinta años yo envié a "Zig-Zag" algunos versos y artículos con la vaga esperanza de que fueran publicados. Mi sorpresa fue grande cuando los vi aparecer en páginas centrales, acompañados de hermosas ilustraciones. Había realizado, sin saber cómo, uno de los grandes sueños de mi adolescencia: publicar en "Zig-Zag", ver mi firma entre las de autores que admiraba. Lo que me produjo cierta decepción fue que los pueblos no se enteraran de mi triunfo, y que yo siguiera pasando desapercibido en mi barrio. Esta aventura me dejó para siempre un cierto escepticismo respecto al renombre literario.

Me presenté a "Zig-Zag", tímidamente. Allí fui acogido de manera muy cordial por Carlos Acuña, entonces secretario de redacción. Me hizo conocer a "Alone" y a Pedro Prado, los cuales también parecieron interesarse por mí, cosa que terminó de convencerme, naturalmente, de que había alcanzado la inmortalidad. ¡Y tan joven! ¡Qué complicación!

Mi inquietud no se prolongó largo tiempo, y fue el ejemplo de Hernán del Solar el que me trajo suavemente a la realidad. Hernán trabajaba en "Zig-Zag", discurría familiarmente con Acuña, "Alone", Prado y otros escritores célebres; podía publicar en la revista, y, sin embargo, no parecía darle importancia al renombre literario y nunca firmaba sus artículos.

Sin proponérselo y sin ninguna "pose",

Hernán era en aquel tiempo un verdadero personaje de Giraudoux, más exactamente de "L'école des indifferents". Vivía en un mundo propio lleno de sorpresas y de imágenes, sin cuidarse de las cosas materiales; llegaba atrasado a todas sus citas o no llegaba, permitía que los papeles formaran colinas y montañas en su mesa de trabajo, prefería vagar por la ciudad a encerrarse a escribir. Sin embargo, no "estaba en la luna"; su inadaptación a las exigencias de lo cotidiano iba acompañada de un agudo sentido crítico y de un gran poder de captación. Leía mucho y desarrollaba una actividad particular, sin salir de su mundo mágico que ya anunciaba "Viento verde" y "La noche de enfrente".

Casi cada día me narraba el argumento de un cuento que se proponía escribir, pero que no pasaba nunca al papel. A mis instancias respondía con risas y bromas. Más de un volumen formarían esos argumentos sugestivos, irónicos, melancólicos y siempre originales, que Hernán ha desdeñado. Yo le hacía reproches y le trataba de perezoso. Sólo más tarde comprendí todo el pudor que hay en su trabajo literario; no le contiene solamente el anhelo de perfección, sino también cierto temor de entregarse en el papel impreso.

Yo quería arrastrarlo a la conquista del renombre literario (inocencia juvenil) y a la vida periodística, que me parecía deslumbrante, pero Hernán oponía una indolencia admirable a mis esfuerzos. Un día entregó a "Zig-Zag" un cuento excelente y, a pesar de mis protestas, lo firmó con un seudónimo cualquiera. Fui a las cajas y, sin darme cuenta de la indelicadeza que cometía, le puse su nombre. Creo que ha sido la única vez que hemos estado a punto de pelearnos

en treinta años de amistad. Cuando Hernán vio su nombre al pie del cuento aquel (que, lo repito, era buenísimo), perdió su indolencia y se puso furioso.

Otra vez le convencí de que se consagrara al reportaje y yo mismo le busqué tema: entrevistar a las primeras chilenas que se habían graduado de abogado. No sé quién me dio los nombres de dos o tres de esas damas, y como Hernán fuera dejando las cosas de un día para otro, una mañana cogí del brazo a mi amigo y lo arrastré al trabajo, dispuesto a ayudarlo, con la que yo ya creía experiencia de un reportero fogueado. Calle Prat adentro, llegamos a una puerta donde vimos la plancha de la profesional que nos interesaba y tocamos el timbre. Nos recibió una señora amable, quien nos introdujo en un salón vetusto. Yo expuse nuestro propósito, porque Hernán se había sumido en un mutismo de pez, y empecé a interrogar a la dama para dar a mi colega el ejemplo de lo que debe ser un reportero de gran estilo. La señora se mostró muy contenta de que la prensa se ocupara de ella. Hablamos un buen rato hasta que, ¡oh desolación!, la entrevistada interrumpió una de mis preguntas, diciéndome: "Pero yo no soy abogado; soy dentista".

Miré a Hernán implorando socorro y encontré sus ojos brillantes de malicia. Sin embargo, me auxilió. Con una elocuencia que no le suponía, convenció a la señora de que, precisamente, lo que nos interesaba era saber cómo la odontología había empezado a cautivar a la mujer chilena y cómo las primeras dentistas habían asumido sus responsabilidades. Salimos de allí, Hernán triunfante y yo alicaído. En la puerta miramos la plancha: decía "Dentista" en perfecto castellano y letras muy claras.

Escribiendo estas líneas me apena pensar que nunca publicamos esa entrevista y que la gentil señora debió comprar "Zig-Zag" durante largo tiempo con la esperanza de ver su nombre y su fotografía.

Una vez Hernán me dio cita para la noche en la puerta de un cine de Almirante Barroso. Acudí a la hora indicada y esperé mucho tiempo. Cuando ya iba a marcharme, divisé a mi amigo. Había olvidado nuestro *rendez-vous* y pasaba por ahí casualmente. Me introdujo en aquel cine, que era una especie de tertulia literaria, y me presentó a Angel Cruchaga Santa María, Federico Gana, Alberto Valdivia y otros escritores. Aquél fue nuestro punto de reunión cada noche, durante varios años. Cuando el cine se cerraba, la tertulia seguía en algún bodegón. Federico nos leía sus "Manchas de color", y Alberto Valdivia sus versos. Algunas veces aparecía por ahí Vicente Huidobro, y, entre dos misiones diplomáticas, llegaba Juan Guzmán Cruchaga. Una noche esperamos vanamente a Federico. Al día siguiente nos anunciaron la muerte de nuestro gran amigo.

En ese tiempo llevábamos una vida activa, alegre, algo fantástica y (cosa que, según creo, no conciben los jóvenes de hoy) completamente desprovista de preocupaciones políticas. Eramos lo menos *engagés* del mundo. Nos sentíamos libres, contentos, con buena salud y con una inagotable curiosidad por la vida y por los libros. Eramos grandes peripatéticos. Atravesábamos Santiago en todas direcciones y a todas horas del día y de la noche, escudriñando rincones pintorescos y divirtiéndonos con cualquier cosa. Cada vez inventariábamos docenas de personajes curiosos y de escenas extraordinarias, aparte de saborear pequeñas aventuras que

no dejaban de acaecernos. Pronto prolongamos nuestras exploraciones a Valparaíso y San Antonio.

Sin la menor sombra de "snobismo", Hernán del Solar seguía la actividad francesa e inglesa como si viviera en Londres o en París. Nada se le escapaba, ni libros ni revistas. Desde entonces ha seguido siendo el escritor más culto y mejor informado de nuestra generación y el único de ella que reveló condiciones de crítico con una sólida base de conocimientos y un juicio penetrante. Fue él quien me dio a conocer autores ignorados del gran público y que se contaron después entre mis favoritos: Marcel Schwob, Remy de Gourmont y otros.

Alrededor de 1930, Hernán, Angel Cruchaga, Manuel Eduardo Hübner, Luis Enrique Délano y yo fundamos la revista "Letras", que duró varios años y que, lo supongo, tendrá un lugar en la historia de nuestra literatura, porque en ella colaboraron todos los escritores de valer y se registraron minuciosamente sus actividades. Tratamos de interesar al público en la vida de nuestros novelistas, poetas, pintores, escultores y músicos. Nos ocupamos también de autores extranjeros, y publicamos la "Hora", de Blaise Cendrars; Thomas Mann, Saint-Pol Roux, Mac Orlan, Apollinaire, Lubicz Milosz y muchos otros. Hicimos "Letras" con espíritu alegre. En nuestra regocijada comparsa, Hernán llevaba la voz cantante y aportaba su inagotable fantasía. Cada número de "Letras" daba lugar a las más extravagantes reuniones.

Los años han pasado, pero siento que la juventud no se ha ido. Estoy cierto de que si me encuentro con Hernán del Solar y echamos a andar juntos por las calles como antaño, ella vendrá a colocarse entre noso-

tros y a unirnos con la misma cordialidad de entonces. Habrá seguramente muchos "¿te acuerdas?" un poco melancólicos en nuestra conversación, pero muy luego la juventud que tan apasionadamente vivimos nos golpeará la espalda con gesto amigo y nos empujará por caminos alegres, poblados de seres que aman la vida, la naturaleza, los objetos, con esa mezcla de simplicidad y fantasía que Hernán ha puesto en los cuentos de "Viento verde" y "La noche de enfrente".

Londres, julio de 1952.

SALVADOR REYES.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

De
"VIENTO VERDE"

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

VIENTO VERDE

I

En ese tiempo, el verano significaba para mí innumerables alegrías. Recuerdo que pensaba en él muchas veces durante el año. Por ejemplo, cuando la lluvia golpeaba su tamboril indolente. Entonces me arrinconaba en una pena sin objeto, amaba violentamente los perdidos paisajes y reconstruía mis alegres mañanas junto al mar.

Yo sabía que era verano cuando veía a mi madre ordenar las maletas. Desde ese momento, todo me divertía: la palabra viaje, la imprevista resonancia de los cuartos vacíos, la noche que venía demasiado pronto.

Pero mi verdadera alegría comenzaba lejos de la ciudad. Mis padres poseían una casa de murallas grises, con pequeñas ventanas hacia el océano. Me gustaba oír desde mi pieza la canción derribada entre las rocas, emergida de pronto igual y diversa, poblada de aventureras imágenes. Pero cuando atardecía, me daba miedo la soledad. Yo no era entonces sino un niño de diez años.

A menudo salía con mi padre. Cuando me cansa-

ba, me tendía su mano. Yo lo interrogaba acerca de todo, y él nunca dejaba de responderme. Conocía el nombre de los pájaros, los árboles, las estrellas y los vientos. También sabía agradables historias.

A veces, lejos de la casa, por cualquier camino, nos encontraba la noche. Si él callaba, le hacía apresuradamente preguntas inverosímiles.

—Eres cobarde —me decía—, y eso no está bien en un hombre.

Yo admiraba la seguridad que veía en mi padre. Sentía vergüenza de ser tímido, soltaba su mano, y me complacía en imaginar unas hazañas que concluían por atemorizarme de nuevo. Entonces estoy seguro de haberme despreciado secretamente.

En cambio —invadido de bullicioso contento—, las mañanas eran para mí un refugio sin orillas. Tendido frente al mar, o corriendo por la arena, gritaba gozosas palabras a los pájaros marinos, y en el reventar de cada ola podía cazar un júbilo inesperado.

—¿Sabes? Seré marinero —le decía a mi padre—. Así nunca tendré miedo.

Y todavía creo recordar que mi padre sonreía al verme caminar con oscilante paso de piloto.

* * *

Fue probablemente una de esas mañanas cuando la vi por primera vez. Ya el tiempo ha volteado su secreta bruma sobre ese día, y no consigo recoger el detalle preciso que abra un libre camino a mi recuerdo. Sin embargo, creo entrever a mi padre y me parece escuchar la música de grandes olas que levantaban, caían y regresaban a remover su espumosa cadena.

Hablábamos del mar, seguramente.

El me decía todo aquello que me gustaba, todo aquello que me ponía a oírle con ojos muy abiertos, y que en las noches derrumbaba terribles sueños sobre mi cuarto. A través de sus palabras, crueles monstruos de viscosos brazos y ojos verdes como hierba, se me aparecían vigilando el océano, aprisionando ma-

rinos, barcos y tesoros. Entonces temblaba a mi pesar y mi padre se burlaba de mis temores.

—Serás un buen marinero —reía—, porque no cualquiera es tan valiente como tú.

Yo miraba hacia el mar. Y el ronco aullido del agua me repetía un llamado de bestias sin destino, agazapadas y en acecho.

Pues bien, en un momento como éste —no lo dudo— la vi por primera vez. Era alta, hermosa, nos miraba como si sus ojos azules hubieran quedado lejos, me hablaba inclinando su perfume hasta cerca de mi cara. Y fue, exactamente, su perfume el que me despertó un corazón distinto, que me pertenecía y yo ignoraba. Recuerdo que aquello sabía arañar con dulzura, que aquello animaba extraños deseos: saltar, gritando, alrededor de ella, ser dueño de todas las aventuras, besar repentinamente su mano.

Pero a veces mi padre me alejaba de ellos. Si me aproximaba, dejaban de hablarse. Me decían que corriera, que alcanzara algún pájaro detenido lejos, en la playa, que los niños no debían cansarse nunca. Y yo sentía un vago rencor hacia todo, apretaba los puños, me sentaba donde no podía escucharlos. Entonces —cerrados los ojos—, me acuerdo de haber pensado cosas imposibles. Evocaba los monstruos submarinos que mi padre me describiera tan a menudo, y me imaginaba caído entre sus duras amarras. Me veía perdido en la noche, apresado en horribles tormentas, muerto silenciosamente, mientras se me buscaba con un corazón desesperado.

Esta era mi venganza, de la que salía con ojos húmedos para acudir al llamado de mi padre.

Pero no es esto lo que he querido recordar.

Es a ella a quien veo ahora, con su lenta mano enredándose en mis cabellos, con sus lejanos ojos en el mar, en mi padre o en mí. Me agradaba oír la, respirar ese olor que emergía de su sombra, que apresuraba en mi pecho un latido diferente. Yo siempre era feliz cuando la tenía cerca.

Sin embargo, recuerdo que un día me besó entre

los ojos y que una ira violenta me hizo rechazarla con todo el vigor de mis manos. Sentí que me besaba como se me había besado muchas veces, porque era niño y se me podían decir en seguida palabras sin objeto:

—¿No te gusta correr? Eres demasiado pequeño para tu edad.

Pero el día que se fue conocí una pena semejante a la de los hombres. Su mano se agitó un instante, se borró después y desapareció para siempre la misma noche que dejé atrás mi infancia.

II

Nunca se entraba en un cuarto al que se iba por una escalera de caracol. En un principio, tal vez desde su ventana miraron la venida de la noche. Pero después se llenó de viejas cosas inútiles. Y quedó abandonado.

Una mañana vi que mi padre subía la escalera. Mi madre había salido, atraída por la campana que sabía llevársela. Su lenguaje estaba hecho para vestirla de negro, ponerle entre las manos un libro pequeño, repleto de estampas, y llevársela de prisa.

Me oculté a mirar qué hacía mi padre. Crujieron los peldaños, se abrió la puerta, sentí rumor de objetos removidos, y cuando me di cuenta de que bajaba corrí a jugar en el patio.

—¿No salimos hoy? —me dijo desde lejos.

Caminamos de espaldas al mar, por los cerros, sin hablarnos. Esa mañana no tuve historias, ni conseguí pedir las. Yo estaba seguro de adivinar en qué pensaba mi padre y un sentimiento desconocido me oprimía la garganta. Entonces, de haberlo podido, habría alcanzado a saber lo que es el odio.

Pero eché a correr como otras veces, lancé menudas piedras a las quebradas, y de repente, incapaz de vencer esa angustia que trepaba hasta mis ojos, empecé a llorar con ira y pena. Mi padre se acercaba,

pronto estaría a mi lado, y restregué con fuerza mi cara.

Durante la noche, recordé mucho tiempo a la mujer. Se había ido y todo parecía diferente. Pero ahora sentía que no era posible pensar más en ella, que mi padre no estaba conmigo, que las bellas aventuras de los naufragios y los abordajes no tenían sentido ninguno. Y deseé con extraordinaria vehemencia entrar en el cuarto abandonado. ¿Qué esperaba encontrar ahí? Sin embargo, me dormí pensando en otra cosa. A menudo me sucedía desprenderme de todo y ser un niño entre los niños.

Ahora bien: mi padre siguió siendo el mismo alegre narrador de cuentos. Yo lo miraba mientras me refería los quehaceres de los corsarios, como si fuera otro hombre. Entre él y yo había un secreto que me atormentaba. Y sus ojos, sus dientes, sus orejas, sus manos me parecían los de un forastero. Podría irse de pronto y no le conocería ya. Entonces volvía la mirada hasta mi madre. Flacucha, callada, movía con lentitud una mano, como para detenerlo, y decía:

—Le estás llenando la cabeza de cosas que no sirven.

El se encogía de hombros y me preguntaba:

—¿No piensas ser marino? Tienes que conocer todas estas historias.

Peró ya no me divertía como antes. Y una tarde regresamos a la ciudad.

III

Recuerdo que mi madre era pequeña y silenciosa. Siempre parecía dispuesta a que la olvidáramos.

A veces, reíamos con mi padre. Si ella no se encontraba con nosotros, asomaba su rostro chiquito, sonreía sin que la advirtiéramos, y desaparecía hacia alguna labor que nunca la dejaba. No se la sentía venir ni alejarse. Pero su presencia estaba en cada limpio rincón de nuestra casa.

—Eres desordenado —le decía a mi padre—. No arrojes los papeles en el suelo —me rogaba.

Y ponía orden en todo, frágil y diminuta, como pidiendo que perdonáramos su diligencia.

—Tu madre va a concluir condecorada por las hormigas —aseguraba mi padre burlonamente.

Estas palabras me proporcionaban una imagen inverosímil, que me divertía un rato. Mi madre movía graciosamente la cabeza.

Pero una tarde vi, con espanto, que sufría. Es inútil que el tiempo me entregue todas las emociones que pueden conducirme lejos de ese instante escondido. Encuentro la ruta que a él me lleva. No vacilo en tomar la dirección precisa, que cruza los años y llega hasta el cuarto de mi padre, un domingo, a la hora del anochecer.

—Cuando empieza el otoño, nada me alegra tanto como sentir que el aire fresco me salta encima. Me gusta recibirlo. ¡Vamos, pirata, el abrigo es para los osos! —me había dicho mi padre.

Y bajamos los dos al jardín. Callamos largamente, mientras el viento se afanaba en un rumor que podía servir a nuestra memoria para su taciturna faena. No nos mirábamos, atentos al vertiginoso vaivén de las hojas, apenas el viento irrumpía entre ellas. Inesperadamente, se detenía en lo alto, se iba, cohibido y astuto, y bajaba de nuevo a volcarlas, divirtiéndose con las desesperadas señas que se hacían del peligro.

—Me estoy convirtiendo en un oso —dije de repente—. Voy por mi chaqueta.

Y subí sin hacer ruido. Estaba obscura la casa. En el cuarto de mi padre había luz. A través de la puerta entornada vi a mi madre. No me sintió venir y continuó precipitadamente hurgando uno de los cajones. Comenzó a leer un papel pequeñito, lo guardó en seguida —cuidadosa— y entonces la oír llorar con un sonido agudo, que atraviesa el tiempo y me acompaña ahora como si golpearan a mi lado una leve campana.

No alcancé a huir. Mi madre cruzó el pasillo y se

encerró en su pieza. Llegué hasta la mía y no he olvidado que, de pie ante la cama, volví a ver a mi padre subiendo la escalera de caracol. No hacía mucho que habíamos regresado a la ciudad y ya este recuerdo se perdía entre los que no aparecen. Y de pronto se mostraba, sin otra significación que la del infortunio.

Permanecí en mi cuarto y el sufrimiento que acababa de sorprender en mi madre agitó una vez más todo lo que se iba. Alta y hermosa. Mi padre callaba cuando yo estaba cerca y ella sonreía mirando hasta el mar. Cerré los ojos. No pude saber ya cómo eran sus cabellos, cómo miraba fijamente y decía:

—Si corres, vas a crecer como los grandes capitanes.

La olvidaba, pues, para siempre. Había oído llorar a mi madre, y una emoción que me ahogaba abría hacia ella un camino en que nada se parecía a lo que viera. Sentí la soledad, la dura soledad que después no abandona. Y desesperadamente apreté los puños contra todo.

* * *

Muchas veces, ahora, mi padre nos dejaba tardes enteras. A menudo empezaba a cantar con alegría. Si mi madre pasaba a su lado, callaba y la seguía con los ojos.

Después volvía a cantar.

Una noche, cuando leía yo un libro con viejos grabados de hombres que se cubrían con pieles de animales y vivían de la caza, de vencer a las tribus que venían a ellos, se inclinó sobre mi hombro, acarició mi cabeza y estuvo después paseando por el cuarto.

—Ya no eres un niño —declaró de súbito—. Ahora tienes que aprender por ti mismo muchas cosas que no te he contado. Así hemos hecho todos.

Entonces hubiera querido acercarme, cogirme de sus manos, pedirle que, como antes, nos acompañara.

Pero huí a hallarme lejos y pensé, precisamente, en todo lo que un niño puede pensar para angustiarse.

IV

No lloró mi madre cuando nos quedamos solos. Nunca lloró cuando la tuve delante, ni tampoco cuando era la hora de encontrarnos cerca y poder, repentinamente, buscarnos.

Pequeñita, hacendosa, taciturna, siempre logró hallar un quehacer más prolijo. Se levantaba cuando el día no entraba en la casa, y desde entonces vivía alejando de ella el reposo. Dos o tres veces intentó contarme alguna historia; pero fue en esos momentos cuando temí verla llorar. Era preferible que se interrumpiera, que se levantara, que correteando por los cuartos y los pasillos olvidara referirme el último destino del filibustero o del ángel.

Para estos menesteres contaba con mi soledad. Me arrinconaba en ella y los libros me relataban todo lo bellamente inútil. Ahora poseía todos los libros de mi padre. Podía entrar en la sala que, en su ausencia, antes estuvo cerrada siempre, y cuando allí trabajaba olía a cigarro y se pasaba de puntillas frente a su puerta.

Los libros se alineaban contra los muros, hasta una altura que me parecía inalcanzable. Pero una escala favorecía al curioso que atisbaba los gruesos volúmenes de los perdidos anaqueles. Una vez arriba, llameaban los caracteres dorados sobre el cuero rojo. Y lo que decían era inolvidable.

Bajaba peligrando, soltaba el pesado libro contra una silla y respiraba hondamente. Nadie venía después a buscarme hasta el castillo de los caballeros, la posada de los contrabandistas, el dormitorio del rey desconsolado. Solo salía de ese indeterminado tiempo, y solo me encontraba en la casa.

De esta manera crucé cada día un país cambiante y siempre hermoso. A menudo me acompañaban pas-

tores, ladraban los grandes perros, y la noche encendía angostas ventanas en la torre del solitario. A veces me perdía en el puerto ruidoso, vestían los hombres unos harapos sobre las cicatrices, y los papagayos reían en el hombro de los bebedores.

Mi madre, cuando me iba a dormir, no adivinaba mi reciente compañía.

—Rézale a Dios por los que están lejos —murmuraba.

Pero los que están lejos, cuando los días suman sus noches y sus mañanas, cada vez se ocultan mejor de cuantos procuran alcanzarlos. No es un niño el llamado a darles caza como a una abeja zumbadora.

Ya mis oídos no atendían a cierta voz, mis ojos no percibían ciertos rostros. Esta es jugada del tiempo: todo se lo lleva y de improviso todo lo devuelve.

No obstante, la voz y el rostro en que procuraba no pensar estuvieron otra vez conmigo. Yo descendía con el volumen más viejo, me sentaba a mirar sus grabados, y aparecía el que más me gustaba.

Recuerdo con toda claridad que habría llorado si mis ojos contraídos con fuerza, mis dientes apretados con ira, mis manos crispadas con resolución no hubieran combatido el llanto. Allí tenía el bello Viento Verde, con el escocés que cantaba, el negro Tanganyka, Cocoroco o Camerón, con su acordeón y sus tatuajes, y el español, sentado sobre las cuerdas, escuchando.

Era un hermoso grabado y mi padre había inventado para él una historia que me seducía.

—¿Quiénes son? —le dije—. ¿Qué cantan?

—Es la canción del viento verde —me contestó, dispuesto a encontrar en seguida una historia que se acomodara entre las dos palabras repentinas, y pudiera, desde entonces, repetirse tantas veces como yo se la pidiera.

Siempre hacíamos así. Decía el título que le agradaba, reía un rato, moviendo alegremente la cabeza, y pronto la historia tenía un comienzo, me encantaba

el tiempo necesario para todas las maravillas, y un fin impresionante me obligaba a decirle:

—Dame el lápiz. Voy a apuntar cómo se llama el cuento.

Y lo escribía en un rincón de la página, para que otro día cualquiera volviese a contármelo.

Allí decía: "Viento verde. El español escuchaba mirando el mar. Cantaba el escocés. El negro tocaba su acordeón".

—Este es el viaje que no termina —me había dicho mi padre—. Este es el barco que anda por el mar y no se detiene. No importa que los faros no iluminen su ruta. El español, el negro y el escocés la conocen. Ya lo ves: están tranquilos. El escocés tiene una voz hermosa: canta y su voz es la de la ola verde e inquieta, que va creciendo mientras se alarga el canto. ¿Y el negro? ¡Ah!, éste se llama Tanganyka, o se llama Cocoroco, o se llama Camerón (porque un negro puede llamarse como quiera), y su acordeón hace que el viento venga hasta el mar. Es el viento verde, el viento de los bosques, el viento que cuando sacude los pinos los derriba, y después se va a golpear el agua. Sube y baja el mar azotado por el viento verde, y el único barco que nunca naufraga es éste en que toca el negro su acordeón, mientras el escocés agita la ola que trepa, y estremece la ola que cae, porque así es su canto. Entonces el español, que no sabe ser músico, pero que ama la tempestad, la mira y escucha. Después el negro se enjuga la frente, el escocés tose para despejar su garganta, y el español estira, con pereza, los brazos. El mar vuelve a su sosiego, el viento verde se va a los bosques, y las aguas están llenas de ahogados que abren los ojos y chocan, lejos, con la roca que siempre los ha visto.

V

Corté cuidadosamente el grabado y lo puse en mi cabecera. Mi madre le dio una mirada, y, como no

quería ni a la tierra ni al mar, me habló de otras regiones también pobladas de peligros y, a veces, de alegrías.

Pero yo lo tuve cerca hasta que vestí de negro y vi nuevamente llorar a mi madre, esta vez sin esconderse.

Ocurrió esto poco después de mi más secreta aventura. No necesito detenerme a recordar. Todo está en mi memoria tan persistentemente definido que me basta allegarme hasta esa noche, entrar en ella, mirar a uno y otro lado de sus orillas.

—No te olvides —me dijo mi madre—. Rézale a Dios por los que están lejos.

Me lo decía siempre y yo subí a mi cuarto. Apagué la luz para dormirme. Y el sueño me acogió tan rápidamente como lo deseaba.

Pero entonces, en algún momento, empezó a silbar el viento distante. Y corrió enredando y desenredando su violencia, hasta llenarse de un olor de pinos, y hacerse verde y buscar las aguas. Volví los ojos en torno y allí escuchaba el español sentado sobre las maromas, tocaba el negro su acordeón estruendoso, cantaba el escocés mirando las estrellas. Un espanto terrible subió a mi corazón, y también parecía cantar. ¿Cómo pude encontrarme a bordo? Me aproximé al negro, tendí el oído. Sin mirarme, tocaba, y el viento era la única música sobre el mar. Fui hasta el escocés y acerqué mi cara a su boca, que estaba cantando; pero la única canción era la de la ola verde lanzada sobre la noche, la de la ola verde caída hasta la entraña del abismo obscuro. Lleguéme al español, que no se volvió ni entonces ni después.

—¡Eh, Tanganyka! —grité, regresando hasta el negro.

Y como no me respondía, recordé que podía llamarse Cocoroco.

—¡Eh, Cocoroco! —grité.

Y como no me respondía, pensé que podía llamarse Camerón.

—¡Eh, Camerón! —grité.

Y como no me respondía, callé súbitamente, an-

gustiado y contento del mar, de la noche, de mis absurdos compañeros.

Pero el viento verde empujaba el barco y desesperaba el agua invadida y el tiempo no tenía fin. Hasta que el negro pasó una mano por sus ojos y suspiró; el escocés dio unos pasos y fijó la mirada en el español, que alzó los brazos y dejó de contemplar la tormenta.

Nadie lo vio, entonces, sino yo, que aún miraba el mar: mi padre abrió los ojos fríamente y se alejaba en una ola calmada que el viento ya había abandonado.

Nada más.

Entonces mi madre comenzó a llorar y yo vestí de negro, como se acostumbra.

gustiado y contento del mar, de la noche, de mis absurdos compañeros.

Pero el viento verde empujaba el barco y desesperaba el agua invadida y el tiempo no tenía fin. Hasta que el negro pasó una mano por sus ojos y suspiró; el escocés dio unos pasos y fijó la mirada en el español, que alzó los brazos y dejó de contemplar la tormenta.

Nadie lo vio, entonces, sino yo, que aún miraba el mar: mi padre abrió los ojos fríamente y se alejaba en una ola calmada que el viento ya había abandonado.

Nada más.

Entonces mi madre comenzó a llorar y yo vestí de negro, como se acostumbra.

EL RETRATO

I

Mi demonio familiar es peludo y violento. Felizmente no me acompaña a cualquier hora del día. Puedo olvidar, a ratos, su existencia, y pensar que soy libre. Sin embargo, tengo su nombre y su oficio: Jenaro Pérez, zapatero de barrio pobre. Y esto no me permite ser sino su esclavo.

La casa en que vivimos es la residencia del viento. Entra en el día y en la noche, se instala junto a nosotros y es inútil que tratemos de no advertirlo. Nos coge de la garganta, si somos descorteses, y nos echa su aliento con violencia. Entonces nos arrebuja-mos de alguna manera y le oímos silbar una canción que no nos gusta.

Mi tío Jenaro le ha domesticado como a un gato gruñón. No le importuna cuando trabaja, ni cuando come. Únicamente cuando duerme suele saltarle encima y obligarlo a proferir palabras que son del dominio de los vagabundos, en el invierno.

Cierto es que si poseyera la camiseta a rayas azules que mi tío Jenaro luce todo el año, tampoco diría yo que el frío es una mala cosa. Pero ocurre que la

camiseta no está conmigo cuando más pienso en ella. Desgracias como ésta son las que forman la vida y no me quejo, realmente.

Visto como otros muchachos de mi condición. Cuello, corbata, y unos zapatos que, cuando mi tío está de buen humor, resisten sin fatiga aparente largos trayectos por encima de la lluvia. Los estudiantes andamos así por la ciudad, casi siempre, aunque una vez en casa tengamos algunos que desfigurarnos, para evitar que las mangas echen lustre, los codos se deshilachen y las rodilleras nos vayan precediendo como lazarillos.

Esta apariencia confortable seduce a mi tío Jenaro. Me mira de pies a cabeza y masculla su felicidad en cuanto baja los ojos en señal de olvidarme.

No me olvida, sin embargo, bien lo sé. Vigila mis menores movimientos. Si, de pronto, no me ve con un libro entre las manos, comienza a gruñir con su voz gruesa:

—Yo no aprendí nada y soy un imbécil. Pero tú tienes que estudiar, idiota.

No le respondo y me sumerjo en la lectura. Es, a veces, un texto de estudio; pero ha solido ser una novela de piratas. Después voy a acostarme y el nuevo día llega cuando menos lo necesito.

Ahí está mi tío Jenaro, con su camiseta, sus bigotes caídos, su barba revuelta y brillante. Se ha levantado antes que yo y prepara el desayuno.

—Pronto, pronto —me dice.

Tiene una prisa igual para largarme en las mañanas y para verme regresar en las tardes. Soy el hombre que está colmándose de ciencia y debe ser exacto en todo.

—Hoy te has atrasado diez minutos. Si esto se repite, pon duro el pellejo.

No obstante, me golpeó solamente cuando niño. Hace años que se limita a vagas amenazas y a descargar sobre infortunadas suelas la ira de sus peligrosas manos.

Pero refunfuña largo tiempo:

—Los ricos son todos unos cochinos. Los pobres, más cochinos todavía. Hay que tener conciencia.

Le dejo murmurar, levanto la cortina que separa el taller de nuestras absurdas habitaciones, elijo el libro que habrá de apaciguarlo, y vuelvo a la silla que me tiene reservada, junto a su banco maloliente.

—¿Qué has aprendido hoy? —me pregunta de improviso.

—Electrodinamismo —contesto con desgano, como quien desea guardar su secreto.

Estas palabras le estremecen de regocijo y calladamente le obligan a respetarme.

Pero mi tío Jenaro no es un hombre ridículo. Si me burlo de él, de tarde en tarde, es porque mi intención no se parece a ninguna. Al fin y al cabo, mi vida se apoya íntegramente en su sacrificio. Trabaja para mí y sus ahorros me pertenecen. Exiguos ahorros, por lo demás: la herencia de una tierra diminuta y algunos animales, todo lo cual fue vendido para ir viviendo y para que me instale cuando tenga mi oficio.

—Así vas a ser algo, holgazán —vocifera cuando se acuerda de esto.

Porque es el caso que mi tío Jenaro pertenece a esa raza de hombres que se avergüenzan de ser bondadosos. Necesita enfurecerse a cada instante, para que la ternura no le traicione.

II

Hay diferentes maneras de comenzar a ser desventurado. No es imprescindible reparar, por ejemplo, en que la vida tiene dos caminos: el que transitamos diariamente y el que no existe sino al fondo de nuestro deseo. Basta, a veces, una muralla, una simple muralla en un taller de zapatero pobre.

Es decir, mi tío Jenaro ama las flores descoloridas del papel de su cuarto. Son flores que ha marchitado el tiempo, arrebatándoles el nombre. Pero ahí

están, simplemente, cubriendo cuatro muros, agostadas en una primavera de muchos años. Y la mirada de mi tío Jenaro encuentra en ellas reposo.

No obstante, la tempestad ha llegado también hasta la permanente estación de las cuatro murallas. Tempestad de manos precipitadas y poco fuertes, claro está, pues sólo ha tronchado algunas flores, dejando la pared desnuda. Lo cual es suficiente, por desgracia, para interrumpir el sosiego de una mirada que pasea.

Mi tío Jenaro lo sabe y no hace nada por remediarlo. Su resignación no me asombra. Lo veo vivir desde que era niño y he aprendido a conocerlo. Pero es necesario que me preocupe de darle, alguna vez siquiera, una alegría.

“Ese agujero es un túnel que te enfrenta con lo que disgusta —pienso, mirándole trabajar—. Tú quisieras ver ahí cálices, pétalos, corolas. No es posible. Buscaré algo en las revistas ilustradas. Hay grabados de puertos chinos, de mujeres que bailan entre negros que tocan el banjo, de animales sorprendidos en su selva. Te gustará una cosa de éstas, aunque resoples como un jabalí y golpees, furioso, tus cueros infelices.”

Desde entonces, buscó afanosamente la estampa. Algunas son demasiado pequeñas; otras me parecen incomprensibles. Hasta que un día la descubro y la guardo entre mis papeles, esperando el instante de prenderla en la muralla, sin que mi tío Jenaro me vea.

Así entra Lenin en nuestra casa. Un buen retrato de Lenin, a tres colores. La dimensión es conveniente: un poco mayor que el obscuro agujero que, cada mañana y cada tarde, atrapa la mirada de mi tío y la atormenta.

Espero, pues, un tiempo, y de pronto estoy de pie en un taburete, clavando a Lenin entre las flores desteñidas, mientras mi tío va a entregar unos zapatos.

Cuando regresa, me ve estudiando el más grueso de mis libros. Acecho su mirada, sus idas y venidas

por la pieza, su banco repleto de herramientas y de hormas.

—¿Qué es esto? —le oigo decir de repente.

Se ha colocado ante el retrato y lo mira, frunciendo el ceño, como a un enemigo.

—Lo he puesto ahí porque creo que cualquier cosa es mejor que la rotura del papel. Quise darte una sorpresa, tío Jenaro.

Resopla como ya lo he imaginado y se vuelve enfurecido:

—¿Quién diablo es ese hombre tan...?

No encuentra la palabra y esto le enoja más, le amontona las cejas en torno de los ojos, le estremece el bigote, le obliga a contemplar —mudo— el retrato, mi libro, la calle, las flores apagadas que trepan hacia Lenin y de él suben al techo, bajan al piso en su apacible enlazamiento.

—Es un padre de la independencia —le digo calmadamente—. Quiere, como tú, que todos trabajen y sean algo en la vida.

—¿De qué independencia? —pregunta—. Yo he visto a Lautaro muchas veces, no creas que soy idiota. Y Lautaro no tiene sino un taparrabo, un garrote y...

—Lautaro no es un padre de la independencia, tío Jenaro. Este hombre, sí. Pero, si quieres, lo quito de ahí y se acaba la historia.

Vuelve a mirar el retrato, se acerca, reflexiona con las manos a la espalda. Espera, seguramente, que le diga algo más acerca del huésped inesperado.

—Se llama Vladimir Ilitch. Ya te explicaré —le digo.

No me atrevo a pronunciar la palabra Lenin. Puede haberla oído y tenerla perdida en su memoria, junto a los monstruos que no se nombran.

—Así no se llaman los cristianos. ¿De dónde es éste?

—Es Lenin, de Rusia —termino por explicarle—. Creo que queda bien ahí. Es un bonito retrato. Quise darte una sorpresa agradable y veo que prefieres el papel roto.

Se sienta y trabaja. Finjo leer y le vigilo. Pero esa noche, mientras comemos, le hablo de Lenin como podría hacerlo con un niño curioso.

—Toda la vida: nieve, miseria, hambre, tío Jenaro. Y millones de hombres en esas llanuras horribles. El viento es espantoso, corta la cara como un cuchillo. Pero el zar (como ya te lo he contado), metido en su palacio, con una chimenea enorme y su cigarro y buena música. Los pobres van a gritarle: "Queremos trabajar, ser libres, no vernos azotados como bestias, día y noche". El zar se asoma a la ventana y se ríe de los hombres, de las mujeres, de los niños. Se divierte mirando a sus soldados que salen de repente con la bayoneta calada y matan a los que no se van.

—¿No hay hombres por allá, entonces? —pregunta—. A mí no me tratarían dos veces así. Con estas mismas manos les dispararía, aunque fuera una piedra. Y tengo buena puntería, porque varias veces he volteado pájaros nada más que con largarles la honda.

—Claro que hay hombres por allá, tío Jenaro. Y el más hombre de todos es éste —insisto, señalando el retrato que nos contempla con sus ojillos de zorro.

—¿Y qué hizo éste? En realidad, debe de haberlo hecho pedazos con esas garras, ¿no es cierto? Me recuerda a mi hermano Tomás, que tenía las manos iguales y no había quién les resistiera un apretón.

Desde esa noche, Lenin se queda viviendo con nosotros.

III

Un retrato está en el muro y un buen día se agazapa en el corazón del que lo contempla. Después habla secretamente y el destino comienza a escucharle.

—Un buen electricista es un hombre. Un zapatero también —dice mi tío—. Pero los que nos estru-

jan son unos zánganos y tendrán que pagar con su cabeza.

—Así es.

Corren los días por las calles, entran en la casa, se van. El hombrecillo calvo, de ojos agudos, los mira desde la muralla sigilosamente. Y ya mi tío no es el mismo.

Hemos comprado una vida de Lenin y la leemos en las noches.

—No entiendo nada —me dice—. Cuéntame tú...

Cierro el libro y sé cómo hacerle más grata la historia. Hablo el idioma que conoce, así como a los niños se les cuenta la hazaña del gigante. No me interrumpe y suele decir no sé qué cosas entre dientes. Pero cuando golpea con ambas manos sus rodillas y se levanta, no cabe duda que ya es hora de ir en busca del sueño.

Ahora tiene amigos, sale a menudo, vuelve y se está cabizbajo, gruñendo:

—¡Estudia! —me grita, si ve que le miro.

A veces, al atardecer, llegan unos desconocidos y conversan con él en voz baja.

No quiere mi presencia. Salgo a silbar y aburrirme, o me tiendo en la cama, no lejos, y le oigo vociferar de repente:

—Jenaro Pérez les enseñará... Yo los colgaría como a gatos...

Trabaja siempre igual mi tío; pero me deja solo muchas veces, con mis cuadernos, mis libros, mi asombro. Regresa cuando me he tendido a pescar el sueño. Lo ahuyenta con su voz poderosa y me incorporo en la cama:

—¿Qué hay?

—No son hombres. Todo lo arreglan con palabras. Una reunión, y otra, y mil reuniones. ¡Tiempo perdido! Ya verán si Jenaro Pérez es tan cobarde como ellos. Hay que darles una buena lección, de una vez por todas.

No puedo seguirle en sus enigmáticas salidas. Quiere que estudie, que me quede acompañando al hombrecillo de la barba puntiaguda. Y con él me

estoy largas horas, hasta que, sin mirarle, me voy a dormir.

Pero una noche no es la voz de mi tío Jenaro la que escucho ante la puerta. Me levanto, porque han golpeado como si quisieran derribarla. Son unos hombres lentos, que me apartan bruscamente y entran con decisión.

Nada más que un banco de carpintero, una cortina manchada de vejez, unas habitaciones pequeñas y frías, mis libros, una vida de Lenin, unas fotografías de mi tío Jenaro, de mi tío Tomás montado en su yegua alazana.

—¿Qué ocurre? —consigo preguntar, sin saber con exactitud lo que he de hacer.

Uno de los hombres pone la vida de Lenin bajo su brazo; otro se acerca al hombrecillo astuto, da una manotada y el agujero del muro vuelve a asomar.

—Vamos —me dicen.

No pregunto nada. Doy una última mirada a todas las cosas y les sigo en silencio. En alguna parte de la ciudad, huyendo tal vez, mi tío Jenaro gruñe, pensativo.

VENTANA HACIA EL RIO

I

Abrí mi ventana y miré largamente la noche. No conozco el nombre de las estrellas; pero sé con bastante exactitud qué vagos deseos despiertan, a veces, en un corazón como el mío. Esta es una historia que cambia siempre y no me gusta escucharla mucho rato. De manera que me aparto de la ventana y dejo que la noche siga —fuera— con los que la aman.

Pero entonces estuve largo tiempo mirándolo todo: la calle, el río, el cielo. Sonaba, lenta, el agua, y en alguna parte estaba cantando, a media voz, un hombre. Seguramente, había bajado hasta el lecho del río y buscaba dónde tenderse a dormir. Mendigos y ladrones se acuestan a menudo sobre las piedras, y las ratas de hocico húmedo los acompañan.

Del otro lado de los puentes, los grandes árboles terminaban de forjar el otoño. El viento sabía cómo apresurar este trabajo.

“Saldré a caminar —me dije—. Veré si descubro dónde canta ese pobre demonio.”

Muchas veces los había visto encender hojas y

ramas, toser entre el humo, apagarse. Alguno, de pronto, silbaba; pero si oía pasos en el puente, se apretaba contra la sombra, callado. Después lo escuchaba reír, llamar a algún compañero, y la noche se guardaba lo demás. Nunca fui menos discreto que los otros.

Anduve junto al río sin ver ni oír sino la noche. No hay manera mejor de encontrarse con la aventura. Lo he comprobado siempre.

Estaba la mujer apoyada contra un árbol. Caída la frente sobre uno de sus brazos, el otro pendía — moviéndose — y golpeaba su mano el tronco a cada vaivén. Vestía con elegancia y aunque no se percibía su rostro adiviné que era hermosa. Una luz fría, cercana — en torno de la cual revoloteaba el duro insecto que se obstina y muere —, me permitía advertir menudos detalles de la desconocida. Cabellos rubios, anillados en la nuca. Alta, delgada, fina. Y su perfume, el mismo que hace desear todas las mentiras que aguardan en alguna parte.

No se volvió, a pesar de que me encontraba a su lado. Entonces el silencio se hizo tan completo que sentí cómo el insecto chocaba y volvía a chocar contra el vidrio.

—Podría ayudarla... Dígame qué puedo hacer, porque no es bueno que esté sola, así, en...

Por cierto que hay otras palabras y los bellos libros las conocen. Pero yo sabía que estaba llorando, que su mano persistía en golpear la corteza oscura — imagen muy posible de la desesperación —, y todo el resto: sola, sin volverse, apoyada en el árbol. Y su perfume, también una angustia.

—Vivo cerca. Se cruza el puente, apenas... Empieza el frío, además...

Entonces el brazo quedó inmóvil, los hombros se encogieron, una voz ronca me dijo, sin esperanza ni pena:

—¡Váyase!

—No me iré. Está sola. A veces resulta peligroso. Siempre hay hombres durmiendo bajo los puentes... Estamos cerca de casa y podrá descansar. Después,

si quiere, conversamos; si quiere, no pregunto nada. Pero no me iré...

Echó a andar rápidamente y yo tras ella, hablándole. Cuando se detuvo, pude mirarla un momento.

—No tengo dónde ir —me dijo.

La tomé suavemente del brazo y la conduje a mi casa. Antes de entrar, se apartó de mí y habló con su voz ronca y despaciosa:

—Vaya a ver, primero, si realmente no hay nadie.

—Vivo solo —respondí—. No hay nadie, estoy seguro.

—No tema que huya. Esperaré aquí hasta que vuelva.

Entonces pensé que, efectivamente, podía huir si yo subía; pero era tan resuelta su voz que corrí el riesgo de perderla. Precipitadamente entré en la casa, encendí luz, vi que todo estaba en orden, y bajé en su busca.

—¡Nadie! —afirmé, sonriendo—. Podemos subir tranquilos.

II

Dejó el sombrero encima de la mesa, alisó sus cabellos con ambas manos y se sentó.

—Hay gin, un poco de whisky, no sé si algo más...

—No bebo —me dijo.

—Puedo hacer café. Ha empezado el frío —murmuré, vando a cerrar la ventana.

Miró calmadamente mis cosas, y entonces examiné su rostro, su cuerpo, sus largas piernas, sus pies grandes. Era hermosa, sin duda, hermosa y ausente. Sus ojos oscuros, muy hondos, parecían no ver lo que miraban con tanto detenimiento. Sus cabellos rubios, echados hacia atrás, su nariz fina, su boca un poco gruesa, sus manos blancas y sin anillos, su pecho, sus muslos repentinamente dibujados al poner

una pierna sobre la otra, todo esto podía pertenecer a la aventura y al deseo. Pero algo había en ella que la alejaba de mí y de sí misma.

—Un poco de café. Lo prepararé yo, si me dice dónde está todo —ofreció de improviso, levantándose.

Fuimos a la cocina, le entregué cuanto necesitaba y —convencido de que convenía dejarla sola para que aceptara plenamente lo que ocurría— volví a la sala y encendí un cigarrillo.

Quise, después, dar una ojeada al dormitorio y levanté la cortina. Decididamente, cuando la vida se aburre, de súbito estira la mano y coge de lo imprevisto una hora que vale más que otra alguna. Sonreí y me puse a pensar en la desconocida. ¿Cuál podía ser su desgracia? ¿Qué abandono era el suyo? La había visto llorar, rechazarme, y de repente echaba a andar conmigo, parecía dispuesta a recibir —sumisa— cuanto viniera, y casi podía asegurar que no quedaba huella ninguna en su rostro del reciente sufrimiento.

No logré explicarme lo que pudo sucederle. Tampoco decidí qué conducta adoptaría dentro de poco. Ella entraba con su bandeja, tan tranquila como si fuéramos viejos amigos. Era el momento oportuno para desechar un montón de historias posibles y falsas.

La ayudé a disponer la mesa, acerqué dos sillas, y, mientras estuve sirviendo el café, llegóse a la ventana y se asomó a la noche. La cerró de nuevo y se volvió con la sosegada lentitud que comenzaba a inquietarme.

—Es bonito todo esto —manifestó—. Me gusta oír el agua.

—Sí; es bonito, de veras. Yo me entretengo mirando la calle, cuando estoy solo y me aburro. A veces salgo, como ahora; pero nunca he tenido la suerte de esta noche.

Se sentó y a lentos sorbos empezó a beberse el café. Yo la miraba, le decía cosas que he olvidado, y preferí —repentinamente— callar. Ella se levantó, fue hasta la cortina que nos separaba del dormitorio,

miró hacia adentro, y —sin volverse— me hizo esta extraña pregunta:

—¿Nunca ha encontrado junto a su cama, al regresar cualquiera noche, a alguien que lo espera?

Me eché a reír de buena gana y contesté algo que podía llevarnos a una intimidad más conveniente.

—Eso no importa nada —me dijo—. Eso le ocurre a cualquier hombre que tiene alguna amiga.

Se acercó a la mesa, fijó sus ojos en los míos, y agregó subrayando cada palabra:

—Me refiero a un hombre, a un hombre exactamente igual a usted, que está leyendo, por ejemplo, de espaldas a la puerta. Usted entra. Allí está. Usted se detiene, cohibido, y en seguida, de un salto, se pone frente al intruso. Pero él se levanta, sin inquietud ninguna, deja el libro sobre la cama, lo mira a usted, que ya no sabe qué hacer, qué decir, qué pensar. Ese hombre es exactamente igual a usted. Su estatura, su corpulencia, su color, sus ojos, su voz...

—¡Ah, qué novela ha sabido inventar! No creo que ande suelto por el mundo otro hombre como yo, idéntico a mí, y que posea la llave de mi casa, y sea aficionado a leer lo que me gusta, y tenga la suerte que yo tengo: salir a andar un poco y encontrarse con una mujer tan endiabladamente bonita.

Sin contestarme, se sentó ante su taza vacía, ocultó la cara entre sus manos y murmuró apenas:

—Estoy muy cansada.

—Tiéndase en mi cama —le pedí—. Me he prometido no hacerle ninguna pregunta y cumpliré mi promesa. Cuando haya descansado, cuando quiera contarme lo que le ocurre, piense que estoy resuelto a ayudarla.

—No puede ayudarme —repuso—. Nadie puede ayudarme... Estoy viviendo el caso que acabo de exponerle.

Se animó de súbito, bajó sus manos y las crispó sobre la mesa:

—Con una diferencia, sin embargo... La que aguardaba era yo...

Pensé en todas las dificultades que acaso vendrían. La mujer estaba fuera de sí, hablaba en voz muy alta, se levantaba a pasear por el cuarto, volvía a sentarse. A veces, golpeando la mesa con el puño cerrado, me preguntaba duramente:

—¿Comprende usted?

Y hablaba de una manera inverosímil. Agitaba las manos. Callaba de pronto y —desanimada— movía negativamente la cabeza, para excitarse de nuevo y gritar:

—¿Comprende usted?

—Necesita descanso —le dije muchas veces—. Estará bien en mi cama. Ahora debe reposar, dormir. Mañana hablaremos de todo esto y ya verá usted cómo consigo ayudarla.

Pero en vano intenté que obedeciera. La aventura adquiría, de repente, el contorno preciso de un estúpido escándalo. Mientras ella hablaba, estuve pensando en lo que debía hacer en caso de que acudieran los vecinos. Lo mejor, entonces, puede ser una sonrisa. Los otros la ven, y también sonríen, guiñan traviesamente un ojo, y se van: “¡Ah, sí, ya comprendemos!...”

Pero la mujer calló y mucho rato estuvo sentada mirando fijamente el muro. Después, con voz tranquila, explicó:

—Así, como he hablado, no se entiende nada. Me he cansado inútilmente. ¿Comprende usted?

Encendió un cigarrillo y, como si estuviera contándome la más natural de las historias, comenzó en voz muy baja:

—La que aguardaba era yo. La sentí abrir la puerta y no me volví. Se sorprendió y estaba muy pálida cuando dijo: “¿Es posible?” Me levanté, nos miramos, y temí que cayera. La tomé de un brazo y murmuré casi a su oído: “¿No me esperabas? Vi a tu chico: dormía. Tu marido vendrá, como siempre, a darte las buenas noches. Conversaremos después, sin

que nos interrumpían". Golpearon a la puerta y asomó el marido: "Creí que estabas con alguien, Margarita". La besó, estuvo charlando unos instantes y se fue a dormir. "No te ha visto —me dijo ella—. Tendrás que irte. No te esperaba. No podemos vivir así." Pero no me fui de su casa. Nos divertimos guardando el secreto. En cuanto estábamos solas, hablábamos, y no había entre nosotras diferencia ninguna. A ella la conocían todos; a mí todos me ignoraban. Pero éramos iguales: todo exacto, hasta el pensamiento de cualquier minuto. Pero lo que ella pensaba todos lo sabían. Lo que pensaba yo, siendo idéntico, era también diferente: no lo conocía nadie. A veces, era ella la que se quedaba oculta, y entonces yo besaba al marido y al hijo, ellos me besaban y reían conmigo. No había diferencia. De cuando en cuando, comentábamos esta aventura. Como tal vez reíamos en alta voz y nos interrogábamos, nos respondíamos, alguien solía abrir la puerta y preguntar: "¿Quién está contigo?... ¡Ah, te diviertes hablando sola!" Y no podían comprender. Aunque más de una vez temí ser descubierta. Me correspondía el turno de vivir —ante todos— la vida de Margarita, y, de repente, el marido me estaba mirando, me sonreía, solía confesarme: "No sé por qué, a menudo, no me pareces la misma. Piensas, hablas, te mueves, me besas, y es como si escuchara, como si viera, como si besara a otra mujer". Entonces reíamos los dos. Hasta que un día advertí que el marido y el hijo parecían más felices cuando estaban conmigo. "No creí quererte tanto —me dijo él—. Eres, por cierto, la misma, y, no obstante, algunas veces, me haces sentirlo todo de otra manera. Es como si de cuando en cuando me revelarás lo más profundo que hay en ti. Después te pierdo. Y vuelvo a encontrarte. Siempre que te encuentro, te quiero más." Margarita lloró calladamente sobre mi hombro. No nos ocultábamos nada y supo todo esto. Un día desapareció. Y yo empecé a vivir íntegramente cuanto le pertenecía: el amor, el sufrimiento, la esperanza, la inquietud, la dicha. Lo vivía como ella, pero ahora sabía yo que de un modo diferente, de un modo que ella no po-

día alcanzar. Entonces, al cabo del tiempo, el marido comenzó a sentir como una aguda nostalgia de Margarita. Yo me daba cuenta de que trataba de conducirme a sus costumbres, a sus palabras, a sus pensamientos, sin diferencia ninguna. Y empecé a temer que Margarita regresara. Y conocí el sufrimiento que no había sino adivinado al fondo de mí misma, como un mono gesticulante replegado en la obscuridad, como un terrible mono que podría saltar de improviso y tomarme en sus brazos, estrangularme... ¿Comprende usted?...

Estuvo callada mucho rato. Acaricié suavemente sus manos y le pedí que fuera a acostarse, a dormir, a olvidar esa historia que, acaso —me atreví a decirle—, no fuera tan penosa y tuviera una solución imprevista y alegre.

—Ella puede regresar —me replicó, atenta a las imágenes que la torturaban—. Puede regresar y, ¿comprende usted?, la odio...

—No vendrá —le aseguré—. Se ha ido para siempre. No piense más en ella.

—No he querido esperarla —declaró, mirándome con dureza y hablando nuevamente en voz alta—. No he querido verla tomar lo suyo. Y el mono ha saltado...

Entonces la conduje hasta mi cama, sin que se resistiera. Inclínaba la cabeza y apretaba las manos, silenciosa.

—Duerma tranquila —le dije—. Le prometo ayudarla, protegerla; no tenga miedo.

* * *

La escuché tenderse, vestida, en la cama. Era una triste aventura, indudablemente, la mía. Poco después apagué la luz.

Terminé, acaso, por dormir, y poco a poco fui quedando a imperceptible distancia del sueño profundo. Pero abrí, sobresaltado, los ojos. Me había acomodado en un sillón. Alguien entraba en la pieza. Lo recordé todo y fingí dormir.

Se aproximó a paso de rata. Se detenía y volvía a avanzar. Después se inclinó, sentí su perfume engañoso, y, de improviso, incorporándome, la tomé de las manos.

—¡No! —me dijo, desasiéndose—. ¡No!

Bruscamente golpeó la puerta. Me levanté, fui a la ventana.

Y la vi cruzar la calle, hacia el río.

De

**"LA NOCHE DE
ENFRENTÉ"**

PATA DE PALO

Entonces había una piedra verde, delante del mar. Una palmera le daba sombra. Y ahí reposaba aquel que no tenía nombre. Era tan grande como el árbol, y tal vez por eso parecía demasiado pequeña, no muy lejos, la casa de la colina.

Estaba sentado en la piedra y venía el viento a conocerle. Giraba en torno suyo, se iba, y le asaltaba de nuevo. El hombre no perdía su calma, y para el frío del mar tenía su gruesa mano, que apretaba la blusa negra.

Era, sin duda, el capitán. No conocí a los otros, porque nadie le acompañaba. De esta manera, no podía nombrarle. Y busqué una palabra que me sirviera para llamar a aquel hombre, solos como estábamos. Pero la memoria pierde, a menudo, los nombres que ha escuchado y ha leído. Sin embargo, alguno aparece de pronto:

—Pata de Palo —le dije.

Alzó la cabeza, golpeó con su pierna de madera los guijarros del camino, y empezó a reír sonoramente. Entonces levantó un pájaro, muy cerca, y se fue

aguas adentro. Hasta mucho después se oyó su grito agudo y desconsolado.

—Si así lo quieres, Pata de Palo será mi nombre —murmuró con voz profunda.

Y desde aquel momento nos entendimos. Porque no era difícil conseguir la amistad de ese hombre ancho de hombros, revueltas barbas y gorra de hule tan brillante que hería los ojos cuando el sol caía en ella. Bastaba ser un niño y estar solo. Todo lo demás era un secreto que yo supe guardar siempre.

—Te voy a contar —me dijo el primer día— todas las historias que no están en los libros. Cierra los que has traído esta tarde y escúchame.

Y sus cuentos no estaban en los libros que leí entonces y después. Hablaban de cosas precisas, que no pueden repetirse sino vagamente: el país en que las bestias dialogan con la vida de una manera muy semejante a la de los hombres; el naufrago que conoció la felicidad apegando el oído a la puerta de su casa; los barcos que se llamaban como una mujer y perdían sus barriles de aceite cuando el capitán se olvidaba de todos los puertos.

Bellas historias, sin duda, que Pata de Palo interrumpía repentinamente para volver los ojos hacia el mar.

—¿Qué miras? —le preguntaba.

—Aguardo todo lo que regresa —me decía con una voz en que yo adivinaba el deseo de callar largamente.

Y no comprendí en aquel tiempo. Le miraba, nada más; repetía sus palabras, y un misterio punzante entraba en mí, para dejarme silencioso. Pero a la tarde siguiente volvíamos a hablar con alegría. Entonces solía ocurrir, de improviso, que se abría la puerta y asomaba el rostro de mi padre. Sus ojos buscaban a alguien por el cuarto, me veían acercarme a la ventana y abrir alguno de los libros que allí tenía.

—¿Hablas solo? —me interrogaba.

—Leo en voz alta —le respondía, sonriendo.

Pero una tarde entró en el cuarto, se sentó junto

a la ventana, y hojeó uno de los libros que yo fingí leer apenas oí sus pasos, acercándose.

—Piratas, filibusteros, corsarios —dijo con una risa breve—. También yo los he leído.

Y puso el libro en el brazo del sillón, cuidadosamente. Después me sentí perdido: mi padre estaba mirando a Pata de Palo.

—Es el Capitán —me explicó—. ¿No conoces su casa? Es pequeña, en la colina. Y si no sabes lo que es, puedo asegurarte que siempre fue la casa del ahorcado.

Yo hubiera querido, entonces, que se quedara conmigo para que contase aquello. Pero se había levantado, y salía, riendo, con su buena risa de cuando deseaba divertirme.

—¿La casa del ahorcado? —le pregunté a Pata de Palo, que no había movido la cabeza un solo instante.

Se echó a reír de buena gana, que era su modo de espantar al único pájaro de las cercanías.

—Los nombres se dicen para que los niños rían o se estremezcan —respondió evasivamente.

Y fue entonces cuando quise ir, por primera vez, a su casa. No se negó. Partimos por el camino de guijarros y sonaba su pierna dura como el latido de la tierra.

—Hemos llegado —me dijo—. Pero ahora conocerás la alegría de esta puerta. Pon el oído y calla.

Y sentí en esos minutos el rumor del mar, lo mismo que cuando canta el caracol.

—Así es la casa del ahorcado, o de la dicha —murmuró entre dientes.

Después abrió la puerta y entré de puntillas. La casa era pequeña y no había sino las vigas del techo, una ventana, y la aventura de ser feliz.

—Ahora sé quién es el náufrago —le dije—. Pero podremos irnos, conocer juntos las islas, cazar monos inmensos. ¿No has pensado en derribar aquel árbol y construir una canoa? Yo te ayudaré desde esta tarde.

Pata de Palo era fuerte y perezoso. Yo trabajaba

por él y por mí, hasta quedar rendido. Lo hacía todo —la embarcación y los remos— y aún me sobraba el ánimo para diversas cosas: correr a la casa de la colina, por ejemplo, y esconderme de Pata de Palo, que venía a buscarme cuando se aburría. No obstante, me ayudó a cargar la canoa, y después —mar adentro— remó hasta donde mis fuerzas no hubieran podido llevarnos. Sucedió así, cada día, mucho tiempo. Los viajes eran diferentes, una sola vez a cada parte, y lo que vi no podría decirlo. El mar, las islas, y los que viven en las islas y el mar, ¿quién podría contarlos? Porque todo eso está ahí, no sé dónde, y Pata de Palo no explica nada a quien no lo aprende por sí mismo. Además, comenzaba a volverse taciturno.

—¿Qué miras? —le inquiría.

Y sólo movía la cabeza. Estaba viejo tal vez. Yo hubiera podido calcular sus años por los míos. Pero no me atrevía a hacerlo todavía. No me gustaba saber que Pata de Palo tenía la edad de mi infancia.

Y una vez, ya no recuerdo cómo, creí que había muerto. No le vi más, no le recordé más, porque dejé de ser niño. Entonces conocí hombres y cosas que se recuerdan siempre. Y Pata de Palo quedó solo. Fue lo que es: un hombre de madera, esculpido en la puerta de un armario.

Pero no bastaba olvidarlo. El tiempo tenía otra faena a mi lado. Que creciera, que amara, que viera morir a mi padre y pensara en él muchas veces. Todo esto —y lo demás— es la vida. Puede contarse inacabablemente, pero yo soy de los que callan.

Por último, la casa es la misma. De repente cambian los muros, son más claros; los muebles desaparecen y son otros los que acompañan; pero es siempre lo mismo, entre los años. Ayer, hoy, mañana, y un solo rumor en cada uno. Se apega el oído, y suena como la puerta de Pata de Palo.

Él no se ha ido. Está en otro cuarto y no nos vemos. Pero hay ahora una mujer, un niño, y la escalera que subo todas las tardes para vivir con ellos las horas del descanso. Va el tiempo y todo lo ordena: el niño crece; la mujer y yo envejecemos. Entonces,

cualquier día, escucho de pronto unas voces y me detengo un instante. Abro la puerta, busco a alguien por el cuarto, y digo a media voz:

—¿Hablas solo?

El niño no contesta, porque se burla de mi ignorancia con su risa alegre y cohibida. Entonces me voy varias tardes y en una de ellas me quedo con el niño. Entro pesadamente, hojeo los libros que va a leer cuando le deje solo, y de súbito recuerdo todo lo que ha sucedido alguna vez: allí está Pata de Palo con la mirada fija en el mar. La palmera le da su sombra. Un pájaro grita agudamente sobre las aguas, porque la risa del hombre le ha levantado de su sueño. Pero esto ocurre solamente cuando a Pata de Palo se le llama así por primera vez, y el naufrago ríe, y el pájaro desde entonces no regresa.

—¿Es tu amigo? —le pregunto al niño que está mirándome, temeroso de que le robe su secreto.

Y como no responde, y ahora estamos ahí los tres, que nos queremos, ya no puedo callar:

—Ha sido Capitán —le digo—. Es fuerte y perezoso. Ten cuidado con él y hazle trabajar cuando construyas la canoa.

Pata de Palo y el niño saben que no deben contestarme. Desde el principio de su amistad han jurado vivir a solas su aventura. El niño me mira sonriendo, acaso me pide que le cuente el secreto de la casa de la colina; pero no dice nada. Pata de Palo contempla el mar. Aguarda, seguramente, que me marche. Entonces me levanto, digo unas últimas palabras:

—Es la casa del ahorcado, ¿no lo sabías? Pero no se lo preguntes, porque te responderá evasivamente.

Y salgo para que Pata de Palo pueda contar la historia de la puerta que habla del mar con la exactitud de un caracol. Eso es todo.

Es decir, caen los días, y el hombre de la gorra de hule se sienta a reposar. Pesan en él hasta volverle callado. Y después se llevan a un niño de la casa.

De repente, entre las tardes, hay una en que digo:

—Toma. Aquí tienes. Es la llave de la casa. Ya eres un hombre.

Y es un muchacho de manos fuertes, anchos hombros, alegre sonrisa, el que responde:

—Gracias, padre.

Estamos en su cuarto. El armario, entreabierto, tiene un viejo olor a manzanas. Se ha perdido ahí, desde el tiempo en que los niños las escondían, para comerlas en la isla sin nombre.

Al salir, veo a Pata de Palo. Está sentado en una piedra y es grande como el árbol que le protege. No nos conoce ya, porque mira las aguas y espera.

RODODENDRO

Las ciudades aprenden una canción y la cantan.
De improviso, la olvidan.

Pero en mí hay una palabra apenas. Es como la canción que han aprendido las ciudades, porque vino de repente y se quedó conmigo. Sin embargo, no quiere irse. Ha envejecido como yo y me acompaña. Si estoy solo, aparece y me cuenta su historia. Siempre es la misma: una sola palabra.

Cierto es que estoy viejo y entonces me suceden cosas inverosímiles. Por ejemplo, construyo barcos y los meto en botellas de tamaños diferentes. Es un trabajo duro que se apodera de mis manos; pero lo demás queda libre. Puedo silbar, reconstruir el pasado, pensar en lo que viene o se va. Seguramente — mientras construía una goleta — se acercó aquella palabra por primera vez, saltó de mi memoria a los labios y fue mi compañera.

Ahora la digo:

—Rododendro.

Conozco su significado, como el de otras que olvido y recuerdo y vuelvo a olvidar. Pero su signifi-

cado nada importa desde que está conmigo. Antes representaba a un arbusto, bien lo sé. Ahora su imagen es distinta, sin olor ni forma.

Abro la ventana, a veces, y si el día es hermoso me digo con alegría: "Rododendro".

Suena el reloj la hora: rododendro. No ocurre nada: rododendro. Y esto me indica que la soledad tiene sus palabras secretas y las enseña cuidadosamente a los solitarios.

Aquí es oportuno no olvidar mi soledad. La tengo a mi lado vestida de ruidos distantes y de figuras pasajeras. Cuando está desnuda, dormimos los dos. Y es una buena cosa dormir. Soy viejo.

Pero escribir así no conduce a nada. He contado que construyo barcos y que una palabra precisa me vino a ver una mañana y no se fue más. Ya es tiempo de decir qué he hecho con esta palabra. Empezaré por confesarlo brevemente: la he convertido en pez.

Ha sido, claro está, un trabajo lento. Tal vez no pueda describirlo con exactitud si no recuerdo cosas más antiguas. Porque la palabra no fue lo primero: antes hubo los barcos, y también —como principio— el deseo de construirlos dentro de una botella. Entonces comenzaba a envejecer y pensaba a menudo en la soledad de más tarde. Iba todas las mañanas a mi oficina y encendíamos la luz desde temprano. Mirábamos por la ventana y hacía frío a veces. Escribíamos en los grandes libros de cuentas. De repente alguno dejaba la pluma, restregaba sus manos y decía que no deseaba trabajar, que las mujeres son hermosas, que durante las vacaciones iría a los lagos del Sur.

Se habla rápidamente y no vale la pena recordar nada.

Pero alguien dijo un día:

—Cuando esté viejo compraré un sillón y leeré todos los libros de que oigo hablar. No me aburriré como ahora.

Yo hojeaba entonces un folleto en que había barcos y nombres de ciudades. Lo guardé en mi bolsillo y anoté en seguida, como de costumbre, cifras pe-

queñas y grandes en mi libro. Es el trabajo. Se empieza a las ocho de la mañana, y cuando uno se levanta, abre los brazos y quiere descansar, ha acabado la tarde. Ahí está el sombrero, sale uno a la calle y camina.

"Algo he de hacer cuando esté viejo", pensé vagamente, en mi casa, cuando regresaba del comedor hacia mi cuarto.

Y saqué del bolsillo el folleto de la Compañía de Vapores. Cerré mi puerta, dejé de oír voces ajenas y un piano que suena siempre. Los barcos son bellos y las ciudades que se desconocen tienen nombres que gustan: Liverpool, Amsterdam, Barcelona. Después vino el sueño.

Pero hay noches que hablan. No son como las otras y se obstinan en contar lo que saben. Basta quererlo, y se abren los ojos en la obscuridad, se escucha a aquel que va por la calle, al que tose en la pieza vecina. Y se oye hablar a la noche.

Entonces me dijo:

—¿Qué harás cuando estés viejo? Los barcos son bonitos desde la antigüedad. El que compra un sillón y lee, pierde la vista, se queja. Hay trabajos que divierten y el pensamiento hace lo que quiere entretanto. Viajar es difícil cuando no hay dinero. ¿Mujeres? ¿Alegría? ¿Liverpool? Los años caen sobre el cuerpo y el deseo desaparece.

Así habló, desordenada, la noche, repitiéndose hasta que dejé de oírla. Y al despertar creí no haber dormido; pero todo lo había olvidado y esto le ocurre al que duerme. No obstante, recordé algo de súbito, cuando vi sobre la mesa el folleto de los barcos. "¿Qué harás cuando estés viejo?"

Lo supe de repente y lo tuve en la memoria hasta el día necesario. Fue un día de agosto y cuando entonces sucedió ya lo conocía. También había pensado en esto muchas veces. Estuvimos todos reunidos y el jefe de la oficina levantó una copa, señalándome. Yo oía sonar mi corazón y respiraba apenas. Me miraban y yo no quería ver a nadie, cabizbajo, con las manos caídas, escuchando.

—Es un ejemplo de lealtad —decía el jefe— y su nombre va a quedar entre nosotros. Ha envejecido en el trabajo de esta casa.

La señorita mecanógrafa olía a felicidad. Siempre he adivinado la dicha junto a su perfume, y ahora sonaba mi corazón y yo apretaba los puños pensando en lo que había de responder al jefe.

—Nos deja —decía— y su descanso es merecido porque de invierno a invierno ha estado entregándonos su vida con la constancia de la hormiga y de la abeja...

El contador me miraba y asentía sonriendo levemente. Y aquel que aspiraba a leer todos los libros comía con lentitud un trozo de sardina con pan.

—Levanto mi copa —decía— y les pido a todos que me acompañen porque...

No habló más el jefe y todos aguardaron. Entonces dije lo que ya no recuerdo.

Me abrazó la mecanógrafa, estreché las manos que me tendían, y flaqueaban mis piernas cuando salí.

Era libre. Tenía algún dinero para envejecer y morir en alguna parte. ¿Dónde? Exactamente donde he vivido muchos años. Una casa de huéspedes, con su puerta angosta, su escalera que cruje y mi cuarto al fondo de un pasillo.

—Señora —le dije esa tarde—, desde ahora estaremos juntos. En tantos años, puede asegurarse que somos amigos. No dejaré su casa.

—¿No trabajará más? —preguntó la patrona—. ¡Bien ganado el descanso que le corresponde! Nunca le he visto faltar a su trabajo. Pero ¿no teme aburrirse?

Sonreí con alegría porque ahora era dueño de mi secreto y en adelante podría disfrutarlo sin prisa.

—Trabajaré —le dije—. Mis manos no sabrían estar ociosas.

Y crucé el pasillo, abrí la puerta de mi cuarto, miré hacia la calle desde mi ventana, sentí el aire de la tarde como nunca lo sintiera. Libre, absolutamente

te libre, y con una ambición para hacer dichosas a mis manos en largas horas de soledad.

Empecé a construir barcos. Los primeros se rompían de pronto, cuando los tenía en la botella. Había sido penoso construirlos, tan pequeños y frágiles; y se rompían de pronto, en la botella, cuando tendía una vela blanca, cuando alzaba un mástil.

Meneaba la cabeza, todo lo abandonaba, y al otro día trabajaba de nuevo, animoso, callado, pensando en tantas cosas que se olvidan, que se recuerdan, que no sirven de nada; pero que gustan cuando se fabrica un bergantín minúsculo.

Después mis manos conocieron el oficio. Eran diestras y manejaban alegremente los instrumentos, cortaban la madera, pulían los costados de la nave, pintaban los finos palos, introducían en la botella cada pieza del barco tan limpiamente que todo no era sino un juego feliz.

—Son lindos, es cierto —me dijo una mañana la patrona—; pero ya no hay dónde ponerlos. ¿Por qué no los vende? Muchos querrían comprarlos.

—¿Venderlos?

Entonces cerré mi puerta a todos. Cada día limpié mi cuarto sin ayuda de nadie. Y expliqué:

—Hay tanta cosa frágil, que prefiero asear yo mismo. Si alguna se rompiera, sufriría. A los viejos se les perdona, ¿verdad?

Estuve tranquilo entre mis barcos. Eran numerosos y míos, por todas partes, en sus botellas transparentes. Los miraba durante la noche, cuando iba a dormirme, y les ponía nombres venturosos. Algunos representaban de modo perfecto la historia secreta de mi felicidad. Otros tenían el color y la forma de la desdicha; mirándolos, pensaba en la dolorosa aventura que persigue a alguien cada día. Conversaba con ellos. Les preguntaba qué eran, de dónde llegaban. Me respondían de alguna manera, de proa a popa, quietos y hermosos. Después empezaba a desvestirme, apagaba la luz, y eso es la noche.

Por la mañana, apenas despierto, veía andar el sol desde la ventana a una botella. Alargaba su dedo

amarillo y lo detenía en una arboladura. Después lo paseaba por los mástiles vecinos, y pronto resplandecían las jarcias de todas las naves.

No me movía. Era dueño de mi tiempo y podía mirar las botellas, distraerme de súbito y recordar la oficina oscura en que encendíamos la luz desde temprano, o pensar en otra cosa que sucedió y estaba perdida. Todo esto es curioso. Uno está lleno de palabras y poco a poco se reúnen a contar un día de la niñez, una risa que sonó en la tarde olvidada, ahora presente y dichosa de nuevo.

O bien escapa alguna y queda como el abejorro zumbando alrededor. Ha venido de repente y no significa nada. Es puro sonido hasta que se va.

Una vez entró de la calle una palabra inglesa, que alguien, agitando una mano, gritó como despedida. La palabra se posó en el muro, o entre los aparejos de una carabela, y al otro día echó a volar por mi memoria. Después se marchó. Pero cuando vino ésta, en vano quise olvidarla.

Rododendro.

Es lenta y tenaz. Oigo el sonido de sus élitros y la pierdo de improviso. ¿Se ha marchado? Entonces vuela desde el rincón y gira en torno de mi cabeza. La digo en alta voz. La canto con una música que sólo a ella le pertenece, mientras pulo con el vidrio una proa esbelta. La dejo reposar. Y en cualquier momento —corren los días— la tengo a mi lado. Siempre ha estado aquí y asoma de repente. Es el rumor, tal vez, que hace la soledad para que yo sepa que me acompaña.

—Está bien —le digo—, no te irás. Pero vamos a vivir de otra manera: juntos y mirándonos.

Me voy por la ciudad en busca de un trozo de madera. No debe ser sino como lo deseo y he de andar mucho para encontrarlo. Aquí está, por fin. Lo tomo cuidadosamente, lo envuelvo en un pañuelo de colores, lo guardo y me alejo.

En mi cuarto, cierro la puerta, me siento junto a la ventana y lo miro.

Rododendro.

Sonríó larga, largamente. Nadie piensa que un solitario sonrío con un trozo de madera en la mano, mientras sube por la escalera un olor a cocina, y una palabra está latiendo en la sangre, en la vida, en los labios que no la pronuncian porque sonrío nada más.

Rododendro.

Eso es: rododendro.

Abandono los barcos y no me ocupo del sol, por las mañanas, cuando los acaricia. En las noches no les digo venturosos nombres. Están solos en la botella verde, en la botella amarilla, en la botella blanca, por todas partes.

Yo trabajo pensando en el pez. Vienen los días, se van. No importa. ¿Acaso tengo prisa? Quiero construir la forma exacta: un cuerpo largo, los ojos redondos, sorprendidos, y la ondulación de las aletas. ¿Pez martillo? ¿Pez espada? ¿Pez volador?

Rododendro.

Lo llamé así desde antes de nacer. Y ahora está vivo en su botella ancha como una redoma.

Me mira su ojo inmóvil. Camino por el cuarto y me detengo. Me mira siempre allí donde estoy. Es la primera vez que me sucede: está mirándome desde la botella y dentro de mí.

—Estamos solos —me dice—. Estaremos solos hasta después.

Entonces pienso que estas palabras no son tuyas. Las va diciendo una voz en mí, secretamente; son mis propias palabras y nada importan. Podría decir otras, si me esforzara. Pero oigo hablar de pronto. Me mira su ojo inmóvil y escucho. "Solos hasta después."

Me acerco a contemplarlo y callo. Está en la redoma y súbitamente sé que me habla. Es él, y su voz viene desde mi vida. Pienso ahora que los hombres aman a las mujeres, que los barcos atraviesan el mar y entran en los grandes puertos. Hay el ruido del mundo. Alguien comienza a cantar porque es feliz. Y otro dice: "Nos hemos querido siempre". Y aquél está bebiendo con sus amigos, conoce la risa, entra en los teatros. Todos los teléfonos hablan. Y los automóvi-

les salen de la ciudad, corren por los caminos: es el verano. Están las voces en los parques, unidas, y las manos se estrechan, los labios se buscan, los cuerpos saben ser dichosos.

¿Dónde?

Rododendro, en su botella, todo lo ha perdido. Estamos solos y nos parecemos: olvidados en la pieza de los barcos.

—Calla —le digo—. Si tuviéramos imaginación, cerraríamos los ojos para ver cosas más bellas.

Rododendro entorna su ojo inmóvil. No. Son los míos, que se cierran un rato.

Comienzo a odiarle. Entonces me llaman a comer y bajo la escalera.

—¿Ha trabajado mucho? —pregunta la patrona.

Muevo la cabeza, sin mirarla, y sé que todos sonríen.

Somos siempre los mismos: la patrona y yo, en los extremos de la mesa; el boticario que huele a tabaco y habla en voz baja; los estudiantes bulliciosos; Alicia, que trabaja en la tienda de un francés y canta canciones de la ciudad.

Comemos y charlamos. Es decir, yo escucho, sonrío y miro por la ventana abierta la sombra de un árbol en la noche. Está el verano en el patio oscuro y una rama se agita débilmente. El rumor de la casa vecina viene hasta la ventana y se aleja. Es una vida que nos pertenece.

—Nunca le veo salir a caminar un poco —me dice el boticario—. Es saludable. Para vivir largos años hay que comer sin prisa, dormir profundamente, trabajar algunas horas, y pasear todos los días.

—Las noches se han hecho para algo —declara, riendo, un estudiante.

—Hasta que llega una noche y nos dice: “Me han hecho para que duermas” —murmura el boticario sin levantar los ojos, ahogando después un lento suspiro entre el bigote que blanquea.

Ríen los estudiantes. La patrona amenaza con un dedo corto, grueso, de uña roja. Alicia se encoge de hombros y mira, como yo, por la ventana.

Nos levantamos con lentitud y dejamos que los estudiantes se alejen. Cuando comienzo a subir la escalera, el boticario me dice:

—Es un buen consejo: camine todas las mañanas.

Vuelvo atrás y me siento en un sillón, a su lado.

—¿No juega ajedrez? —me pregunta.

No sé nada. No conozco los juegos. He vivido de otra manera y ya es tarde.

—Estoy contenta de verle aquí, con nosotros —me dice la patrona, que comienza a tejer para un invierno desconocido y ya exigente.

—Sube a su cuarto apenas come y ya no se le ve hasta el otro día —murmura el boticario—. Hay que tener presente a la salud. Los hombres que han vivido mucho. . .

Yo veo, por un espejo —al fondo de la sala—, cómo Alicia está ovillada en un sillón y lee una revista. Tiene en la mano un lápiz. A menudo alza los ojos y piensa. Después escribe rápidamente y se diría que es feliz. Poco a poco, cuando se ha movido, una pierna baja por el sillón. Aparece la rodilla. Es redonda.

—Necesito una palabra de cuatro letras —nos pide con ansia.

La patrona busca entre sus recuerdos.

—Amor —responde con una risa breve.

El boticario inclina la cabeza, murmura entre dientes y ríe despacio, con timidez.

—No me sirve —exclama Alicia.

—¿Por qué ha reído? —pregunta la patrona al boticario—. Tenía cuatro letras.

—He reído porque una mujer no encuentra nunca otra palabra —dice el boticario.

—¿Y cuál es la que encuentra el hombre?

—Trabajo, por ejemplo —contesta el boticario, removiéndose, inquieto, en su silla.

—No tiene cuatro letras —murmura Alicia, burlesca.

Entonces hablamos de las palabras que preferi-

mos. Alicia abandona la revista, el lápiz, y cubre su rodilla con gesto rápido.

—Digamos la palabra que nos gusta —propone.

Todos buscamos un instante por entre los muebles, junto a la lámpara, en el suelo.

—Primavera —dice la patrona.

—Trabajo —murmura, obstinándose, el boticario.

—Felicidad —ha dicho Alicia.

Y todos esperan mi palabra.

—Rododendro —voy diciendo lentamente, y escucho en mí el latido de un secreto que se traiciona.

—Bella palabra. Extraña tal vez, pero bella —declara la patrona, mirándome fijamente, deseosa de averiguar si no he mentado.

—No es extraña. Rododendro es un arbusto que da flores rosadas, en los parques —explica el boticario.

Le observo con asombro y empiezo a reír, meneando negativamente la cabeza.

—Rododendro es un pez —digo con energía.

—¿Un pez?

—Y un pez que habla —aseguro sin mirar a nadie.

Fui hasta entonces un hombre tranquilo y bondadoso para el boticario; me hablaba, acogedor, y era animadora su cortesía; pero ahora se levanta y no le reconozco la voz dura, violenta:

—Se burla de nosotros. Los peces no hablan. Rododendro es...

No le escucho. Comienzo a subir la escalera y crujen los peldaños. Siento, conmigo, el perfume de Alicia. ¿Dónde ha estado otra vez? Ha vivido a mi lado y lo recuerdo.

Entonces me abrazó la mecanógrafa y después fui libre: eso es.

—No le ha comprendido —murmura Alicia—. Hay hombres que no saben reír. Rododendro parece un pez y no una planta.

—Es un pez —repito—, que habla a quien lo escucha.

Y subimos hasta mi puerta. Sonríe, ruega que bajemos, me habla del verano y de la alegría.

—Entremos —le digo—. Va a verlo como yo. Es un pez de madera; pero vive.

Alicia ríe con júbilo y calla de pronto, ante los barcos.

—¡Qué hermosos! —me dice—. ¡Cuántos hay! Oí hablar de ellos y nunca me atreví a pedirle que me dejara subir.

Cierro la puerta y me acerco a la botella que es como una redoma, señalándola. Después me aparto, porque ella se aproxima. Y la veo inclinarse delante de mí, para mirar a Rododendro que nos vigila con su ojo quieto.

Tiene los hombros menudos y la nuca blanca. Unos cabellos pequeñitos caen hacia los lados, y el perfume entra en mí suavemente.

Va a erguirse de nuevo, y será todo.

Cerrados los párpados, la beso. Cuando se vuelve y está hablándome, la beso en la boca. Su perfume baja por mi garganta y se anuda en mi pecho con lentitud, estremeciéndome.

La oigo reír y no sé qué palabras diría ahora. Aprieto los puños caídos; escucho una puerta que han cerrado, lejos; miro a Alicia, que no se va.

—Es la palabra de cuatro letras que buscaba: ¡beso! —me dice entre la risa.

Entonces desaparece. Estoy solo de nuevo y tal vez pudiera llorar vuelto hacia el muro. Pero cierro la puerta y me quedo escuchando. Nada. La noche y los barcos, por todas partes, en sus botellas transparentes. Más allá, Rododendro, que ha juntado su ojo obscuro. Es hora de dormir. Somos viejos.

BOMBO

I

Para que el negro esté en la colina, contento de su canto, el tiempo ha tenido que abandonar muchas cosas en el mar y en la tierra. Bombo no lo sabe y es feliz. Se tiende sobre la hierba, mira pasar las nubes y canta.

Pero la alegría de Bombo no conoce las palabras alegres. Su canto es, entonces, como el de las aguas en la noche marina. Grave, lento, repentinamente desaparecido, y de nuevo en su vaivén. Esto le gusta, si está solo, porque Bombo no canta para que le escuchen. Lejos de todos es donde sabe cantar.

El cielo cambia por encima de sus ojos y el negro tiene su canto para que le acompañe. Se ha tendido, perezoso, lo mismo que otros días, y no desea nada. Pero ésta es una tarde que no se parece a ninguna. Bombo empieza por dormirse. Es cosa de haraganes el estar cerca de la canción y el sueño.

Así es como aparecen la imprevista aventura, las revelaciones y el ángel. No siempre ocurre así tal vez, pero Bombo adivina que ahora ha llegado el momento.

Le asombra la colina súbitamente iluminada. Siente su pequeñez en medio del resplandor que alboroz a la hierba. Y aunque Bombo es callado y a nadie dice nunca lo que le parece demasiado suyo, siente que algo debe exclamar ante aquella luz inverosímil:

—¡Perdón! —exclama con la voz profunda de su canto—. No soy nada más que un haragán y vengo todas las tardes a cantar y dormir en la colina.

En torno crece la llama y no existe sino su paso forastero. Bombo cierra los ojos, tiembla y se contrista:

—¡Un negro, nada más! —exclama quejumbrosamente—. ¡Un pobre negro desidioso!

Deja que pase el tiempo, va poco a poco entreabriendo la mirada y atisba como puede. Es el instante de escuchar y estarse quieto.

—Bombo, nada temas —dice una voz sosegada—. Agradece la existencia de la colina y la costumbre de cantar. Otros no pudieron hacerlo.

Y de improviso se encuentra ante un paisaje que no conoce. La tierra de una tribu, sin duda, porque los negros bailan y cantan junto a los tamboriles. Pero cae sobre ellos el hombre blanco; acude por todas partes con su violencia; los fuertes negros desamparados cargan cadenas, son conducidos a los barcos, mueren o callan sobre el mar.

Bombo cierra los ojos y sufre. Cuando los abre nuevamente, el viento de las plantaciones agita las cañas, y el negro está sobre la tierra, trabajándola desconsolado. Bombo ha oído estas historias y no quiere mirarlas. Prefiere atender a aquel que le habla desde cerca:

—Ahora puedes cantar en la colina —está diciéndole—. Los otros, tus abuelos, se refugiaron en esta esperanza. Sabían que alguna vez cantarías para ellos.

Bombo siente que estas palabras son como las de los libros. Piensa que ha de ponerse de hinojos y confesar sus culpas, porque el que tiene delante —ya lo ha mirado— es como aquel ángel que posee una espada o una paloma.

Pero éste se ha sentado sobre una piedra. Cuando calla, dibuja distraídamente, en el polvo, la figura que inventa una de sus alas. No tiene prisa, y Bombo puede mirarlo mucho tiempo. Está hecho de todo lo que un negro logra conocer cuando sueña.

Bombo no le teme ahora. Va a sentarse a los pies del ángel y sonríe mansamente. Los negros son innumerables por el mundo, y él es, entre todos, el elegido. Acaso más tarde, envuelto en una túnica blanca, viaje sobre la nube y toque, a veces, en un banjo. El ángel mueve, pesaroso, la cabeza. Entonces Bombo desea repetir que es sólo un negro negligente y besar la leve sandalia. Pero el ángel está hablando:

—En otro tiempo —dice—, el varón justo se dormía en el valle o la montaña y le visitábamos. Decíamos pocas palabras y eran siempre las que conocían el porvenir. Pero ya he olvidado cómo se les habla a los hombres.

—No soy nada más que un holgazán que canta y duerme —murmura Bombo con tristeza—, y te he hecho olvidar lo que deseaba oírte.

—En aquel tiempo —continúa el ángel, sin reparar en la queja de Bombo— los hombres buscaban la dicha por el camino que les señalábamos. Era un oficio hermoso el nuestro. Cada hombre, cada mujer nos encontraba siempre junto a su gozo y nos entraba a su pena para que la guardásemos.

—Entra en la mía —dice Bombo—. Cantaré para ti.

El ángel sonríe y recuerda algunas palabras semejantes a las de otro tiempo:

—Levántate —ordena— y ve a decir a tus hermanos lo que has visto.

Bombo quiere retenerle, escucharle todavía. Pero cuando los ángeles han hablado, los hombres despiertan para reunir sus palabras.

II

Bombo abrió los ojos, miró la hierba, la ondula-

ción de la colina, el cielo que iba a obscurecer. Se levantó de prisa y descendió la cuesta hacia su casa.

Tacape no le aguardaba a esa hora. Oyó sus pasos lentos, que eran como un tambor en el monte. Se les oía y poco a poco iba llegando el gran cuerpo de Bombo, con su cabeza de ojos felices, su nariz expandida, su gruesa boca en que la risa y el canto se turnaban.

—¡Tacape! —gritó desde el umbral.

Y cuando la tuvo enfrente, sus ojos estaban serios; su boca no era la de cada tarde, cuando la risa se hallaba pronta a acoger el reproche de la vagancia y el ocio. Tacape, curiosa, se acercó hasta su pecho y respiró el olor de la colina.

Bombo no supo decir nada. Apretó los puños y comprendió que era difícil hablar como quería. Guardó silencio y ordenó sus palabras.

—Me ha visitado el ángel del Señor —dijo con lentitud.

Tacape se apartó bruscamente y de pronto empezó a reír con una risa aguda, que se parecía al chillido de la rata. Bombo meneó la cabeza con amargura.

“Las mujeres lloran o ríen —pensó—, pero no saben escuchar.”

Y sin mirar a Tacape, fue a sentarse en un rincón y permaneció largamente con sus pensamientos. Después comenzó a cantar en voz baja, fue creciendo su canto y Tacape dejó de reír para escucharle. Entonces Bombo se levantó y un baile despacioso, sin otra significación que la conocida de su regocijo, le tuvo mucho tiempo junto al asombro de Tacape. Cantaba y no eran palabras las que había en su canto; la mujer salió, presurosa, en busca de alguien que la aconsejara.

Bombo no advirtió su soledad ni la llegada de los negros. Bailaba sin mirar a un lado o a otro, porque todo lo que veía no estaba presente.

—¡Bombo! —le gritaron.

Dejó de bailar y vio a los hombres y las muje-

res que habían acudido. Entre ellos, Tacape le miraba.

Volvió los ojos a otra parte. Ausente, lejano, deseaba permanecer al lado de la canción que le obedecía. Hablar era distinto de todo lo que sabía hacer.

Cuando le interrogaron, parecía temeroso de su respuesta. Recordaba haberse preguntado siempre diversas cosas por los caminos. Entonces estaba solo, y si le daba miedo responderse, todo lo olvidaba y seguía adelante, mirando el árbol, la casa perdida en la llanura. Es así en la soledad: se contesta a lo que se quiere.

Ahora, no.

Le interrogaban y había de responder.

—Me ha visitado el ángel del Señor —dijo con su voz profunda—. Yo estaba en la colina. Antes venían los ángeles a visitar a los justos. Ahora no saben qué decirles a los hombres. Pero vi a los abuelos cargados de cadenas y supe que debía cantar para ellos.

Los negros se miraron, silenciosos. Sin que supieran exactamente por qué, bajaron la mirada, restregaron sus manos. Se conmovían.

—¿Cómo era? —preguntó una mujer, indecisa la voz—. El ángel de los negros no puede ser blanco.

Bombo calló un momento. Cada mirada ansiosa estaba pidiendo la descripción del ángel, y que fuera negro y hermoso como se le quería.

—Soy perezoso y no sé hablar mucho rato —repuso Bombo humildemente—. Era bello, sin duda, y negro como cada uno de nosotros.

Entonces rogó al ángel que le perdonara. Y para que no le preguntasen lo que no podría responder, volvió a cantar hondamente, sin palabras, como canta la noche, a veces, en el mar.

Escuchándole, los hombres y las mujeres vieron también al ángel. Sucede así cuando es un negro el que canta y antes se ha hablado de los abuelos. Tal vez por eso bailaron todos —cantando— hasta quedar exhaustos.

A la tarde siguiente, se fueron con Bombo a la colina. Delante, los pasos lentos, firmes, que la tierra

conocía a esa hora. Detrás, Tacape, entre las mujeres, y todos los que seguían.

Bombo se detuvo y encontró sobre la hierba la huella exacta de su cuerpo. Arriba, una nube blanca. Lejos, un pájaro apenas percibido.

—Aquí estuvo el ángel —dijo Bombo, sin volverse.

Miraron la tierra, la nube, la soledad por donde camina el viento. Nunca habían sentido de esta manera y comenzaron a cantar. Después, ya obscurecido, se tendieron junto a Bombo.

—Háblanos del ángel —le dijeron.

Bombo contó la historia como él la entendía.

III

Pensó, mucho más tarde, que había mentido. El ángel era blanco y sus palabras se habían ido de la memoria de Bombo. ¿Cómo recordarlas y transmitir-las? Dejaba a los demás que las imaginaran y él asentía dignamente.

“Lo he perdido —pensó cuando estuvo solo—. Acaso es más hermosa la colina y no pensar en él y encontrarlo de nuevo.”

Entonces llamó a Tacape y la sentó en sus rodillas. Tacape estaba orgullosa de Bombo y contenta de que le siguieran y las mujeres la mirasen con envidia. Su cabeza reposó en el hombro que la aguardaba y se quedó inmóvil.

—He mentido —confesó Bombo a media voz—. El ángel es blanco y no sé, realmente, si existe. Yo estaba dormido en la colina.

Era penoso decirlo; pero Tacape, sin moverse, buscó una de sus manos y la acarició con rápida ternura.

—Si lo necesitas —dijo alegremente—, ¿por qué no crees en él sin atormentarte?

Bombo buscó su respuesta entre las palabras que mejor se escondían, y rascó su cabeza, desvalido.

Caviló ciertas noches y —a ratos— cuando amanecía y todo estaba en silencio. Mejor era cantar, irse sin compañía, andar siempre, y dormir.

“El cielo pasa por la colina, no regresa, y cada vez está ahí para que se le mire. Nunca el mismo, y siempre el cielo, y la hierba, y sentirse en paz”, reflexionaba Bombo.

Y una mañana se levantó dispuesto a no recordar el sueño que perecía.

“De repente —pensó— viene otro, y después hay más...”

Entonces fue cuando quisieron llevárselo a la colina para que viese al ángel.

—Ya lo tenemos. Katanga estuvo días y noches tallando el árbol. Vente con nosotros.

Movió negativamente la cabeza. No quería ver lo que Katanga había hecho con sus largas manos y su cuchillo. A veces, en otro tiempo, le oyó silbar mientras esculpía. Eran unos ojos grandes, una boca redonda, y Katanga contento.

—Estoy cansado —dijo.

Tacape le obligó a seguirles. Y cuando estuvieron en la colina, le pidió que hablase. Pero Bombo miró el cielo, la tierra que le alegraba, y encogió los hombros, callado. Había allí un ángel. Le hicieron de un tronco de muchos años: duros los ojos, torcida la boca, combado el cuerpo.

Bombo respiró hondamente. Entonces, porque iban a danzar, gritó con su voz acostumbrada a esos espacios:

—Yo dormía, nada más...

Se detuvieron a mirarle. Bombo, entretanto, buscaba a Tacape entre las mujeres.

—¿Niegas a nuestro ángel? —le preguntó, asombrado, Katanga.

Sonrió sin responderle. Hizo un gesto a Tacape y bajó la colina, hacia el río.

—Vamos —dijo Bombo—. Cantaré para ti a orilla del agua.

GENEALOGIA

I

Isaías engendró a Gaspar, y Gaspar engendró a Samuel, y Samuel engendró a Martín. Entonces fue el tiempo de un conejo de felpa y las bellas historias antes de dormirse. Martín ponía el conejo sobre su almohada, y se dormía exactamente cuando el rey entraba en su castillo y sonaban las cornetas. Era el momento en que le abandonaban de puntillas y la noche se quedaba con él.

Martín tuvo después, sin que nadie lo supiera, un cortaplumas de nácar. Ya el conejo no existía y las historias eran diferentes. Martín guardaba el cortaplumas en su bolsillo y cuando estaba solo en el jardín no se aburría nunca. Con la hoja afilada se divertía adelgazando alguna rama. O la hundía en la tierra, y éste era el límite de su hermoso país. Entonces les gritaba a los capitanes imaginarios que se atreviesen a cruzar la frontera.

—¡Martín! —llamaban de repente desde alguna ventana.

Así concluía la invasión de una provincia distante,

en que había oro y revoloteaba la abeja. Martín entraba, silbando, en la casa.

—¿Dónde has estado? —le preguntaba su madre.

Martín no contaba el combate en las emboscadas y se iba corriendo. En un rincón de su cuarto escondía el cortaplumas de nácar, lavaba sus manos y descendía al comedor.

Allí estaba Samuel, su padre, alto y enjuto como el abuelo Gaspar, que tuvo hasta su muerte los mismos ojos del bisabuelo Isaías. Martín nada sabía de estas cosas.

Pero Samuel hablaba, despacioso, de aquella gente muerta. Martín dejaba caer los codos sobre la mesa y le escuchaba, distraído. Conocía ya la lenta historia.

—De padres a hijos, todos hemos sido iguales —decía Samuel—. Nunca pusimos los codos sobre la mesa ni comimos bulliciosamente. Un día cualquiera dejamos de jugar mañana y tarde en el jardín y comprendimos que ya no éramos niños. Entonces fuimos obedientes y los libros nos enseñaron cómo se ganan las batallas y quiénes han hecho todos los inventos útiles.

Martín erguía el cuerpo, bajaba los ojos y aguardaba el puñetazo con que Samuel se levantaba a decir:

—Así hemos podido ser lo que somos y tener lo que tenemos. Yo no quiero holgazanes en mi familia.

No los quería, por desgracia. Pero la madre de Martín sonreía tan extrañamente, que el muchacho bajaba otra vez a combatir con los húsares, a la sombra de los castaños.

No obstante, un día terminaron, de improviso, los juegos. Samuel miró a Martín fijamente en los ojos, movió repetidas veces la cabeza y dijo entre dientes:

—Ven conmigo.

Una llave grande giró, ruidosa, y la puerta del salón chirrió en sus goznes como si gruñera, despertando. Estaba oscuro todo. Un olor a cera —y a tiem-

po de lluvia y encierro— acogió a Martín, que vacilaba en el umbral.

—Entra —ordenó Samuel, que en la sombra abría, difícilmente, una ventana.

La luz pareció mirar, primero, a un lado y a otro, antes de resolverse a penetrar donde no se la deseaba. Los muebles se mostraron, macizos, anchos, en sus fundas grises. Una araña de cristal tintineó levemente cuando Samuel cerró, de golpe, la puerta.

—Voy a hablarte como a un hombre —oyó Martín, a su espalda.

Se volvió. Samuel, cruzados los brazos, erguida la cara, juntos los pies, había hecho suya la inmovilidad de los objetos.

—Como a un hombre de nuestra familia —agregó.

Entonces el brazo de Samuel se apartó bruscamente del pecho y señaló hacia una de las murallas. Los ojos de Martín se levantaron y allí estaban los tres retratos sombríos, en sus marcos de oro viejo.

—Acércate —dijo Samuel.

Martín hubiera querido mirar hacia los rincones, ver todo aquello que había brotado repentinamente de la obscuridad. Pero su padre le hablaba con grave lentitud. No era el momento de atender al cazador de bronce que detenía una mano sobre su morral; ni a la mujer sin brazos, encima de una mesa negra.

—Hasta ahora te he dejado al cuidado de tu madre. Desde hoy, no eres un niño. Lo que yo he hecho, eso harás tú. Y así estarán contentos de nosotros esos hombres que vas a conocer. Acércate.

Martín se colocó junto a su padre, frente al primer retrato.

—Tu bisabuelo Isaías —indicó Samuel.

Había entre lo obscuro un hombrecillo de pelo largo. Unas patillas blancas le manaban como ríos de hielo hasta los hombros. Su mano descansaba al lado de una pecera poblada de ojos fijos y aletas amarillas.

—Tu bisabuelo Isaías fue honesto, trabajador, y dejó, al morir, un nombre limpio, unas tierras labra-

das y abundante ganado. Con él comenzó nuestra fortuna.

Samuel dio algunos pasos y Martín, siguiéndole, se encontró frente al retrato del hijo de Isaías.

—Tu abuelo Gaspar —señaló Samuel.

Estaba el cielo invadido por una nube roja. De pronto se abrían las alturas y asomaba la cabeza de un hombre viejo. Las cejas caían como vellones sobre sus ojos perdidos. El bigote cruzaba las mejillas y después, derrumbado, intentaba trepar. Lejos, volaba un pájaro sin nombre.

—Tu abuelo Gaspar fue tan honesto y trabajador como su padre Isaías. Acrecentó las tierras y el ganado. Nunca tuvo sueños inútiles y, al morir, me legó su rectitud, su cordura, sus deberes.

Samuel anduvo entonces hasta el último retrato y Martín se encontró frente a su padre, que sostenía entre sus dedos flacos una manzana. También en torno de él el cielo estiraba unas nubes violentas. Al fondo, pequeñito, un castillo abría sus puertas a la tempestad que no tardaría.

—Tu padre —dijo Samuel con voz entrecortada—. Ya me conoces y no necesito decirte cómo he vivido. Pero quiero que comprendas, Martín, que dentro de mí han estado siempre tu bisabuelo Isaías y tu abuelo Gaspar, indicándome lo que he de hacer y lo que debo dejarte cuando muera. Me refiero al nombre, que es nuestro orgullo y has de cuidar; y a la fortuna, que debes hacer grande, como fue soñada desde un principio.

Martín se distrajo un instante y miró al cazador. Sus botas eran gruesas y parecía cansado.

—Todo lo que has oído —añadió Samuel— acaso no sea exactamente lo que se ha de decir a un muchacho. Más tarde comprenderás mejor mis palabras. Ahora sólo quiero que estudies, que te prepares para recibir un día la herencia que te pertenece. Y nunca te olvides de que llevas en ti a todos estos hombres.

Samuel paseó el índice, tendido como una lanza, frente a los habitantes de la tormenta, encerrados en sus marcos y en el asombro de Martín.

En las tierras de Samuel prosperaron las cosechas, parieron las vacas, y la lluvia y el viento fueron siempre oportunos. En su casa, no hubo cambio aparente. Las cosas estuvieron durante años allí donde las pusieron el bisabuelo Isaías, o el abuelo Gaspar, o Samuel, el padre. Hubo el mismo silencio en los corredores; el musgo creció entre las piedras de los patios; el salón tuvo enfundados los muebles y en la pecera del bisabuelo los peces amarillos miraron con fijeza la obscuridad.

Martín fortaleció sus hombros, sus brazos, sus piernas. A veces, en el campo, entre los trigos, vio a las mujeres ir y venir. Las recordó en la ciudad, sonriendo ante los libros.

Ahora poseía un juego que le divertía alegremente. Cuando, cerrados los ojos, evocaba a aquella que quiso huir al verle entre los árboles, y vino a sus brazos y estuvo contenta de la soledad que les rodeaba, Martín se decía con amargura:

“¡Ah, Isaías, tú la besaste, bribón!”

Cuando en la guitarra que mantenía oculta en su cuarto empezaba, al verse solo, a cantar la tonada de su regocijo, súbitamente se ponía serio y decía:

—¡Canta, canta, viejo Gaspar, que nadie te oye!

Cuando sentía el deseo de vagar por la tarde, se encogía de hombros y decía, inclinándose con respeto:

—Vamos, señores, vamos a andar un poco sin que nadie lo sepa.

Porque así vivía con sus fantasmas familiares, en la más secreta cordialidad. Todos sus pensamientos y todos sus actos eran los del hombre que vivía entre la nube roja, o los del que tenía el pelo largo, o los del que había salido de su castillo y quiso dejarlo abierto a la tormenta, como una nuez a la gula de un mono.

Jugó de esta manera hasta que el tiempo forastero se metió en su cuarto un día y le habló seriamente:

—Martín, ya eres un hombre. Te burlas de los que viven en ti; pero ha llegado el momento de que vivas, como ellos, lo tuyo.

Martín quedó sumido en una meditación inesperada.

“Honesto, trabajador, y, al morir, poner en otras manos la fortuna que pondrán en las mías, y después vivir en lo obscuro del salón, tal vez con una alondra en viaje por encima de mi cabeza... Isaías, Gaspar, Samuel, Martín... Juventud, trabajo y muerte.”

Entonces recordó que su madre le había dicho muchas veces, riendo con alegría:

—Tu vida tiene que ser alegre y espontánea, porque yo te la he dado.

Martín quiso entrar, por eso, en el cuarto de su madre, que estaba cerrado desde que se la llevaron en silencio. Samuel había ordenado, al regresar:

—Quiero que todo siga como ella lo ha dejado.

Y ahí estaba todo, guardado por la llave que, entre otras muchas, colgaba al fondo del corredor.

Martín entró, cabizbajo, en la pieza.

—Tú tienes que ayudarme aunque estés muerta —murmuró Martín, encendiendo la lámpara que, cada noche, vio leer a su madre hasta que el sueño venía.

Sentóse en la cama y miró todas las cosas. Hubiera querido hablar en alta voz, pero un hombre no habla en una pieza sola, aunque haya ido a combatir con sus fantasmas. Miró todas las cosas y la presencia de su madre le acompañó en cada objeto. Y en cada objeto había también la ausencia, que poco a poco le iba dominando. Sintió un vago deseo de alejarse. Era allí donde había vivido, sin que se conociera todo aquello que fue cada hora de su soledad. Pensamientos, recuerdos, alguna esperanza, y todo lo que pidió a la vida, y lo que se le dio, o le estuvo negado.

“Alegre, secreta, incomunicable”, pensó Martín.

Y advirtió su propia soledad, en medio de esta otra que había sido abandonada. Algunas palabras, al-

gunos gestos: eso era todo, para conocerse. Las palabras son siempre las mismas; los gestos se repiten en la dicha y la pena.

"No sé, realmente, lo que ha sido", pensó Martín.

Y recordó sus pasos lentos y tranquilos, su rostro de ojos grandes, su nariz fina, su boca menuda y burlona. Pero se había ido y no quedaba de ella sino lo que Martín pensaba ahora, en el cuarto que tenía una lámpara y, en torno, la ausencia.

Se levantó a coger un libro. Había señalado con su lápiz, en una de las páginas, una frase que a Martín le pareció cerrada y ajena. Más allá estaban sus guantes, un espejo, el cofre de los anillos y los aros.

Martín se acercó a la mesa en que guardaba sus cartas, todo lo que íntimamente le pertenecía. Abrió uno de los cajones: retratos de diverso tiempo, menudas cosas de que la vida había huido.

Con mano indolente revolvió por todas partes aquello, hasta que en el cajón más pequeñito, cuya llave encontró en una caja de madera, vio unos papeles atados con una cinta. Vaciló un rato y tuvo la impresión de que era su actitud la del ladrón cauteloso. Dejó los papeles e iba a marcharse cuando volvió a tomarlos y comenzó a leer de prisa.

Una letra de rasgos profundos, presurosa a veces, y otras tan lenta que en cada palabra se detuvo a buscar lo que escondía. Cartas que recibiera su madre en otros años, que nadie firmaba, y que Martín iba leyendo con angustia:

"Entras en tu casa, te miran unos ojos que no son los míos y tienes que vivir ocultándome. Yo, en cambio, quisiera gritar que me perteneces y que somos felices cuando estamos juntos."

"Yo te he querido siempre: lo sabes y no debes preguntármelo con pena. A menudo pienso que debemos romper con todo e irnos donde la dicha está aguardándonos."

"Es mío y estará siempre lejos de mí. No podremos inclinarnos, los dos juntos, a su cuna. Otro hom-

bre le dirá todas las palabras que sólo yo puedo decirle. Enséñale tú, de algún modo, a quererme."

Martín leyó repetidas veces esto que venía directamente a su corazón, a torturarlo. Después guardó las cartas y cogió un retrato que había entre ellas. Un hombre de mediana estatura y anchos hombros miraba gravemente a Martín. Y eran, con toda exactitud, sus ojos, su boca, su barba redonda y fuerte.

Echó las llaves en su bolsillo y salió del cuarto.

III

Samuel no engendró a Martín, pero la vida no se ocupa de tales cosas.

Pariéron las vacas, las cosechas abundaron y Martín fue, a veces, un campesino laborioso. Le miraba Samuel, en los amaneceres, partir a caballo entre sus perros. Y la confianza y el contento bajaban por su pecho hasta la posada que allí tienen.

"Como mi padre, como yo, como tendrán que ser sus hijos", pensaba Samuel con mansedumbre.

Entonces rodaron los días y muchas lluvias soporaron, en la ciudad, las piedras de los patios, en casa de Samuel. Estaba viejo ya y dejaba que su hijo cuidara, lejos, del ganado y de las tierras. Pero una mañana hubo que llamarle. Samuel sentía que la muerte, en las noches, llegaba de puntillas hasta su cabecera y le contaba una historia sin principio ni fin. Encendía la luz para ahuyentarla; pero sigilosamente le advertía que no se había marchado. Samuel sentía en las sienes y en la garganta el miedo que trepa y de pronto se desvanece para volver a asomar.

"Que me cierre los ojos como yo cerré los de mi padre", pensó Samuel desconsoladamente.

Amaba la vida, sobria y taciturna, pero con pequeñas alegrías que acuden cuando se las llama: en el atardecer, mirar hasta lo perdido en las alturas, y ver el vuelo que se aleja; en la mañana, respirar el aire que viene como un labrador, cantando, y se le

abrazo de dicha; y el deber que se cumple cada hora; y caminar frente a los altos trigos; y mirar, mientras bebe el caballo, una piedra blanca en el agua.

Martín llegó junto a su padre, que hundía en la almohada la cabeza y hablaba difícilmente. Se estrecharon la mano y el silencio estuvo en ambos escogiendo torpemente algunas palabras:

—Esto se acaba, Martín —dijo Samuel, mirando hacia el muro.

—Tiene que ver las gavillas —replicó Martín, cabizbajo.

Las mañanas y las noches pasaron en silencio frente a su puerta. Un reloj estuvo sonando en la soledad. A veces, contra la ventana, golpeó una rama demorosa. Una nube blanca, de tarde en tarde, habló en la forma de un lobo, de una espada, de un viejo barbudo acerca de cuanto hay en el cielo. Y acabó todo después.

—Estoy contento de ti —murmuró Samuel antes de dormirse—. Estoy contento de tu energía y de tu voluntad, como otro lo estuvo de mí en su hora. Eres como yo quise que fueras: igual a esos dos hombres que me enseñaron cómo se había de vivir. Quiero que tu retrato esté más tarde en el salón, junto al mío. Y que el que ha de venir los conozca y los siga. Es nuestro único secreto.

Martín no alzó sus ojos y cuando fue el momento hizo lo que debía hacer.

IV

Las cartas y los retratos sin nombre ardieron en la chimenea. Martín los vio consumirse con severa mirada. Después pensó como Isaías, sintió como Gaspar y respetó a Samuel.

Pero un desconocido se encontraba repentinamente a su lado y la casa era entonces demasiado grande y sin sentido. El campo se tendía a ver pasar los vientos, grandes árboles se inclinaban siempre en

la tormenta y la soledad se entraba en el pecho de Martín, con grito nocturno. Era el instante en que sus tierras fértiles y la ciudad le declaraban que no eran el mundo. Había trenes, barcos, mujeres y regocijos. En alguna parte, las palabras que no había dicho nunca podría decir las y ser feliz. Su vida era diferente. No podía aceptar el destino que le pusieran entre las manos.

“Yo te he querido siempre: lo sabes y no debes preguntármelo con pena.”

“Enséñale, tú, de algún modo, a quererme.”

Movía la cabeza, deseoso de olvido. La casa oía sus pasos y la llave del salón giraba para que los goznes gruñeran, al despertar.

Isaías, Gaspar, Samuel, Martín. Había espacio para encerrarse allí como ellos, con una alondra en viaje por encima de la cabeza.

Juventud, trabajo y muerte.

“Tu vida tiene que ser alegre, porque yo te la he dado.”

—¡Malditas cosas todas éstas!

Nada había pedido y —lejos— parían las vacas, levantaba el trigo, un hombre ponía la mano ante sus ojos, acechando la buena lluvia.

¿No era éste el momento de partir? Y se quedaba pensativo. No se iba. No podía irse.

Entonces, cualquier día, Martín tuvo compañera. Fue engendrado Isaías. Y vino el tiempo de un conejo de felpa y las bellas historias que adormecen.

NATURALEZA MUERTA

La naranja y el arenque están sobre un plato, en la luz del mediodía.

Eso es todo.

—Una naturaleza muerta nos servirá para escribir un cuento —digo a media voz, volviéndome hacia la ventana.

Pero el Personaje no me escucha y mira fijamente la puerta.

—Vamos a trabajar —murmuro.

Entonces comprendo que algo va a ocurrir, cuando se encoge de hombros, cohibido. Sin embargo, estamos solos. Va y viene una abeja por el cuarto, bulliciosa, y encuentra de pronto una salida hacia el jardín. Un rayo de sol se queda quieto en la naranja, y el arenque tiene el color de la ceniza. Nada más.

Pero la puerta se abre de repente.

Tres hombres cruzan el umbral, no me miran, se sientan frente al plato y permanecen pensativos. En vano les he dicho otras veces que no nos entendemos, que deben irse y no volver. Son obstinados y regresan.

—Te traemos la vida —me repiten siempre—.
¿Por qué cuentas historias inútiles?

Yo les he dado el nombre de un autor que busca modelos vivos. Pero no lo recuerdan. Ahora vienen a verme y no podré escribir.

¿Cómo podría?

El arenque, sobre el plato, recibe una leve sombra de la naranja fragante en que el sol se ha detenido. Lejos —la casa de las tres mujeres y el perro de aguas— se oye una música de negros.

—¿Eso es todo? —me preguntan.

No sé qué responderles. Iba a trabajar, como otras tardes. El Personaje aguardaba el tiempo de su suerte. Estaba de espaldas a la mesa, contemplando el jardín por la ventana, y sabía que el destino empezaría de pronto. Al llegar, me había preguntado también:

—¿Eso es todo?

Y les sonrió a la naranja y el arenque, su vecino. Le pedí que esperásemos a la aventura. Entró una abeja y se fue. Y ahora me dicen:

—¿Eso es todo?

Nos miramos. Cinco hombres en un cuarto, ¡qué miseria ante un arenque y la naranja! Pero ya es tarde para que la vida sea diferente. Ha venido así, como viene también de otro modo, y no puedo cambiarla a cada instante. Estábamos solos y nos bastaba la naturaleza muerta de que iba a nacer la abundancia. Ahora somos pobres.

—Una fruta y un pescado —me dicen—. No hay más.

Sólo nombran vagamente las cosas que el Personaje y yo conocemos como origen de un destino.

¿Podremos entendernos? Sus voces me hablaron otras veces. Cuando tendí el oído, advertí que cada una decía algo que fácilmente he podido olvidar, porque sólo recuerdo lo que se me asemeja.

Ahora callamos. Ahí está el ojo del arenque y la luz se estira en la naranja. Después cae con menudo pie de sombra en el pescado.

—Iba a escribir un cuento —digo rápidamente.

Mueven la cabeza y se hablan en voz baja:

—Tenemos lo que necesitamos: un arenque y la naranja —insinúa—. Estamos en una hora precisa: el mediodía de junio más hermoso que he visto en muchos años.

El Personaje se mantiene inmóvil y me comprende. La música de los negros ha callado.

—Todo debe empezar de otra manera —me responden—. ¿Qué pueden hacer una naranja y un arenque?

—El mediodía es hermoso —repito.

—Si lo es, que el Personaje bese a una mujer y viva una aventura dichosa —me replican—. ¿Por qué condenarle a un soliloquio? La vida es acción. ¿Podrá vivirla un hombre sometido a mirar un rayo de sol encima de una mesa redonda?

Sobreviene la aventura en cualquier parte, inesperadamente —dice uno de ellos, pensándolo a media voz cuando los otros han callado—. Aventura fue la de Newton cerca de una manzana. ¿Por qué sólo ha de serlo el crimen? ¿Por qué sólo el amor que engaña, ríe o se acongoja?

—Busquemos la exactitud —le interrumpen—. ¿Hay alguien que sólo posea un arenque y lo acompañe, sobre un plato, de una naranja? No lo creemos.

—Era, apenas, el principio —declara aquel que recordó de pronto a la manzana—. No sabemos qué iba a ocurrir. Podemos aguardar con nuestro juicio.

Pero uno de ellos se impacienta. Camina por el cuarto, las manos a la espalda, y se vuelve con brusco ademán.

—¿Por qué un arenque? —pregunta—. Las novelas de otras partes nos hablan de los arenques ahumados y sentimos que aquello es distante. ¿Por qué un arenque? Nuestros peces, cuando hemos de elegirlos, se llaman...

—El nombre no interesa —le responde alguno—. Se lee un cuento para saber qué hacen sus personajes, hombres y mujeres, queriéndose u odiándose.

—Un nombre exacto embellece una frase —mur-

mura el que sabe cómo asoma en cualquier parte la aventura.

Yo no hablo. El Personaje está inmóvil y temo que duerma en el mediodía de la ventana. Sobre el plato, el arenque acompaña a la naranja que calienta el sol.

—Arenque es un nombre exacto —declara el impaciente—. Pero no es nuestro y nada puede por sí mismo. El Personaje podría contarnos mucho más, si lo quisiera.

Entonces se vuelven hacia el hombre que mira el jardín y está atento a la tierra mojada de un ce-rezo.

—Van a hablarte —murmuro.

Sacude la cabeza, estira los brazos; y cuando ve la naranja, el arenque, el plato, el mantel limpio, el sol alegre que cruza la mesa y sube por el muro, sonríe encogido de hombros y hunde una mano en su bolsillo.

Le observan y él no los mira. La naturaleza muerta le habla de un secreto que habíamos de buscar y que perdimos. La escucha. Yo no puedo ayudarle.

En el silencio, muy cerca, les oigo respirar. Un rumor entra por la ventana, desde la tranquila calle en que alguien está riendo.

—Responde a todo —le pido en voz baja.

Se acercan. Van a interrogarlo.

—¿De dónde vienes? —dice uno—. ¿Dónde naciste?

—En el cuento.

Nos miramos calladamente. Yo sé que no ha mentido y deseo conocer su historia.

—¡Engaño! —exclama uno—. ¿Quién nació como contestas? La vida está fuera y es allí donde se nace. El hombre viene de la vida a un cuento.

Me aburre la naranja. Me hastía el arenque. Pero no digo nada.

—¿Qué significan en tu vida un arenque y una naranja? —le inquieren.

—Dos palabras en un cuento.

No quieren aceptarlo. Van a hablarme y me lle-
go a la ventana, abandonándoles.

—Primero asoma el destino y después lo mues-
tran las palabras —oigo decir junto a la mesa.

Estoy cansado.

—Cuando hay un arenque y una naranja, se es-
cribe un cuento lo mismo que sin ellos —les digo,
sin volverme—. Este es un mediodía de junio y es-
tamos ante una naturaleza muerta.

—¿Muerta? —me preguntan—. La realidad exi-
ge...

—¿Cómo es la realidad? —murmura alguien—.
Había un arenque...

Me vuelvo, sorprendido.

—¿Había? —interrogo.

Entonces callo.

La naranja rueda por el mantel y el sol está con
ella. El Personaje ríe mansamente. Un gato negro,
de grandes ojos dorados, desaparece por la puerta,
arqueado el lomo.

Un arenque perdido. Eso es todo. Pero la vida ha
cambiado. Entonces miro hacia el jardín y se entra
en mi memoria la rama de un limonero, movida cuan-
do un gorrión escapa.

—Podemos ordenarlo todo de nuevo —murmur-
ran.

Pero pasó el tiempo de contar historias. El Perso-
naje me conduce por el cuarto y baja conmigo la es-
calera.

—El destino —me dice— estaba en la gula de un
gato.

Descendemos. Arriba suenan las voces y nos al-
canzan todavía:

—¡Solos!

—¿Cómo pudimos creer que habría cuento?

—Nos queda la naranja.

Pero ya estamos lejos, seguidos de una sombra
que el sol balancea.

¿Sólo una sombra?

No se me culpe. El sol olvidó la otra.

ORFEO

A veces conversábamos ante su casa y un día me invitó a entrar.

—Las copas de vino añejo bautizan la buena vecindad —me dijo con alegría.

Y me condujo a su biblioteca. Una sala de altos muros, cubiertos de estanterías oscuras. En un rincón, la escala de mano que le acercaba a los libros alineados en los anaqueles superiores. Y humo. Un humo que asaltaba los ojos y la garganta, escondía la luz, se deslizaba entre las cosas y giraba torpemente a nuestro lado.

—Abriré la ventana. Fumo continuamente mientras leo.

El humo salió con lentitud de animal que despier-ta y se estira, desorientado y perezoso. Nos dejó su olor penetrante.

—Es el mal de los solitarios —declaró—. Me encierro aquí y se me van los días, las noches, los años. Pero ahora vamos a beber como vecinos que se estiman.

Mientras abría un armario, elegía una botella y

miraba detenidamente una copa, otra copa, yo advertía la soledad. Presencia astuta, contraída en cada objeto, presta a saltar sobre aquel hombre en cuanto me alejara. La veía en el sillón desvencijado enfrente de una mesa. Estaba en el polvo de un retrato antiguo. Se ocultaba en un cenicero de cobre. Me acechaba desde los libros, la lámpara vieja, el suelo deslustrado. "Aquí se habla en voz alta —pensé—, como cuando se sueña."

—Vamos a pedir —me dijo— la felicidad de otras charlas en este cuarto. Porque esta vez no será la última, ¿verdad?

Y me tendió mi copa desde el otro extremo de la sala. Fui a su encuentro y entonces vi la vitrina. No había en ella sino una flauta y un cuaderno.

—Es un vino del Norte —manifestó—. Tiene tantos años como yo. ¡Salud!

Bebí sin apartar mis ojos de la vitrina: una flauta que no parecía valiosa; un cuaderno de tapas coloradas, resquebrajado, sucio.

—¡Ah! —exclamó entre dientes, y se echó a reír un rato.

Nada le pregunté. Mirábamos la vitrina y sabíamos que él debía contarme una historia y yo escucharla hasta el fin.

—De esto hace mucho tiempo —me dijo—. No lo he olvidado nunca. Si nos sentamos y no tenemos prisa, tal vez pueda divertirle esta flauta que tocó Orfeo cuando yo era joven.

Llenamos nuestras copas. Acercó a la vitrina el maltratado sillón y buscó para él una silla, detrás de la escala; en su asiento descansaban libros y papeles.

—No recibo a nadie —aseguró—. En esta silla pongo los libros que suelo bajar. Me aburre vivir trepado en la escala.

Le ayudé. Antes de sentarse bebió su vino. Después chasqueó la lengua con satisfacción.

—La fuerza —me dijo— es una dicha que no conocí jamás. Siempre fui débil. Cuando era muchacho estuve en un sanatorio. Necesitaba reposar, robuste-

cer mis pulmones, hacer el menor ruido posible para que no me oyera la muerte. No me movía durante horas. Comía en abundancia, con lentitud, sintiendo cómo la vida iba acordándose poco a poco de mí. A veces apretaba los puños, las mandíbulas. Y me alegraba cuando creía hacerlo con un vigor que antes no tenía. Entonces pensaba en muchas cosas y me prometía vivir para gozarlas. Aprendí a querer todo lo que a un hombre sano le parece insignificante: la hoja menuda cuando la mueve el viento, la ciudad alegre de una nube, el sonido del aire que va jugando con la hierba. Porque permanecíamos mucho tiempo fuera, en el parque. Y ahí estaban los pájaros. Me gustaba reconocerlos, observarlos si andaban cerca, y despedirlos cuando se iban. Podía divertirme de esta manera. No había otra. Nos mantenían tendidos en sillas plegables, abrigados, inmóviles. Y rara vez hablábamos. A veces alguno tosía. Y callaba. Adivinábamos, entonces, su esfuerzo para dominarse, recobrar el aliento y vivir. Esto nos incitaba a entendernos. Vivíamos una idéntica desventura, una misma esperanza. Eramos hermanos, realmente. Evitábamos las palabras que disgustan; nos decíamos mentiras cordiales. Y si todos ansiábamos compañía, alguien, sin embargo, no la deseaba entre nosotros. Era un muchacho de mi edad, más alto que yo, y tan delgado que cuando caminaba y había de repente un poco de viento, le azotaba la ropa como a un espantapájaros. No tenía hombros ni pecho. Parecía un cuello interminable llevado por un par de piernas inseguras. En cambio, sus ojos eran grandes, profundos, fuertes. Ahí se había refugiado la vida y miraba todas las cosas sin verlas. Estaba ensimismada en esos ojos y desconocía lo demás, que le era ajeno. Vida resuelta a no apagarse. Vida atenta a su propio latido, temerosa de distraerse y acabar. No recuerdo haber visto unos ojos parecidos. Ni tampoco a un hombre tan silencioso y huraño. Nos ignoraba por completo, como si habitara en otro planeta y no llegase hasta nosotros sino su fantasma. No era extraño, por consiguiente, que todos se desentendieran de cuanto le

concernía y volvieran la cabeza, para no mirarle, cuando lo tenían cerca. Repetidas veces quise saber su nombre y lo pregunté a unos y a otros. Se encogían de hombros y me aseguraban que no lo conocían; o bien, después de pensar unos instantes, me decían, titubeando, diversos nombres, y agregaban que tal vez ninguno le pertenecía, porque el verdadero lo habían olvidado. Yo, entretanto, le espiaba incesantemente. Cuando estaba tendido en mi silla, me incorporaba a menudo para mirar hacia la suya. No veía sino una manta cenicienta y el bulto de su cuerpo. Ahí se hallaba, tendido como yo, como cada uno de nosotros, y ausente. Cuando nos levantábamos, se alejaba tan de prisa que más de una vez no pude contenerme y reír. Era ridículo su obstinado silencio, y su desgarrada figura, y cómo ondeaba, persiguiéndole, su ropa, y su largo pelo que el aire desordenaba. Pero un día creí que nos entenderíamos. Volví la cabeza hacia él y me miraba. Entonces le sonreí como a un amigo y levanté una mano, saludándole. No hizo el menor gesto, no apartó los ojos, y comprendí que no me veía. Poco después se iba a su cuarto, que no compartía con nadie. Nosotros, en cambio, éramos varios en cada sala. "Este aislamiento le perjudica — pensé—. Tal vez es tímido y acogerá con alegría una palabra amistosa. Nadie viene a verlo. Está solo día y noche. Trataré de hablarle porque no puede continuar así. Seguramente, es el más enfermo de todos." Pero no pude conseguir lo que me proponía. Se dio cuenta de que intentaba acercarme y huyó de mí tan visiblemente que decidí, por fin, dejarlo en la soledad que había elegido. Sin embargo, no le olvidé. No pude olvidarle. Era demasiado excéntrico para que lograra provocar mi indiferencia. Desde luego, tenía una costumbre que me intrigaba. Todos los días, a la misma hora, cruzaba el parque, alejándose de nosotros, y se ocultaba detrás de un árbol más corpulento que todos los de su alrededor. Quise saber qué hacía; pero no me atreví, mucho tiempo, a importunarle. Era un secreto en que nadie reparaba y que yo me proponía averiguar. Cuando lo supe, moví con

pena la cabeza y pensé en una desesperación intraducible que le apresaba y le perdía. Verdaderamente, aquello era inverosímil. El hombre cruzaba el parque y se escondía detrás del árbol. Aguardaba un momento. Después, en una flauta pobre, tocaba dos notas graves, tres notas agudas, lenta, lentamente, una vez y otra vez, hasta quedar agobiado de fatiga. Luego echaba la flauta en un bolsillo y permanecía sentado al pie del árbol, respirando con angustia. Cuando regresaba, venía cabizbajo y sin prisa. Confieso que hubiera preferido no oír esa música ridículamente desesperada. Apenas se percibía desde pocos pasos; la ahogaba para que no la escuchasen los otros. Y era tan desamparada y monótona, que se quedaba en la imaginación contando una historia hecha de resonancias inexpresables. Yo era incapaz de asociarlas. Sentía vagamente que aquello se refería a un mundo en que no podía haber sino la muerte. Tanto me conmovió el secreto que había conseguido descubrir, que mi reacción fue torpe. Cuando, cierta vez, me preguntaron qué hacía ese hombre al fondo del parque, me eché a reír, provocando la risa de cuantos me rodeaban. "Es Orfeo —les dije—. Así se llama, estoy seguro. Es Orfeo que toca una flauta antes de caer en el infierno." Y la verdad es que nunca más quise escucharle. Ahora era yo el que rehuía su presencia. Más de una vez me pareció que me buscaba. Vi sus grandes ojos fijos en mí, desde lejos. Lo tuve a mi lado en varias ocasiones. Y yo sentía una vergüenza profunda de haberle espiado, de conocer esa música que, cada día, le alejaba de nosotros. Y como siempre me ha desagradado sorprender palabras y actitudes demasiado íntimas, sentí un verdadero alivio cuando supe que había abandonado el sanatorio. Me dijeron que estaba sano y que al irse no se había acordado sino de mí. Entonces me entregaron una caja y un cuaderno. En la caja venía la flauta que le oí tocar.

—¿Y no volvió a verle? —pregunté.

Se levantó a llenar nuestras copas, sin contestarme. Bebimos y fumamos. Breve silencio que empleó en buscar una llave para abrir la vitrina.

—No le vi más —me dijo—. Nunca cambiamos una sola palabra. Se fue sin que supiera qué voz tenía.

Cogió cuidadosamente el cuaderno, limpió con su pañuelo la cubierta, y sopló encima, de punta a punta, antes de abrirlo.

—Sin embargo —murmuró—, ha estado conmigo desde entonces. Y me parece haberlo conocido de tal modo que a veces creo saber lo que él mismo no se atreve ahora a pensar.

—Tal vez ha muerto —le insinué.

Sonrió discretamente, negando con la cabeza.

—No. No ha muerto.

Y para que no le preguntara cómo podía saberlo, rió con fingida despreocupación, burlándose de sus palabras, y me pidió que, si disponía de tiempo y no me aburría conocer un cuaderno inútil, le permitiera leerme algunas de sus páginas.

—Léalo todo —le dije—. Orfeo ha empezado a interesarme.

—Es corto —murmuró—. La letra es grande y hay muchos espacios en blanco. Además, se entretendría dibujando figuras sin objeto. Aquí aparece, ¿ve usted?, una cabeza de mujer debajo de una nube. No tiene gracia ni estilo. Tal vez, una enfermera. O nadie, simplemente. Yo también hago monos absurdos y pienso en otra cosa.

—Lea —le pedí.

Comenzó a leer y tuve la impresión de que todo se lo sabía de memoria. Su voz se había vuelto repentinamente oscura, como cuando se habla en un corredor, delante de la pieza de un enfermo. De vez en cuando levantaba los ojos y proseguía sin titubear, agitando la mano en algún pasaje que le parecía significativo.

“Leí y me contaron historias; pero no aprendí a escribirlas. ¿Dónde está el principio? ¿Cómo se ordenan los hechos y se mueven los seres, entre las cosas, para llegar a un fin? Todo lo que se vive y se cuenta me lo figuro como un gran río sonoro que corre y desaparece. Ahora no veo la montaña de que

nace, no escucho la piedra y la rama que sueñan entre sus orillas, y, de esta manera, no puedo contar lo que fue primero ni disponerlo todo para la venida de lo que ha de ser último.

"Sin embargo, me sobo una sien, reflexiono, cavilo. Soy el escritor que empieza a pensar en el comienzo y tiende el oído hacia las palabras que acuden. Algunas traen el sonido innecesario de lo que no conozco; otras no dicen nada. Y de improviso —¡aquí está!— asoma un nombre. Y empiezo a contar como todo el mundo. Escribo, pues, sencillamente: Me llamo Orfeo."

Mi vecino interrumpió la lectura. Y advirtió, señalándome la página:

—Aquí hay un hombrecillo, que no se le parece, con una flauta en las manos. Se divertía puerilmente dibujando mal; pero no nos preocupemos sino de lo que cuenta.

"Así he encontrado el principio —prosiguió—. Porque todo comienza cuando mi nombre aparece: Orfeo. Es decir, yo —primera persona del singular.

"Se trata de un ser que cambia de continuo. Está en mí. Está delante de los otros. Y nunca se asemeja a sí mismo. Súbitamente creemos encontrar la clave que le descifra. Y escapa burlándose de todos. En suma, un misterio que me tienta desde que compré el cuaderno en que escribo.

"¿Por qué me tienta? Podría dejar la pluma y admitir que nada importa conocerse. El bosque muda su rumor según el viento que lo cruza. A veces duerme y sueña dulcemente; despierta y grita; o despierta y calla. Lo sé. Pero siempre es el bosque.

"Entretanto, voy a hablarle de una flauta que ha sonado como aprendí a tocarla.

"Este es el punto de veras esencial de mi autobiografía. Toda existencia cambia de improviso cuando aparece el objeto que esperábamos y lo cogemos con mano confiada. Entonces nuestra vida se define y decimos: "Antes de esto. Y después". Lo mismo que en un mapa: de este lado, el valle; de aquél, el páramo y la soledad.

"Por eso le digo ahora: antes de la flauta fui un hombre ensimismado, sin alegría. Después de la flauta, Orfeo, el dichoso."

Mi vecino abandonó el cuaderno en sus rodillas y dijo malhumorado:

—¿Empieza a conocerle? Ha estado burlándose de usted y de mí, porque todo lo que ha escrito no significa nada. ¿Cree usted que es serio contar su vida de este modo? Además, vea el dibujo que ha hecho aquí: una flauta que vuela con alas de ángel. Debajo escribió: "Transfiguración de la lira". ¡Cómo he podido soportarlo durante años!

Y antes de que le respondiera, volvió a leer con la obscura voz que adoptaba en seguida:

"Desde este momento hago mía la conducta de los buenos autores: ordeno mi relato, me sitúo en el punto de partida y echo a andar.

"Fui —antes— el hombre destinado a descubrir lo que otros tal vez conocían y yo ignoraba. Cuando lo supe, me sentí aterrado como si nadie más pudiera comprenderlo. Creí verme condenado a guardar el secreto intolerable. Y me lo repetía de continuo, tratando de suponer que me equivocaba. Si alguien me hubiera espiado entonces, habría dicho precipitadamente: "Está enloqueciendo con una desesperante lentitud". De aquí —no cabe duda— la vanidad del juicio. Porque yo no hacía sino menudas cosas explicables: sacar la lengua delante de los espejos, mirarme la garganta, quedarme quieto de repente y escuchar, mover la cabeza, abrir los ojos, esconderme, permanecer atento a aquello que descubría.

"Confieso que tuve miedo. Me angustiaba. A nadie le gusta saber que lleva la muerte adentro. Es mejor pensar que viene de fuera y es el ladrón nocturno que no se siente. Pero, no, la llevamos dentro. Y un día comienza a despertar, nos mira; a veces nos permite ignorarla, tiene sueño y no se mueve. Entonces la olvidamos. Pero de nuevo nos recuerda que está en nosotros. Nos detenemos a espiarla. Está inmóvil. Después se mueve apenas, creyéndose sola; va agiéndose, cambia de postura, nos está amarrando; y

vuelve a querer que no la advirtamos. ¿Lo sabía usted?

"Yo la he acechado y la he visto. Es caliente y desvaría. Desea pensar por nosotros y empieza a mirar hacia fuera todo lo que miramos. Entonces — muchas veces — fui el hombre que apoya la frente contra el vidrio de una ventana y se entristece porque el humo sube de la chimenea del vecino, y porque una mujer cruza la calle. Todo cuenta una historia que deseamos escuchar. Y no habrá tiempo — nos parece — para oírla.

"Yo pensaba: "¡Ah, si hubiera tiempo!" Y abandonaba las cosas para no distraerme. Quería conocer a mi muerte y dominarla. Pude entenderla, poco a poco, lo mismo que a lengua extranjera. Dejó de ser un secreto. Lo que decía era razonable: "Vivo para que no vivas". Y resolví vencerla. Era yo el que debía vivir."

—¿Ve usted? —se interrumpió mi vecino, levantando la voz con desagrado—. Ha vuelto a dibujar y lo hace torpemente, como de costumbre. Garabatea la cabeza de una víbora y le juro que sus estúpidos ojos se le asemejan. Así miraba: sin ver, absurdamente, vuelto hacia dentro.

—Lea —le dije.

—Hay diez páginas en blanco —murmuró—. En la última, vuelve a dibujar la cabeza de una víbora. Se ha reído de mí indudablemente. ¿O cree usted que esto tiene una significación? A veces no quiero pensarlo.

Volvió otras páginas con rapidez y apareció una enfermera debajo de una nube. Mi vecino guardó un breve silencio.

—Ahora —dijo— estamos en el sanatorio. Escuche:

"Fui —después— el hombre destinado a investigar cómo nace la alegría. Los desesperados no lo saben, ni tampoco los indolentes.

"Yo, sí.

"Entonces llevé una flauta en mi bolsillo y entré en el sanatorio, donde me dieron un cuarto que tenía

una ventana frente al parque. Todas las mañanas ponía los ojos en una avenida y pensaba: "Hay que mirarlo todo para elegir el sitio exacto en que debo tocarla". Es lo que hace el vagabundo que busca una sombra para su siesta, el explorador que levanta su tienda cuando está encima la noche, el bandolero que se aprende la topografía de la encrucijada.

"Y el sitio exacto estaba al fondo del parque, detrás de un árbol que ha crecido destruyendo a los demás. Únicamente la hierba lo acompaña en torno. La hierba, almohada del lagarto. O de mi muerte, como lo dispuse desde el principio.

"Porque de eso se trataba: desprenderme de ella —la enemiga— y olvidarla en cualquier parte. Lo sabía ahora y toda mi voluntad debía tender a este objeto. Para conseguirlo, nada habría de interesarme ni de noche ni de día.

"Entonces caminé hasta el árbol, que me ocultó como si supiera que lo había escogido. Era la primera vez y estaba inquieto. Necesitaba serenarme, respirar pausadamente, inventar la canción que no tiene otro final que el de mi propio aliento. Un minuto decisivo para Orfeo, que desconoce la música y siente entre sus dedos el temblor de una flauta.

"Do, re: graves.

"La, si, do: agudos.

"Había encontrado la música. Y nacía para morir y renacer, para morir y renacer interminablemente, para morir y renacer, grave y aguda, siempre lenta, hasta no poder más.

"Enjuagué mi frente con el pañuelo. Era la primera vez. Había encontrado la música. Temblaba entre mis dedos la flauta. Y me senté en la hierba a descansar un rato.

"Cuando volví, algunos habían estado mirándome desde lejos. Me sonreían. Yo pasé, inclinada la cabeza, sin oírles ni verles. Y entré en mi cuarto, me eché en mi cama, cerré los ojos. Había encontrado la música: do, re; la, si, do. Sonaba dentro de mí, corría por mi sangre, la escuchaba pasar por mi pecho, subir a mi garganta, detenerse en mi lengua. Si

alguien hubiese entrado en ese momento a preguntarme cómo me sentía, le habría respondido: "Do, re; la, si, do".

"Había encontrado la música."

—¿Ve usted? —murmuró mi vecino—. ¿Va conociéndole ya? Sigue burlándose y le parece ingenioso lo que dice. Además, aquí ha dibujado unas notas y no son las que ha nombrado. ¿Quiere verlas?

Pero no aguardó mi comentario ni me enseñó el cuaderno, reanudando inmediatamente su lectura:

"Esa noche pensé por primera y única vez en los demás. Recordé haberles visto ese día entregados a su suerte. El hambre, la fatiga y el sueño. Comer, reposar, dormir. Y nadie atendía a su muerte para arrancarla de su cuerpo. La dejaban ahí, voluntariosa, queriendo que se marchara, sin atreverse a entenderla ni a ordenarle sumisión.

"Pensaba en ellos y los veía dormir de cara al muro, despertar de pronto y tender el oído, volverse del otro lado, suspirar, temer estar despiertos, y dormirse de nuevo. La muerte les engañaba, entonces, con sueños felices y les hacía murmurar en voz alta algún nombre.

"Yo escuchaba. No había sino el silencio de los pasillos. Un silencio que entraba en las salas, se inclinaba sobre cada uno, salía. Y no se estaba quieto un instante. Era como una brisa y dentro sonaban los sueños, una tos en seguida apagada, la muerte con su andar de reptil.

"No quise saber más de nadie. Y atendí a mi propia muerte. Entonces creí que mi corazón se detenía. Me senté en la cama. Escuché. Aquello era como un paso en la obscuridad. Un paso dentro de mí. Y olvidándolo todo, empecé a repetir la música que había encontrado. Sonaba en mi memoria y era en la noche como un péndulo. Grave y aguda. Una vez y otra vez, de extremo a extremo del cuarto.

"Al otro día, a la misma hora, volví al fondo del parque. Antes había estado tendido en una silla, envuelto en mi manta, cerrados los ojos, averiguando por dónde iba mi muerte. Faena de buscar que pes

manece quieto, vigilante. Y la música me acompañaba, también alerta, con su nariz de podenco vuelta hacia adentro. Por ahí caminaba la enemiga. Arrastrándose, deteniéndose, mordía velozmente, y se ocultaba con terca voluntad de huirnos. Pero siempre la adivinábamos. Orfeo no perdía el rastro y avanzaba persiguiéndola.

"Detrás del árbol, toqué de nuevo la flauta, ajeno a todo. Sabía atraer al animal astuto, y difícilmente contenía el regocijo que me causaba oírlo deslizarse hacia fuera, olvidado de sí, engañado por el ruido. Es frío y torpe. Tiene ojos de vidrio, rasgados, y camina, camina.

"Do, re.

"La, si, do.

"Y así pasaron muchos días con sus noches. Todas las tardes crucé la avenida para esconderme tras el árbol. Y cada vez, a mi regreso, los demás sonreían. "¿Qué entretiene a Orfeo —se preguntan— allá al fondo del parque, entre los pájaros que saltan por la hierba?" No lo saben y se pasan la burla de ojo en ojo.

"Pero alguien se ocupa de mí. Llega a veces hasta el lugar que me ocultó, y todo lo mira con asombro disimulado. "¿Qué puede traerle aquí cada día?", se dice. Y observa el tronco de altas ramas, ve un insecto que va y viene por él, acaso apoya un dedo en la corteza. Todo le parece igual a otros rincones que ha conocido. No repara en que la hierba levanta, ondula, no está sola. Algo reptaba —por debajo— y acomoda su postura al hueco en que va a dormir. Una víbora —¿no lo he dicho?— o mi muerte.

"La he desprendido de mi cuerpo y está buscando de qué asirse. Cada día hay un pájaro muerto al pie del árbol. Lo ha cogido rabiosamente, al amanecer, cuando cantaba. Clavó en él los ojos, se mantuvo inmóvil, y le obligó a caer para atraparlo. La tierra señala cómo lo acometió y se fue de nuevo. No era lo que buscaba.

"Entonces muerde el polvo, la brizna, el rocío, esperándome. Se cansa y empieza a ovillar su cola

húmeda. Cuando oye mis pasos, la veo alzar el cuello y tender su ojo de vidrio. No la temo. Conozco la música que la adormece. No vacila la flauta en mis manos y toco hasta que inclina la cabeza y se contrae para mentirme, quieta como si no me deseara. Mi música no cesa un momento. Apagada, lenta, repetida, la oye y se acerca a encontrarla. Cuando me siento extenuado, ya la he vencido. Echada en la hierba, no se mueve. Entonces me voy, entro en mi cuarto y sé que el final se aproxima. Pronto se habrá dormido, podré marcharme y vivir.

"Orfeo abandonará su muerte al que quiera guardarla".

—¿Ve usted? —murmuró mi vecino, depositando el cuaderno en sus rodillas, como otras veces—. Aquí me alude. Soy yo el que la guarda, sin poderlo evitar. Durante una vida entera he tenido su muerte en la vitrina. A menudo me parece que si tocara la flauta, alguna noche... Pero, no. Dígame que no es posible. No quiero pensar de esta manera. Y, sin embargo, creo que todo podría ocurrir.

Viéndole desasosegado, me eché a reír para calmarle.

—No ría —me dijo—. Escuche:

"Do, re.

"La, si, do.

"Lo repito continuamente. Es el himno de mi alegría. Está revestido de un rumor de hojas nuevas, de agua que viene al mar, cantando con el viento, de voces que no conozco y son —desde todas partes— el secreto de ser feliz.

"Y río. No dejaré de reír nunca. Lo que esta música me ha enseñado se dice riendo con todo el bullicio de la garganta: soy el primer hombre que se ha quedado sin muerte.

"Una mañana me lo declaró el médico, después de examinarme. Creía mentir y se alegraba de ser inverosímil:

"—No entiendo nada —me dijo—. Si me pidieran que explicase lo que ha sucedido, no sabría hacerlo. Usted ha vencido a la muerte. Porque ahora puedo

confesarle que estaba grave, irremediablemente perdido. Y de pronto, de la noche a la mañana, no sé cómo, tiene vida para mil años. Es increíble. Ha mejorado por completo. Se diría que es otro hombre.

"Y golpeándome las espaldas con ruidosa cordialidad, agregó sin saber lo que decía:

"—Si la muerte no se ha atrevido ahora con usted, créame que no se atreverá nunca.

"—Así lo espero —respondí, convencido de no engañarme.

"Pero necesitaba dormirla. Dentro de una semana abandonaría el sanatorio y todavía estaba despierta. Se iba aletargando con incalculable lentitud. Oponía una desesperada resistencia. No cerraba los ojos y agitaba débilmente la cabeza cuando me oía llegar. En torno, empezaba a secarse la hierba y el polvo se volvía amarillo. Una tarde cayeron del árbol unas hojas sobre mi hombro. No obstante, más allá había llegado la primavera.

"Y repentinamente he triunfado.

"Estaba tocando mi flauta con una destreza que no había imaginado alcanzar. El constante ejercicio me daba una seguridad de virtuoso. Las notas graves parecían brotar de donde arrancan las raíces más profundas: do, re; las notas agudas habían atrapado el secreto del cielo: la, si, do.

"Y la vi que comenzaba a cerrar los ojos.

"Era mi hora.

"Toqué levemente. Había que apagar la música al comenzar su sueño. Repetirla cada vez más distante, hasta que no se oyera.

"Bruscamente levantó la cabeza, abrió sus grandes ojos y cayó dormida.

"Pero algo había visto antes de caer. Comprendí por la expresión de su mirada que no estábamos solos. Y sin dejar la música, tocando siempre —apenas sonido, casi aire que pasa—, volví la cabeza y lo vi a usted espíandome.

"Mi muerte lo había mirado. Le conocía. Era suya ahora.

"Entonces pensé escribir este cuaderno y entre-

garle mi flauta. No me pertenecía ya. Debía tenerla el que duerme en el sueño de la que me ha olvidado.

"Cuando crucé el parque, usted se había marchado de prisa y estaba a la entrada de un pasillo conversando con otros. Les oí reír y sin que me vieran les acompañé en la risa.

"—Es Orfeo —decía usted, dándome el nombre que he aceptado.

"Recordé que a menudo le había visto observándome. Era el único que se interesaba por mí. Y nunca tuve tiempo para acercarme a su curiosidad. Le hubiera contado tal vez, lo que estoy escribiéndole. Pero me entenderá mejor cuando me lea. Tendrá una flauta y un cuaderno para recordarme.

"Do, re.

"La, si, do.

"Esta es la música. Se toca lentamente y se espera. Y ya sabemos lo demás".

Mi vecino cerró el cuaderno. Se levantó despacio, abrió la vitrina y volvió a echarle llave.

—Hacía tiempo que no leía estas páginas —me dijo—. Siempre me olvido del final y me hace bien recordarlo.

Estaba tranquilo. Había vuelto a sentarse y no dejaba de sonreír.

—Vamos a bebernos la última copa —murmuró. Y en seguida se bebió de un sorbo el vino que tenía su edad.

Entonces comencé a reír, correspondiendo a la burlona mirada de sus ojos pequeños y brillantes, en que vacilaba, ansioso, un secreto.

—¿Y la otra muerte? —pregunté—. Me refiero a la suya, también vencida como la de Orfeo, si no me equivoco.

Rió con alegría.

—Mi historia le ha interesado —me repuso— y ahora se preocupa de mi otra muerte. Adivina qué aprendí lo que me enseñaron.

Buscó una llave en su bolsillo y la examinó, dichoso, un momento.

—La guardo en otro lugar —explicó—, para no

confundirlas. Me pertenecen las dos. Podré elegir la que quiera.

Abrió un cajón y estuvo riendo silenciosamente unos minutos, sin acordarse de mí. Después se volvió a decirme:

—Aquí está. Acérquese a mirarla.

Vi en una caja de cristal una flauta parecida a la de Orfeo.

—La toqué, como él, cuando era joven —me dijo—. Hoy la música no me agrada.

BICEFALO

I

Lívido y perezoso, el amanecer se detenía detrás de los vidrios, miraba hacia adentro, y el muro era blanco otra vez. Había acabado la noche.

Bartolomé se levantó sin ruido, cruzó la galería y fue a mirar el patio de la maternidad. Las ramas de un naranjo despertaban. El frío dormía alrededor de la fuente, sobre el trébol. Era verde, liviano. Había apoyado una leve neblina en el agua y en la piedra. Estaba de cara al cielo y no se movía.

Sonó un timbre. Bartolomé acudió de puntillas a observar todas las puertas. La enfermera nocturna asomó —blanca— con la gorra caída y unas llaves. Le sonrió como hacía una hora, cuando empezó a esperar.

—¿Nada?

—Viene pronto. —Y corrió porque el timbre sonaba de nuevo.

Bartolomé hundió las manos en los bolsillos y paseó por todas partes, perdiéndose, buscándose, ansioso de cada rumor y averiguándolo. Una tos, de repente. Y el silencio. La enfermera que volvía, la puerta

que cerró, un vago olor a éter, y el silencio, un maldito silencio golpeado, lejos —¿dónde?—, por una cuchara en un vaso.

—¡No puedo esperar más! —exclamó, y era absurdo decirlo en voz alta y alzar una mano frente a los vidrios y repetirlo tres veces, moviendo la cabeza.

Entonces le arrancaron la respiración. Despertó el frío y entró por la ventana para remecerlo. Ahí, enfrente, por debajo de la puerta, por la cerradura, atravesando la hoja de madera y saltando a su sangre, punzándola, quemándola, salió el vagido. Sonoro, de prisa, se apagó en un minuto. Después hubo otro y Bartolomé se alejó con el paso inverosímil de un muñeco. Deseaba reír y se le apretaba la garganta.

—Es hombre, como yo; o mujer, como Enriqueta.

Seguro de no equivocarse, pudo reír al cabo; pero no era sino una mueca debajo de la nariz, mientras restregaba sus manos y cerraba los ojos.

En el departamento había luz encendida. Se sentó en el cuarto destinado a los que vinieran a visitarles y volvió a esperar. Veía, por la puerta entornada, la cama de Enriqueta y una cuna.

Largo tiempo después se oyeron unos pasos tranquilos. Bartolomé abrió los ojos. En el umbral —desnudos los antebrazos, cubierto hasta los tobillos por un delantal blanco y estrecho—, el médico le sonreía.

—¿Hombre? —preguntó Bartolomé.

—Y de buen peso, robustos pulmones, ojos negros y azules.

—¿Negros y azules? ¿Cuántos son?

El médico estiró una mano y vino a posarla en su hombro.

—¿Cuántos? —repitió Bartolomé.

—Uno solo —respondió el médico, tendiéndole su cigarrera—. Es uno y no debe alarmarse. Conversemos con toda la tranquilidad que el caso requiere. Lo primero (y es lo que más importa) puedo asegurárselo con entera confianza: la madre se ha salvado.

—¿Y ellos?

—No hablemos en plural. Repito que es uno y de buen porte, sano, orgánicamente capacitado para vivir. Rubio, y moreno. De ojos azules, como su madre. Negros, como su padre.

—¡Monstruoso! —gimió Bartolomé.

—No le llamemos así. Bicéfalo, diría yo. Y digno de que se le estudie con todo el detenimiento que pide la ciencia.

¿Bicéfalo? Nombre de caballo. Bucéfalo. Le temía a su sombra y galopaba en la antigüedad.

—No entiendo —balbuceó.

—Bj es dos; céfalo, cabeza. No. No se alarme, repito. El niño nació con dos cabezas normales. Una rubia, morena la otra. Un caso maravilloso.

Una mujer entró en la sala vecina.

—Ya lo han traído —dijo el médico—. Vamos a verle.

Bartolomé echó a andar. El médico, delante, olía a tabaco y a éter. Se mecía en su espalda el primer botón de su delantal, suspenso de un hilo.

—Mírelo —murmuró.

Por el dosel de la cuna bajó a la almohada un ojo de Bartolomé. Precipitadamente subió a cerrarse. Nunca más se abriría. Había muerto.

—Mírelo.

—No puedo —repuso.

—Es preferible acostumbrarse pronto —aconsejó el médico.

Bartolomé posó la mirada entre las dos cabezas.

—No se parece a nadie —murmuró entre dientes, a pesar suyo.

—Eso empieza más tarde —dijo el médico—. Al principio, todos son iguales.

—Nadie podría dudar que éste no es otro —respondió Bartolomé con voz temblorosa.

—¡Calma! No es la primera vez que...

Calló en seguida. Repentinamente violento, Bartolomé le hablaba como si fuese culpable:

—No me diga que esto ocurre todos los días, doctor. Tampoco me cuente que debo estar orgulloso.

No soy coleccionista de cabezas. Quise tener un hijo, nada más.

El médico le llevó al otro cuarto.

—¡Calma! ¡Calma!

II

Cuando la mañana tuvo todos sus ruidos acostumbrados, delante del departamento de Enriqueta se hablaba en voz baja, las enfermeras iban y venían con pies silenciosos, detenían a los visitantes. En la puerta se había colocado un cartel que prohibía la entrada.

Bartolomé abría las manos con los músculos tensos, para cerrarlas de golpe. Bicéfalo. Había que huir, esconderse.

—¡Dos cabezas! ¿Acaso una no basta para ser desgraciado?

Y en cuanto pudo, salió con Enriqueta camino del destierro. El coche corrió por una interminable carretera, estremeció los palos de un puente viejo, alborotó el polvo de un pueblecito que tenía una iglesia con torre de piedra, espantó un rebaño de corderos y se detuvo, jadeante, frente a la casa de campo de Bartolomé.

—Aquí nos enterramos. De aquí no saldremos hasta reventar. Quiero que le cuide una mujer muda y sorda. No deseo saber que existe.

Enriqueta bajó sin contestar, anduvo con lentitud, esperó junto a la puerta y entró como una sonámbula. Fue a sentarse a un costado de la chimenea, en la obscuridad, mientras Bartolomé abría las ventanas y penetraba, despacio, la luz.

—Subo —dijo después Enriqueta.

Olía a cuarto cerrado junto a una pradera llovida. En la escalera parecía haber estado oculto un mono mojado, que huyó cuando abrieron las ventanas. Bicéfalo olfateó el aire nuevo, frunció intranquilo sus narices, no despertó. La vida era dulce, abrigada.

Enriqueta lo acomodó en un sillón, encima de un cojín adornado con una vaca roja en un prado amarillo. Después hizo la cama. Bartolomé —abajo— raspaba un fósforo para la pipa que fumaba en su casa de campo.

“Hay que vivir”, pensó Enriqueta.

Ante todo, necesitaba una mujer que la ayudase. Vivía en algún lugar de las tierras que miraba por los vidrios: lomas verdes, casas pobres entre los algarrobos, y tres caballos que pastaban.

III

La mujer vino un día.

Gruesa, callada, boba, contempló al niño largamente y no demostró asombro. Cuando se inclinó para tomarlo, sus pechos se balancearon levemente, como dos tortugas de gelatina.

Se llamaba Isidora. Conocía diversas desgracias y menudas alegrías que a veces recordaba, a solas, mirando el suelo. Sabía que todo puede suceder. Hay cosas que no se desean y vienen cualquier día. Al comienzo, duelen. Se llora detrás de una puerta, no se quiere vivir y después acaba el llanto.

—Nació así el pobrecito —dijo Enriqueta.

Isidora le miró otra vez, sin hablar, y meneó la cabeza: así sería hasta la muerte.

La madre bajó. Estuvo sentada frente a Bartolomé, que fumaba pensando en su regreso a la ciudad. No podría quedarse ahí, escuchando —fuera— el ladrido de los perros. Ya había contado todas las piedras del muro. Si cerraba los ojos, veía la chimenea. Al fondo del paisaje, por la ventana, una colina mostraba su joroba.

—Tú sabes, Enriqueta, que nuestra fortuna no es inagotable. Debo irme. Hay un negocio de aceite, otro de azúcar. Además, el Consejo de la firma, ya te lo he dicho, va a nombrarme presidente.

Enriqueta no dijo nada porque oía los pasos, allá

arriba, de la mujer con el niño. Siete de ida, siete de vuelta. Y había empezado a cantarle:

—Cordero, palomo, ternero mamón. . .

—No lo hemos bautizado —recordó Enriqueta.

Bartolomé arrugó el ceño y respondió que ella se ocupara de todo. Había un cura en la iglesia con torre de piedra, por el camino. Vendría en cuanto le llamaran. Ahí estaba el automóvil, si lo querían.

—Cordero, palomo, ternero mamón. . .

Y vino el cura. Montaba un caballo flaco que tascaba el freno.

—¿Dónde está el morito? —gritó desde la puerta.

Enriqueta salió a recibirle. Delgado, huesudo, pequeño, poseía una voz tempestuosa. Se enorgullecía de ella y la echaba a volar entre la gente.

—Ante todo —dijo Enriqueta, invitándole a entrar—, voy a rogarle que no se asombre: el niño tiene dos cabezas.

El cura levantó la propia y ahuecó los ojos. Meditaba.

—Todos somos criaturas de Dios —clamó sonoramente.

Bartolomé apareció en la escalera, estrechó la mano del cura, y oyó bajar a Isidora. El niño vestía de gala: una cinta roja en su cabeza rubia, y una azul en la morena. Serio, digno.

El cura le miró rápidamente y empezó a interrogarse: ¿cuántas almas tenía? Si una, bastaba un nombre; si dos, rociaría ambas cabezas y echaría sal en las dos bocas.

—¿Qué nombre le pondremos? —preguntó.

Los ojos del niño buscaron la voz que le asustaba, y después rompieron a llorar. Isidora le animó dulcemente:

—Cordero, palomo. . .

—Cualquier nombre igual —contestó Bartolomé—. Lo que deseo es que termine.

—El nombre lo eligen los padres. Yo no sé cuál es el que quieren.

—Antípodas —gritó Bartolomé.

Enriqueta restregó sus manos, cabizbaja; Isido-

ra apretó al niño contra su pecho, protegiéndole; el cura pensó que esa palabra había sonado con ruido pagano.

—Recordemos los nombres que tienen una fiesta y un altar —dijo buscando el cielo por una de las ventanas.

—Los he olvidado —murmuró Enriqueta.

—Aconsejo dos —sugirió el cura—. No daña contar con doble protección junto a la Divina Misericordia. Que cada cual tenga la suya.

—Es uno solo —objetó Enriqueta—. Nació así, pero es uno.

El cura pensó en la eternidad y vio una de las cabezas apoyada en el hombro de un ángel. La otra rodaba por el limbo, alrededor del infierno.

—Dos nombres —repitió—. Hay que salvarlo del demonio.

Y se llamó Pedro en su cabeza rubia, Pablo en la morena. Después bebieron una copa, se habló del viento, de la lluvia, y el caballejo volvió a trotar por la carretera.

IV

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Bartolomé partió un día y quedaron las dos mujeres con el niño.

Una mañana empezó a llover, hizo frío, no se vio el cerro desde la ventana. Enriqueta encendió la chimenea y releyó, en una carta, algunas frases que no quería guardar la memoria. Vino la tarde. Cayó la noche. Volvió la mañana, sin lluvia, sin sol, y en torno olía a tierra mojada. El café añadió su aroma, durante el desayuno, y crujieron las tostadas entre los dientes. La chimenea tuvo una hermosa llama. Enriqueta escribió, pensando largo tiempo ciertas palabras. Mugió una vaca, ladraron todos los perros, galopó un jinete al atardecer. En la noche, el viento golpeó los postigos. Levantó el amanecer y corrió como una lagartija por las paredes. Salió de la cocina el

olor del café. Chisporroteó un leño grande, seco, en la chimenea. El humo trepó de la casa al cielo y lo alcanzó en seguida. Pasaba una nube baja, negra, camino del cerro. Llovió cuando anochecía. El viento estuvo rondando en la obscuridad, y se fue en la mañana. Enriqueta bajó a preparar el desayuno. Se levantaba temprano y no quería sino a Isidora bajo su techo. Que nadie hablara de Pedro y Pablo. Sonaban los pasos de Isidora, arriba. Siete de ida, siete de vuelta. Y cantaba:

—Ternerito mamón. . .

Y de pronto, septiembre. Sacó el árbol las hojas escondidas, las puso al sol, entre los pájaros. El cielo fue azul y se persiguieron unas nubes blancas sobre la colina. Cruzó la carretera una burra despaciosa, moviendo las orejas. Pedro la siguió con los ojos. Pablo no quiso mirarla.

Era verano. La luz encendía los vidrios. Entraban las moscas a la cocina y se paraban en un durazno, una lechuga. Isidora abría su blusa llena de flores y asomaba el camino hacia las tortugas sofocadas. Enriqueta bebía horchata en un vaso largo, angosto, chasqueaba la lengua y recordaba cosas. Un jilguero picoteaba los cardos en el cerro vecino, volaba a la casa, se detenía en el techo caliente y pensaba dónde iría. Luego, todo el campo era suyo.

Después se oía el tranco húmedo del otoño. Silbaba al caminar entre los árboles y sobre las hojas, durante la noche. Las ramas alargaban unos dedos blancos y le llevaban el compás al baile de las nubes. Enriqueta entristecía súbitamente, escribía una carta, leía otra. Pedro le sonreía a Isidora, comía saboreándose, engordaba. Pablo enflaquecía, sin apetito, y miraba una araña que iba por la piedra, el mundo que obscurecía y aclaraba, los labios de Isidora que se movían y sonaban alegres, tristes, como empezaba a entenderlos.

—Pedrito está sano, señora. Pablito va enfermando.

Vino un médico de la ciudad y examinó las dos

lenguas, puso la mano en ambas frentes, sonrió con sabiduría.

—No es nada —dijo—. A éste —y golpeó con un dedo la cabeza de Pablo— le va a salir el primer diente. Se le ha hinchado la encía. Es natural.

Después enflaqueció Pedro. Pablo le sonreía a Isidora y hablaba mirándose una mano. Pedro lloraba porque la mano era suya.

Enriqueta, delante de un espejo, descubrió una arruga al lado de sus ojos, una cana encima de alguna sien. ¿Cuál? Ya no estaba. La tenía en la mano y estuvo contemplándola.

—¡Dios mío! —suspiró, y la cana se perdió en el suelo.

El año había mostrado todo lo que poseía. Ahora empezaba de nuevo. La colina era verde, amarilla, de lodo, blanca, verde. Venía la burra, mugía la vaca, corría el jinete y ladraban todos los perros, conversando en la noche.

V

Pedro y Pablo estaban descubriendo las cosas. Pedro prefería la chimenea, un florero del comedor, el caballo del naranjero, los ojos azules de Enriqueta, la garganta de Isidora cuando reía. Pablo quería a un zorzal, todas las tardes, cuando buscaba, saltando, las migas que le lanzaban desde la puerta. También le gustaba un perro de loza, la llama del fósforo, la voz de Enriqueta y la mano de Isidora cosquilleándole la barbilla.

A veces, Pedro tendía una mano a la oveja de género que le miraba con su ojo de cristal. Pablo estiraba la otra, también hacia la oveja. Los dos se detenían y observaban. Pedro cogía la oveja y le contaba confusamente su alegría. Pablo bajaba la mano, indeciso, y esperaba consuelo.

Isidora, por aquellos días, pensó que el niño debía caminar y se dispuso a aleccionarle. Pedro movió

una pierna del lado que prefería, y Pablo, alejándose, intentó alcanzar una mesa.

—Va a ser difícil, señora. Pedrito camina hacia la izquierda y Pablito va a la derecha sin querer seguirlo.

—Paciencia, Isidora. Día vendrá en que caminen de acuerdo.

Pero tardaban. Tenían mundo aparte.

—¡Cómo pudiéramos enseñarles a desear lo mismo y a hacer una sola cosa cada vez! —exclamaba Enriqueta.

—Sólo el tiempo lo sabe —murmuraba Isidora con sosegada filosofía.

Y no se equivocaba. El tiempo lo supo después de rodar sin apresurarse. Isidora estuvo creándoles la costumbre del turno. Durante una hora, Pedro se valía de ambos brazos y piernas. Todo el cuerpo le pertenecía. Después descansaba. Entonces era Pablo el dueño de las manos, de los pies, de la existencia feliz.

—Ahora son las cuatro —decía Isidora—. Pedrito camina y ríe.

—Son más de las siete —anunciaba—. Pablito se cansó de correr. Hay que acostarlos.

La costumbre no les abandonó con el tiempo. Habían crecido y Pedro salía a caminar. Porque le gustaban los árboles, subía por ellos como un gato. Buscaba una rama resistente, se ponía a horcajadas y aprendía a silbar. Pablo apretaba los párpados y apenas llegaba su hora volvía a casa y jugaba silenciosamente con sus soldados de plomo.

—No se parecen —decía Enriqueta—. Cuando me piden un cuento, Pedro quiere gigantes y Pablo unos enanos que se oyen y no se ven. Pedro golpea las flores con una varilla. Pablo ahuyenta a las abejas para que no las cansen con su peso. Pedro juega a los cazadores y les apunta con una escoba a los jabalíes. Pablo abre un libro de estampas y no quiere jugar.

—Nunca me aburriré con ellos —contestaba Isidora.

Enriqueta envejecía. Estaba vestida de negro y a veces permanecía con los ojos clavados en un retrato de Bartolomé. No había vuelto y ya no le vería más.

“Estoy sola para cuidarlos —pensó—. Isidora no puede enseñarles nada. A Pedro le ha hecho una honda y le acompaña a descubrir los nidos. A Pablo le ha tejido una corona y le cuenta que es un ángel que nació en el bosque. Voy a ir a la ciudad en busca de una profesora.”

Estuvo ausente una semana.

Pedro corrió por los cerros y cabalgó un caballo desconocido. Cuando cayó, la cabeza de Pablo azotó una piedra y comenzó a sangrar.

Enriqueta —a su regreso— gritó cuando le vio vendado. Pedro la reanimó diciéndole que jugaban a volver heridos de una guerra.

Detrás, escuchando, había una mujer muy alta, roja, de grandes pies.

—Miss Bárbara —indicó Enriqueta—. Es la profesora que va a vivir con nosotros. Habla cuatro idiomas y sabe todo lo que ha ocurrido en el mundo. Hay que obedecerla, respetarla y estudiar lo que indique.

Miss Bárbara estuvo contenta desde un principio. Pablo aprendió a leer rápidamente. Cuando se iba al bosque, le preguntaba el nombre del árbol y de la hierba, del insecto y del pájaro. Pedro, sin oírles, medía entretanto la distancia que había desde un chincol a su honda.

—Es un niño perfecto —decía Miss Bárbara—. Hay un bello equilibrio en él: Pedro es acción y alegría del cuerpo; Pablo es un contemplativo y trata de entenderlo todo con claridad.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Isidora prefería a Pedro y le enseñaba lo que sa-

bía. Caminaban por los campos y la lección era diversa, entre hombres y caballos, perros, gallinas y colmenas. Pablo acudía retrasado a las lecciones de Miss Bárbara y no ocultaba su disgusto.

—A Pedro le enseñaron hoy a pelear —dijo un día—. Había otro niño y pelearon. Yo deseaba volver.

Miss Bárbara agitó sus grandes pies en un baile imprevisible.

—*Wonderful!* —gritó—. Esta es la antigüedad delante de mis ojos: músculo y pensamiento, cuerpo y alma. Y ahora, Pablo —agregó—, *what time is it?* —Y le miró ceñuda. Había que mantener la disciplina.

—Yo pierdo siempre —murmuró Pablo en voz baja—. No es mía la culpa de llegar tarde.

Isidora, en la cocina, cantaba recordando a Pedro. Le veía aprestar los puños y dispararlos como piedras. No muy lejos, Miss Bárbara le hablaba a Pablo de Pitágoras.

—A estos hombres —decía— hay que conocerlos desde antes de comprender lo que hicieron por la humanidad. Pitágoras era sobrio. Enseñaba que los goces del cuerpo son vanos. La música le alegraba. En la noche oía cantar las estrellas.

—¿Cómo cantan? —preguntaba Pablo, deseoso de oírlas.

—No se las oye cantar con los oídos —respondía Miss Bárbara—. Es cosa de aprender a sentir los números. Ya lo veremos después.

Pedro sonreía, distraído. Pensaba en su pelea de esa tarde, a la entrada del bosque. Había hombres de manta, fumando. Reían y les azuzaban. El muchacho tenía su edad y golpeaba haciendo girar sus brazos, hundida la barba en el pecho. Gritaba de repente. Retrocedía y avanzaba, intentando engañarle. Pedro no le temía. Dos veces retrocedió porque Pablo quería irse.

—¡Vámonos! ¡Vámonos! —rogaba—. Déjale solo. Pedro avanzó golpeando. No se detuvo hasta que el otro cayó. Los hombres, fumando, reían.

—Otra vez gano yo —exclamó el muchacho, in-

corporándose. Era más alto, de largas piernas, y al caminar abultaba una naranja oscura en su pantorrilla. Estaba acostumbrado a ganar y perder. No le importaba.

—Pedro, le estoy observando desde el principio de la clase —dijo Miss Bárbara—. ¿Quiere repetirme quién era Pitágoras?

Entre los hombres —pensaba Pedro— había una muchacha. Le miraba a veces. Reía y hablaba con los hombres. Volvía a mirarle. La había visto a menudo, detrás de los cerros, en el almacén. Vendía salmón, pan y cerveza. Se la veía desde lejos, al lado de la balanza, acodada en el mostrador. Entraba Isidora con él y se saludaban. Envolvía los pepinos y los tomates, la sal y el azúcar, mirándole de reojo.

—Estás bonita, Mercedes —le dijo Isidora una mañana.

Rió, mirándole. Pedro sentía que estaba mirándole siempre, en todas partes. Ahora lo recordaba. Estaba mirándole en la noche, cuando Pablo dormía y él pensaba en ella. Cerraba los ojos, y estaba mirándole. Los abría, y le miraba en la oscuridad. Sonreía también. Tenía cuello de pájaro. Le miraba y sonreía. El cuello subía, bajaba, y a Pedro le gustaba mirarlo.

—Mañana repasaremos lo que hoy estudiamos —anunció Miss Bárbara—. Querría que Pedro no estuviese en las nubes. Pablo progresa mucho más.

VIII

Pedro había descubierto a Mercedes y deseaba contarle. Esperó la noche y dijo:

—Pablo, ¿te acuerdas de la muchacha del almacén? Estaba esta tarde a la entrada del bosque. Me ha mirado todo el tiempo.

Pablo volvió la cabeza y confesó algo inesperado: —No quiero saberlo. He hecho voto de castidad. Pedro alzó un brazo y golpeó el hombro de Pablo.

—¡Buena noticia! —exclamó—. Pero quisiera contarte lo que me ocurre.

—Lo sé —repuso Pablo—. No olvides que vivimos juntos.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—Vigila tus sueños, Pedro.

—¿Mis sueños? ¿Quién te ha hablado de mis sueños? Yo no me ocupo de los tuyos.

—Si sientes de otra manera, tendrás sueños distintos. Yo no despertaría para avergonzarme de ti. Hace dos meses que no duermes solo cuando sueñas.

—¡Ay! —dijo Pedro, moviendo la cabeza—. ¿Dónde podríamos guardar nuestros secretos? Los tuyos me desesperan, aunque no diga nada. Me entristeces el corazón todas las tardes, me horrorizas cuando quieres imitar a Pitágoras, me aburres cuando piensas que la vida es leer junto a la chimenea.

—No te reprocho lo tuyo —replicó Pablo—. Déjame lo mío.

—Tenemos que llegar a un acuerdo. Respetaré tu castidad, queda jurado; pero no te opongas a que una noche salga por la ventana a ver a Mercedes.

—¡Hemos entrado en la adolescencia! —exclamó Pablo, desesperadamente indefenso.

—Ya lo sabía, Pablo; pero no sufras. Yo me haré cargo de nuestro cuerpo.

—¿Y qué será de mí?

—Te lo cederé cuando lo necesites.

Era difícil entenderse. La noche les rodeaba y resolvieron dormir. Pedro corrió a sus sueños y se olvidó de todo. Pablo, en la sombra, pensó en la música del cielo.

IX

En la mañana, como de costumbre, salieron a caminar por el campo. Miss Bárbara les había dicho que el aire fortalece los pulmones y refresca las ideas.

Había que aspirarlo hondamente, retenerlo, exhalarlo con lentitud antes de la primera lección del día.

Cuando estuvieron distantes de la casa, Pedro encendió un cigarrillo.

—¿Fumas? —preguntó Pablo—. Me vas a enfermar. Creo que Miss Bárbara no te lo permitiría.

Pedro estiró los labios y sin apresurarse echó fuera el humo que le encendía la garganta.

—Tenemos que pensarlo bien —dijo sin mirarle—. Un solo cuerpo no basta para los dos.

—¿Y qué podríamos hacer? —inquirió Pablo.

—Jugarlo ahora mismo. Yo tengo una moneda y vamos a lanzarla al aire, cerrados los ojos. Cuando caiga, veremos quién ha ganado. El cuerpo debe ser tuyo o mío.

—¿Y qué hará el que pierda? —preguntó Pablo.

—Mirar, oler, oír, pensar lo que quiera, obedeciendo la voluntad del otro. Un cuerpo con dos cabezas no sabe qué hacer.

Habían llegado a la cumbre de una colina y Pedro apretaba la moneda en su bolsillo.

—¿Aceptas? —murmuró—. Yo digo: cara.

Pablo pensaba responder que no debían resolverlo de este modo; pero ya la moneda se perdía por el aire.

—¿La viste caer? —preguntó Pedro—. Yo cerré los ojos, como te prometí.

La buscaron y estaba lejos, dorada entre la hierba.

—Es cara —indicó Pablo, y alargó la mano al suelo. Pedro quiso impedirlo y la moneda se volvió del revés.

—También es cara —dijo Pablo—. Me has engañado.

Se irguieron, mirándose. Después regresaron en silencio. Miss Bárbara, tendida en una silla de lona, les esperaba en el jardín.

—Vamos a estudiar afuera —les dijo—. El sol parece una moneda de oro que Dios nos da esta mañana.

Se sentaron. Pedro no supo contestar las preguntas y Pablo estuvo distraído. Miss Bárbara imaginó que era el sol y entraron en la casa. BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

su cuarto, les oyó confundir a Pitágoras con el centauro. Y se apiadó de ellos.

“Están cansados”, pensó.

—Miss Bárbara —gritó—, desde esta semana, el miércoles no habrá clases. Dígale al niño que venga a verme.

Entraron en el dormitorio de Enriqueta, que no se había levantado. Su cabeza palidecía en la almohada.

—Todos los miércoles descansarán. Estudian demasiado —murmuró sonriéndoles—. Quiero que vayan a divertirse.

Pablo hubiera querido permanecer con su madre o junto a la silla de lona, en el jardín, donde Miss Bárbara leía. Deseaba preguntarle si alguna vez existió una cabeza, acaso entre los dioses, que viviera sola, sin cuerpo, y no lo necesitase para ser feliz.

—Vamos —dijo Pedro.

Le siguió, camino del bosque, oyéndole silbar una marcha. Cerca del almacén, Pedro anduvo sin prisa.

Mercedes estaba en la puerta, mirando el camino. Pasó un hombre a caballo y le gritó algo que la hizo reír. Después volvió el cuello del lado en que ellos avanzaban y la cabeza fue como una fruta, balanceándose. El hombre les saludó al pasar, tocándose el sombrero. Pedro silbaba entre dientes y andaba despacio.

—Buenos días —murmuró. Y era una voz que Pablo no le había oído nunca.

Mercedes entró en el almacén y se acodó detrás del mostrador, sostenida la cara entre las manos. Pedro estiró la cabeza de modo que Pablo no pudiera verles. Y conversaron hasta el mediodía.

—No puedo —decía Mercedes.

—¿Por qué? Yo sé que vas a ir.

Pedro insistía, riendo. Estaba tranquilo y Pablo trataba de no escucharle. ¿Cómo era la toga romana?, se preguntaba para no oírles. ¿Quién dijo: “Sólo sé que nada sé”? ¿Dónde nació Minerva, con su lanza? ¿Quién degolló a la Medusa?

—Es hora de volver a casa —apuntó desesperado.

Pedro regresó aprisa y, al doblar el camino, echó a correr gritando como un pájaro hambriento. Miss Bárbara le aseguró que así aullaban los salvajes cuando cazaban una fiera. Pedro rió de buenas ganas y lanzó un último grito.

—Aprenda de Pablo, siempre dueño de sí —dijo Miss Bárbara, sonriendo.

Pablo inclinó la cabeza y respiró afanosamente. Cerró los ojos, dejándose llevar. Y oyó silbar a Pedro, tendido en la cama, hasta que Isidora vino a decirles que el almuerzo estaba servido.

—Después de la siesta vamos a jugar al ajedrez —anunció Bárbara—. Me gusta verles correr por el campo y fortalecer el cuerpo; pero no quiero que olviden los juegos de la inteligencia.

El ajedrez era para Miss Bárbara una ceremonia a que acudía devotamente. Ponía el tablero sobre una mesa de caoba, tomaba una pieza blanca y otra negra, las ocultaba en sus manos, detrás de la cintura, y preguntaba con voz penetrante:

—¿Cuál?

—La izquierda —contestaba Pedro o Pablo.

Miss Bárbara mostraba la mano izquierda y decía agudamente:

—¡Negras!

Le gustaba jugar con las blancas e iba nombrando las piezas al ponerlas en su sitio:

—Torre, caballo, alfil, reina, rey. . .

Después corría a su cuarto y regresaba con una pastilla de menta en el paladar. Su larga lengua sonaba al pasarle por encima. Los labios se entreabrían, alegres, y el olor de la menta llegaba a las narices de Pedro, que pensaba en Mercedes, y a las de Pablo, que recordaba una pradera en que más de una vez había reposado.

—¡Atención! —exclamaba Miss Bárbara.

Y comenzaba el juego. Se le iluminaban los ojos, las rojas manos revoloteaban sobre un peón antes de hacerlo avanzar, y los enormes pies llevaban, debajo de la mesa, el compás de una música desconocida.

Ahora no ocultaba su asombro, a menudo Pablo estaba distraído.

—¡Atención! Ese alfil ha jugado mal. No me gusta vencer sin luchar con todas mis armas —decía.

Pablo cogió el alfil y le prolongó la vida unos instantes. La próxima jugada sería de Pedro y le entregaba su responsabilidad, para volver a sus pensamientos.

“¿Dónde pudo encontrar la moneda de doble cara? Voy con un enemigo que trata de perderme.”

“Sabe que le engaño —pensaba Pedro—. Pero es indudable que el cuerpo es mío. Con él se aburre.”

—¡Jaque mate! —gritó Miss Bárbara.

Era su grito más alegre. Se echaba atrás en la silla, juntaba los párpados y sonreía con sus filudos dientes que empezaban a amarillear.

—Ha sido un lindo juego. Ahora pueden irse donde quieran.

Pablo salió de la casa. Parecía indeciso. Pablo le observaba a hurtadillas y no sabía qué decir.

—No tengo nada que hacer —murmuró Pedro—. Volvamos a casa si quieres. Me gustaría descansar.

Pablo caminó un rato por la carretera, dominado por la incertidumbre. Y regresó con paso lento, mirándole de reojo.

X

En la noche, cuando la casa estuvo oscura y silenciosa, Pablo sintió sueño y se durmió pronto. Pedro permaneció escuchando. Conocía el orden de cada rumor, hasta el momento en que no había ninguno: Isidora lavaba los platos, cerraba la cocina, se acostaba; Miss Bárbara salía a respirar el aire nocturno, paseaba veinte minutos frente a la casa, se la oía después cerrar su puerta; Enriqueta apagaba su lámpara.

Escuchó todavía. Sonaba la respiración de Pablo. Dormía profundamente.

—¡Pablo! —le llamó en voz baja—. ¡Pablo!

Todo ocurría como lo había previsto. Sin apresurarse, encogió las piernas y empezó a levantarse con extraordinaria lentitud. La cabeza de Pablo se deslizó por la almohada y mucho después quedó erguida en la oscuridad. Pedro se detuvo a escucharla. Era una cabeza dormida, sin conciencia, a la deriva por el sueño.

Pedro se vistió de cualquier modo, tardó en calzarse, y se cubrió con su bata más gruesa.

—¿Duermes, Pablo?

Y anduvo hacia la puerta, largo tiempo, con un pañuelo en la mano. Echaba a correr su oído por la casa. La noche le parecía una respiración quieta, apagada, de seres y cosas. Se podía caminar sin despertarla.

Cuando salió, puso el pañuelo alrededor de la cabeza de Pablo. No quería que el aire frío le despertase. Y cruzó el jardín. Cada vez que uno de sus pasos crujía sobre la grava, permanecía rígido, sin avanzar. Sólo cuando estuvo lejos decidió precipitar la huida. La noche era clara. Podía correr, sosteniendo suavemente la cabeza de Pablo.

Llegó al lugar de la cita. Mercedes no había venido.

Se apoyó en un árbol, encendió un cigarrillo y cambió de posición porque la brisa conducía el humo del lado en que Pablo respiraba debajo del pañuelo. Algo sonó detrás. Una cabeza greñuda resbaló junto a su mano y sobó sus piernas. Era el perro de Mercedes y con él apareció la muchacha.

—Tengo miedo. Todos van a saberlo.

La tomó de la cintura para tranquilizarla y buscó su boca.

—¡No! ¡No! Va a despertar. . .

Pedro sentía su olor a hierba, a harina tostada. Habló al oído de Mercedes, balbuceando, y sus palabras las remecía el corazón a grandes golpes.

—Duerme. No te ocupes de él. Te daré todo lo que te he prometido.

—Entonces, apúrate.

Era difícil. Le temblaban las manos, las piernas, y repentinamente se le secaba la boca. Trepidaba su pecho. Olía el largo cuello. Sus sentidos vacilaban.

—Apúrate.

Mercedes le ayudó y Pedro también tuvo prisa. El perro gruñó en la sombra. Bosque adentro despertó un pájaro y lanzó en la obscuridad dos agudos chillidos.

—¡Apúrate!

Apretó ambas manos en los hombros de Mercedes, cerró los ojos, fuertemente sacudido, y respiró con ansia de ahogado. Eso era todo. Y retrocedió. La muchacha ordenó su vestido, le dio un liviano golpe en el hombro, en la espalda, algo le habló —sin que la oyera— y desapareció seguida del perro.

Entonces echó a andar con lentitud. El cielo iluminado, la brisa, el regreso: todo giraba gozosamente en su interior. Y de improviso comenzó a reír. Una avasalladora alegría le incitó a hablar entre dientes, y caminó con pies ágiles.

Al doblar el camino, se le agolpó la sangre en el pecho. Fue una violenta llamarada que le hizo bambolear. Todas las ventanas echaban luz sobre el jardín. Y se oía gritar a Miss Bárbara, llamándoles en la noche.

Pedro miró rápidamente a Pablo, desprendió el pañuelo que le ceñía la cabeza y le habló para despertarle. Pablo dormía con los ojos furiosamente apretados de quien aspira a no despertar nunca.

—¡Ahí vienen! —exclamó Miss Bárbara.

Pedro se irguió con una dignidad de fantasma impasible. ¿Por qué le habían descubierto? ¿Acaso le espían cada noche? Y movía los pies rítmicamente, como en un baile muy antiguo y sagrado.

—¡Pedro! —gritó Miss Bárbara—. ¡Pablo!

Sostenía una linterna, les alumbraba nerviosamente, y continuaba llamándoles. Pedro abrió los ojos y se detuvo. Parecía regresar de un sueño intraducible.

—*I was afraid* —murmuró Miss Bárbara—. ¿Qué ha sucedido?

Pedro agitó los ojos, mudo, y Miss Bárbara dio un grito sordo, breve.

—¡Sonámbulos! —dijo—. ¡Sonámbulos, mis niños, mis queridos niños!

Les cubrió con una bufanda escocesa y les ayudó a caminar. Pablo no despertaba.

—No me explico —habló Pedro a media voz— qué ha ocurrido, Miss Bárbara. ¿Por qué estoy aquí, a esta hora?

—*Shut up, my boy. Shut up.* Hablaremos después.

En la puerta les esperaba Isidora con ojos de sueño y llanto. Quiso abrazarles, pero Miss Bárbara se interpuso:

—Pablo duerme todavía —murmuró—. No le despierte. Suba con ellos y ayúdeles a acostarse.

Pedro vio correr a Miss Bárbara por la escalera y entrar en el cuarto de Enriqueta. La oyó decir:

—Nada, señora. Están bien, sin un rasguño. Todo ha sido lo que dije antes: un accidente natural y sin peligro. El niño es sonámbulo. Pedro está despierto y va a dormirse pronto. Pablo no despertó. Le ruego que no se alarme. No. No vaya a verles. Descanse. Duerma.

Poco después, la casa volvió a ser lo que era cada noche. Pedro oyó hablar abajo, unos momentos:

—Un caso sin importancia, Isidora —decía la inglesa—. Hay gente que sale a caminar de noche, durmiendo. Se les llama sonámbulos.

Y no se oyó nada más.

Pedro se dispuso a dormir, después de recordar un rato lo ocurrido. Pero la respiración de Pablo le pareció distinta, y se volvió a mirarle en la sombra, por el hilo de luz que venía hasta la cama desde una rendija del postigo.

—¿Duermes? —preguntó.

—No sé si volveré a dormir después de lo que has hecho —repuso Pablo con una indignación solemnemente meditada—. Nos has engañado a todos. Te aprovechaste de mi sueño para salir con la cautela de un ladrón. Y fuiste a ver a Mercedes.

—¿Estás loco, Pablo? Me calumnias. No puedes probar nada. Somos sonámbulos.

—Desperté en el bosque, Pedro.

—Eso no importa. Pudiste despertar antes o después. Y la culpa, se lo diré a Miss Bárbara, no es mía. ¿Por qué no me llamaste? ¿Por qué no me obligaste a despertar? Yo te hubiera obedecido. Pero preferiste seguir adelante y engañarnos a todos fingiendo que dormías.

—Tú me despertaste, Pedro. Lo sentí todo.

Pedro apretó un puño y se mordió los labios. Le dominaban los celos con una vehemencia insoportable.

—¿Todo? —preguntó con voz ahogada.

—Tu cuerpo también es mío, Pedro.

No pudo contestar. ¿Quién era él? ¿Dónde estaba su vida? ¿Quién cogió la cintura de Mercedes y buscó su beso? ¿Dónde podía guardar, para sí, una alegría que Pablo no conociera? ¿Cuál de los dos era el amante de la muchacha?

—Quiero saber qué sentiste —dijo con voz en que vibraba la amenaza como una piedra de su honda.

—No me lo preguntes. Me avergonzaría contestarte.

—Ya te lo he dicho —murmuró Pedro, exhalando un suspiro que brotaba de un lugar de su cuerpo en que Pablo tal vez no existía—: uno de los dos ha de renunciar a ser lo que somos. Ahora no sé de quién ha sido Mercedes. Nunca sabré de quién es lo que hace mi cuerpo. ¿Me entiendes?

—Me gustaría no entenderlo.

—Hay que decidirlo esta noche, Pablo. A ti la vida no te gusta. Haces lo que yo hago y me desapruebas. Y yo quiero hacerlo todo sin que tú sepas qué siento, qué deseo, qué pienso. Nunca podremos ser el hombre que se encierra y nadie lo mira. Vuelvo la cara y me encuentro con tus ojos que me condenan. Y yo también estoy ahora mismo condenándote. ¿Qué debemos hacer? Porque así no podemos seguir.

—No es la primera vez que lo hablamos, Pedro. No quiero vivir contigo; pero no sé cómo arreglármelas.

Se oyeron unos pasos en la escalera. Miss Bárbara apareció en el umbral.

—¿No duermen todavía? —preguntó—. Les he estado oyendo desde abajo. Y ésta es hora de dormir. La conversación queda para mañana. *Good night*.

Isidora había oído levantarse a Miss Bárbara y salió a ver qué sucedía. Se encontraron al pie de la escalera.

—¿Han vuelto a salir los niños? —averiguó con voz temerosa.

—No. Conversaban no sé qué y subí a hacerles callar. Puede acostarse. Buenas noches.

Enriqueta encendió su lámpara. ¿Qué ocurría? ¿Por qué Miss Bárbara no estaba en su cuarto? ¿Qué hacía Isidora en la escalera, hablando fuerte?

Enderezó la cabeza hacia los ruidos de abajo y como no se repitieran leyó hasta recobrar el sueño.

—Despertamos a todo el mundo —dijo Pablo.

—Y nadie va a dormir si continuas hablándome —repuso Pedro.

Cerraron los ojos y cada cual examinó las imágenes que le daba su fantasía. Pablo pensó en el suicidio. Pedro, en la harina de almacén que perfumaba el cuello de Mercedes. De este modo, Pablo se durmió vuelto hacia la ventana y Pedro hacia la puerta.

XI

Cantó un gallo. No era el alba todavía.

Ladró un perro. Apareció un caballo en la colina. Se abrió el cielo.

Entonces Isidora restregó el jabón entre sus manos y de pronto recordó la noche. Estuvo mirando la espuma, sin moverse, y trató de encontrar la palabra sonámbulo. La había perdido. No estaba en su memoria. Y furiosamente comenzó a lavarse.

Miss Bárbara abrió un ojo y lo puso en el despertador. Volvió a cerrarlo. Pensó vagamente en su vida. ¿Dónde estaba el porvenir? ¿Qué era el pasado? Y se durmió otra vez.

Enriqueta soñaba que le dolía el corazón. Desper-

tó angustiada y advirtió que yacía de aquel lado. Se volvió apresuradamente y el sueño apareció de nuevo. Después vinieron los ruidos y cuando llegaban a ella se transfiguraban: la escoba de Isidora, por los rincones, era un pájaro carpintero; la gimnasia rítmica de Miss Bárbara, el galope de una yegua por un camino en que cada piedra era campana.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Pablo.

—Nada. Lo de siempre —respondió Pedro.

Habían despertado cuando Isidora ponía las cucharas en los platillos y el olor del café subía por la escalera.

—Vamos a levantarnos.

—Espérate. Me gustaría que nos trajeran el desayuno a la cama.

—Tú sabes que Miss Bárbara nos exige tomarlo en el comedor.

—Me aburre Miss Bárbara —afirmó Pedro—. Ahí viene.

En seguida apareció en la puerta. Les saludó en inglés y entró.

—Van a desayunar en cama —dijo—. La mañana está fría y no han dormido bien. Más tarde hablaremos de la noche.

Dio una vuelta por el cuarto, lo miró todo como si nada conociera y se fue con paso de bailarina.

—No quiero hablar de la noche —manifestó Pedro.

—Hablaré yo. No podemos seguir mintiendo, ¿comprendes?

Isidora trajo las dos tazas, el pan y la mermelada. Dejó la bandeja en el velador y preguntó si Pedro estaba cansado, si Pablo había dormido.

—¡Qué noche! —dijo mirándoles fijamente. Eran sonámbulos (ahora lo recordaba) y no sabía qué más podía ser aquello, de repente, en el día.

Pablo extendió la mermelada sobre el pan, bebió un sorbo de café. Pedro esperaba su turno con impaciencia.

Miss Bárbara golpeó sus manos —abajo— pidiéndoles que se dieran prisa.

—Dentro de diez minutos, ejercicios al aire libre —anunció—. *Hurry up, boys.*

Cuando descendieron, les explicó que una buena circulación de la sangre, durante el día, aseguraba una noche feliz.

—Vamos a preparar la fatiga saludable —dijo—. Dormirán mejor. El sonambulismo es una gimnasia a deshora. —Y celebró la frase que había pensado mientras se vestía.

XII

Abrieron los brazos, en el jardín; los alzaron diez veces, erguida la cabeza, a una cadenciosa voz de mando de Miss Bárbara.

—Uno, dos, tres, cuatro... Derecha la cara, Pablo... Cinco, seis, siete... Pedro, piense más en lo que hace... Ocho, nueve, diez... ¡Basta! ¡Ahora, a trotar!

Corrieron entre los gritos de Miss Bárbara, que les indicaba el ritmo justo con la roja mano en el aire.

—Uno, dos, tres, cuatro... Uno, dos, tres, cuatro...

A Pablo le punzó el costado de repente. ¿O era a Pedro?

—¡Basta ya! —dijo Miss Bárbara—. Ahora, respiración profunda. Vean cómo hago yo.

Parecía más alta —tiesa— mirándoles. Comenzó a abrir los brazos con inverosímil lentitud. Todo el aire del campo entraba en su cuerpo interminablemente angosto. Ya el pecho abultaba. Los ojos, muy serios, buscaban restos de aire por los alrededores. Después no se oyó nada. Retenía la respiración. Estaba inmóvil, colorada, y de improviso lanzó el aire con ímpetu furioso.

—Repitan —ordenó con voz inapelable.

Pedro comenzó a aspirar tan reciamente que el aire de Pablo, sin tener por dónde deslizarse, se le

anudó en la garganta. Con ojos asustados empezó a toser.

—Vamos a ensayar de nuevo —dijo Miss Bárbara.

—No podemos al mismo tiempo los dos —murmuró Pablo, tosiendo todavía.

—Es verdad —reconoció la inglesa—. Vamos a dividir el ejercicio: Pedro aspira y retiene el aire; entonces absorbe Pablo, lentamente, y espera; vuelve a aspirar Pedro, y Pablo continúa cuando yo se lo indico. Después aspiran los dos de golpe, cuando yo les ordene. ¿Entendido?

El aire entró silbando, pulmón adentro.

—¡Pablo! —gritó Miss Bárbara.

El aire prendía el vientre, se apoyaba en las costillas e intentaba huir. Pero Pablo abrió las narices hacia las colinas, el cielo, la carretera, la mañana fresca del mundo.

Miss Bárbara les miró un instante, vio cómo retenían la respiración —ocho, nueve, diez— y dio la orden prometida.

Pablo desencajó los ojos y Pedro se puso morado. El vértigo agitó sus figuras irreales, exclusivas. Bailó la hierba por el cielo, reptó una nube por la tierra y unos dedos enloquecidos puntearon guitarras penetrantes. Vibraba un tambor.

Pedro y Pablo abrían y cerraban la boca como peces en la red, fuera del agua. ¡Ay, ay, que nos morimos!

Miss Bárbara dobló las piernas —uno, dos— y estuvo de un salto delante de ellos.

—¡Fuerte! —gritó—. ¡Fuerte!

Roncaba el tambor. Cantaba la guitarra. Batían banderolas en el viento.

—¡Fuerte! ¡Fuerte!

Y les golpeaba. Las cabezas se mecían.

Isidora, repentinamente asomada a la puerta, corrió a mirarles.

—¿Qué han hecho? —preguntó—. Perdónelos, Miss Bárbara.

—No les castigo —murmuró la inglesa. Y sus

grandes manos cayeron por última vez sobre el gimnasta arbitrario.

Había dado el golpe justo. El aire abandonaba su prisión por la nariz de Pedro. Pablo respiraba después y el mundo ya no bailaba.

—No respiraremos más —juró Miss Bárbara, echándose a llorar desconsoladamente.

Isidora la condujo a la cocina, abrió una botella de vinagre y le dijo repetidas veces que la oliera. Miss Bárbara obedecía y sollozaba. Luego besó a Pedro en la mejilla, a Pablo en una oreja, y anunció que esa mañana no habría clase. Irían a pasear por el campo.

—Pensé que se morían —les dijo cuando cruzaban la carretera.

—De eso vamos a hablar ahora —declaró Pablo seriamente—. Hemos tenido la mala suerte de no morir. Y hubiera sido muchísimo mejor, porque he decidido suicidarme.

Miss Bárbara dio un grito y se detuvo a mirarle como si hablara un idioma desconocido.

—Yo quiero vivir —afirmó Pedro.

—Es natural. Todos queremos vivir. Y Pablo también —repuso Miss Bárbara.

—Yo no. Lo he pensado mucho tiempo y estoy tratando de encontrar la muerte que me conviene más. He llegado a la conclusión de que es hermoso morir como Sócrates. ¿Habrá cicuta en los cerros?

—Si te suicidas —advirtió Pedro—, me matas. Yo creo que debemos buscarte otra muerte. Lo único verdaderamente tuyo es la cabeza. Hay que pensar en eso, Pablo.

Miss Bárbara golpeó sus manos y aseguró que no estaba de humor para oír tales cosas. Comprendía que les hubiese quedado triste el ánimo: la noche y la mañana les habían sometido a penosas pruebas, pero todo había que olvidarlo. Les contaría una historia. ¿De qué querían que les hablara?

—Hablemos de nosotros —dijo Pedro—. Si Pablo quiere morir, no debemos impedirselo. Sería un egoísmo incomprensible.

—*Shut up!* —gritó Miss Bárbara, enrojeciendo.

—No. Hablemos seria y noblemente —declaró Pablo—. Aclaremos de una vez por todas nuestro destino. Pero antes, Miss Bárbara, vamos a confesarle un secreto: no somos sonámbulos.

—Nada importa que no seamos sonámbulos —le interrumpió Pedro—. Lo que me interesa es que conozca la verdad: ya no somos niños. Tenemos un solo cuerpo y necesitamos dos. Es imposible. Entonces, una de nuestras cabezas tiene que desaparecer. Y a mí me parece que es la de Pablo. Yo nunca he deseado suicidarme.

—Había hecho voto de castidad —dijo Pablo— y Pedro me lo ha impedido.

—Eso demuestra que no basta un solo cuerpo, Miss Bárbara.

—No somos sonámbulos, y anoche estuvimos en el bosque —prosiguió Pablo—. Desperté abrazado de Mercedes.

—Yo la abrazaba —interrumpió Pedro, mirándole rencoroso—. En ese momento el cuerpo era mío. Tú dormías. ¿Por qué pretendes haber hecho lo que hice yo?

—No pretendo nada —murmuró Pablo tristemente—. Lo único que deseo es no hacer lo que Pedro cree que no hago.

—Y lo haces.

Miss Bárbara no comprendía y apoyaba su cabeza en un árbol. Tenía roja la cara y había cerrado los ojos. ¿Por qué no eran sonámbulos? ¿De qué Mercedes le hablaban?

—Yo me refiero a cosas que han sucedido siempre —dijo Pedro—. Nunca puedo estar solo. Cuando pienso hacer algo que me interesa, miro a Pablo y me parece que ya lo sabe. Vive espíandome de día y de noche.

—Yo también quisiera estar solo —repuso Pablo—. Hay cosas que no he pensado hacer y que hago porque las hace Pedro. Ayúdenos, Miss Bárbara.

La inglesa les miró largo rato sin responder. Movi6 sus puntiagudos zapatos y tres grandes hormi-

gas corrieron por sus medias de lana. Reflexionaba sordamente.

—Estoy aquí para ayudarles —manifestó—. Pueden contar conmigo en todo.

—Júrelo, Miss Bárbara.

Miró a Pablo e iba a contestarle que jurar es poner las palabras en la balanza de Dios, cuando Pedro pidió también:

—Júrelo.

Levantó una mano y juró con voz ronca.

—Y ahora —interrogó—, ¿quién es Mercedes?

Pedro comenzó a hablar y no calló hasta confesar su aventura de la noche. Pablo miraba el suelo y creía que sólo era suyo el corazón que saltaba.

—Todo se lo he contado —dijo Pedro al terminar—. No le he mentado.

—Empiezo a comprender —replicó la inglesa.

Y pasó un tiempo interminable. Estaba solo el campo y cada minuto parecía tan extenso como toda una tarde sin moverse de ahí, mirando las mismas cosas. Había hormigas en la tierra, nubes en el cielo, colinas en todas partes. Dos perros venían detrás de un hombre por la carretera. Y las hormigas otra vez.

—Lo he jurado —dijo Miss Bárbara—. Y siento como si estuviera mirándome mi padre. Cuando salí de mi país, juré delante de él. Ya estaba viejo. Dejó su pipa en la mesa y me dijo: "Pon tu mano sobre la Biblia y jura que siempre vas a ser como yo he querido que seas: recta, justa. Cumple lo que prometas y no ofendas mi memoria prometiendo cosas vanas". Después puso la Biblia en mi baúl, cogió su pipa y trajo el tablero de ajedrez. "Va a ser la última partida", me dijo. Y me ganó porque sabía jugar mejor que nadie en mi pueblo. *Dear me!* ¡Cuántos años ya! Todo era parecido a lo que vemos ahora. A veces me asomo a mi ventana y creo no haber salido de casa. No está el perro que teníamos; si salgo a la puerta, no veo al viejo bebiendo el té que yo le había preparado; pero tengo su Biblia entre mis libros y leo siempre una página en voz alta, como él lo hacía todas las tardes.

Pablo la oía atentamente y deseaba que prosiguiera; Pedro estuvo contento cuando la vio callar.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Miss Bárbara—. He prometido ayudarles.

—Pablo ha resuelto suicidarse —respondió Pedro—. Y no puede ser, porque sólo tiene derecho a su cabeza. Queremos, entonces, que nos ayude a encontrarle una muerte que no me haga daño. Lo ha jurado hace un momento.

—¡No! —gritó Miss Bárbara, precipitadamente—. Nunca he jurado semejante cosa. He prometido ayudarles a vivir de acuerdo y nada más.

—La única ayuda posible tiene que ser la de suprimir una cabeza, para que el cuerpo sepa lo que debe hacer —dijo Pedro—. La mía está contenta y no ha pensado jamás en irse. La de Pablo quiere morir.

—*Oh, my!* —gimió Miss Bárbara—. No puedo ser una asesina.

—Ni yo puedo vivir en el cuerpo de Pedro —declaró Pablo con voz ansiosa—. Ha llegado el momento de separarnos. Si es imposible que tenga una vida propia, al menos quiero tener una muerte privada.

—*My God!* —suspiró la inglesa, clavando los ojos en una nube. La estuvo observando cómo se partía. Era bicéfala y ahora se alejaba con una cabeza dichosa.

—Pablo lo ha dicho, Miss Bárbara. El cuerpo es mío. ¿Para qué vivir sin saber quién es el que hace lo que hacemos? Prefiero tener toda la responsabilidad.

—Vámonos a casa —decidió la inglesa a media voz—. En casos menos graves, y en otros peores, he consultado mi Biblia. Nunca ha dejado de responderme.

Y regresaron. Isidora les sintió venir, miró el reloj de la cocina y les gritó que iba a servir el almuerzo porque ya era tarde.

—Tenemos tiempo —aseguró Miss Bárbara, haciéndoles pasar a su cuarto.

Allí estaba la Biblia, en la mesa, junto al retrato

de un viejo sentado en una silla, con un perro a sus pies.

—Vamos a consultarla —dijo la inglesa.

Se colocó delante y apoyó una mano en su tapa oscura. Movía, apresurada, los labios. De pronto abrió el libro y dejó caer el índice en una de sus páginas.

—¡Oh, no! —exclamó.

—¿Por qué? —preguntó Pedro.

—Es el *Cantar de los Cantares* —respondió Miss Bárbara.

—Lea —pidió Pablo.

—“Yo soy de mi amado y su cariño es para mí” —leyó Miss Bárbara con voz trémula.

—Me parece muy claro —interrumpió Pedro—. ¿Qué duda cabe de que se trata de mi cabeza y no de la de Pablo? Es el cuerpo el que habla.

Miss Bárbara cerró el libro y besó a Pablo en ambas mejillas. Sus ojos habían enrojecido de repente. Le estaba mirando como a un agonizante que dejará agudos recuerdos.

XIII

—¡A almorzar! —llamó Isidora—. La sopa se enfría.

Pasaron al comedor.

—Voy a subir —dijo Pablo—. No he visto a mi madre esta mañana.

—La verá después —ordenó Isidora, señalándole su asiento en la mesa—. Ya es tarde. Y la señora ha amanecido cansada. Durmió mal.

Miss Bárbara pensó que no se debía contrariar a Pablo en un momento tan penoso de su destino y le permitió que subiera.

El dormitorio estaba oscuro. No habían abierto los postigos y se oía, en la sombra, una respiración fatigada.

—¿Quién está ahí? —preguntó Enriqueta con voz

apenas perceptible. Y antes de que le respondieran se volvió en la cama y encendió la luz.

—Soy yo —repuso Pablo—. Buenos días.

Enriqueta había colocado un pañuelo en su frente y salía de él un aroma punzante —azahar, alcanfor— que incitaba a hablar en voz baja, a andar de puntillas, a marcharse.

—Me duele la cabeza —murmuró—. No dormí anoche. —Y averiguó qué había sucedido, contó que estuvo pensando en la necesidad de llamar un médico para que les examinara, pidió que le dieran unas píldoras que guardaba en el primer cajón de la cómoda—. No quiero que sean sonámbulos —añadió—. Si vuelven a salir, voy a morirme de miedo. Pero bajen a almorzar, que ya es tarde.

Pedro alargó la mano y apagó la lámpara.

—Descanse, mamá —musitó Pablo—. No se preocupe de nosotros. Le pediremos a Miss Bárbara que esta noche nos encierre.

—¡No! —gimió Enriqueta—. Saltarían por la ventana y podrían matarse.

—La cerraremos también —prometió Pedro—. Tendríamos que despertar al abrir el picaporte. Y no ocurriría nada.

Se marcharon. Cuando bajaban la escalera, Pablo murmuró entre dientes que odiaba esta mentira. Pedro, malhumorado, se volvió a mirarle.

—¿Prefieres la verdad? —preguntó.

Miss Bárbara les esperaba. Comenzó a comer cuando se sentaron. Durante el almuerzo estuvo silenciosa y no defendió a Pablo, como de costumbre, cuando Pedro comió golosamente, olvidado de su vecino. Después les pidió que salieran y la aguardasen detrás de la casa, en el camino hacia los cerros. Y aunque era un día opaco, de nubes bajas, apareció con el quitasol de las mañanas calurosas y el sombrero de anchas alas que la cubría en el verano.

—Hace frío —dijo Pablo—. ¿Quiere que vaya a traerle su bufanda? Nosotros tuvimos que abrigarnos. Dentro de poco va a haber neblina.

—Caminemos —respondió Miss Bárbara. Y se fue

a largos pasos. Empuñaba el quitasol y a menudo sacudía el aire con fuerte golpes. Había una batalla entre sus cejas y en su alma. Decía cosas entre dientes.

—¡Una más! ¡Una más! —repetía—. *Well! Well!*

Cruzaron los cerros y llegaron a una quebrada. Grandes piedras aparecían al borde del camino, entre hilos de agua, y la maleza húmeda mostraba puñados de flores amarillas.

Miss Bárbara eligió una piedra semejante a una butaca de un solo brazo y se echó en ella ruidosamente, indicándoles que debían sentarse a su lado. Pedro le oyó el latido del corazón. Había quedado junto al chaleco de lana de la inglesa.

—Recuerdo a muchas mujeres que se vieron sometidas a pruebas extraordinariamente duras —dijo Miss Bárbara después de un corto silencio—. Ahora hay una más. Y tengo que pedirles que me socorran.

—¿Quiénes son? —inquirió Pablo, siempre curioso.

—Cierta vez —le replicó— llevaron al rey David, que estaba viejo y se moría, una muchacha que le dio su calor. Esto se llama sacrificio. Después corrieron los años y una noche estuvo Judith en la tienda de Holofernes, para matarle. Y esto también se llama sacrificio. Me acuerdo, además, de Juana, conducida a una hoguera. ¡Y tantas otras! Les he hablado de algunas que ya conocen, ¿verdad, Pablo? Pero en estos momentos estoy trastornada, todos los nombres se confunden en mi memoria, y con una insistencia terrible sólo recuerdo bien a Miss Becky Dixon.

—¿Quién era? —preguntó Pablo.

—Una tía de mi padre, que murió ahorcada.

Pedro estiró la cabeza y se dispuso a escuchar. Le gustaban estas historias. Pero Miss Bárbara había callado y golpeaba con el quitasol la hierba en que se escondían sus pies.

—Seré como ellas —agregó—. Se lo he preguntado a mi conciencia y no vacilaré en imitarlas: haré lo que se escribió para mí en ese libro.

Pablo juntó los párpados y vio rodar su cabeza.

por una obscuridad vertiginosa. Pedro quería decir algo y no sabía qué. Miss Bárbara seguía hablando. Se iría a la ciudad. Ya había pensado cómo lo haría todo. Enriqueta no sabría nada. A Isidora la enviaría lejos, toda una tarde. Después explicaría lo ocurrido y serían razonables con ella. *Oh, my!* Pablo no quería vivir y el cuerpo era de Pedro.

Se levantaron. No se dijeron una palabra por el camino. De pronto comenzó a llover y Miss Bárbara no pudo abrir el quitasol. Entonces, con el chaleco de lana, protegió las dos cabezas.

—No miré el cielo antes de salir —dijo—. Es la primera vez que me sucede.

XIV

Llovió hasta el amanecer.

Al otro día, y en los siguientes, hubo en la casa un silencio desacostumbrado. Miss Bárbara no cantó, en el jardín, sus melodías incomprensibles; Pedro no silbó la música que solía inventar cuando estaba contento; Pablo no leyó en voz alta junto a la chimenea. La quietud era tan profunda que, a ciertas horas, se oía el viejo reloj de la cocina como si fuera la respiración de la casa. Crujía un mueble. Volaba una mosca. Levantábase, fuera, un poco de viento y rasguñaba un vidrio. Todo se percibía inmediatamente.

Miss Bárbara partió por fin. Uno de sus zapatos sonó como un grillo cuando estuvo delante de la puerta. Y no se oyó más. Había salido al jardín. Era temprano. Comenzaba, apenas, la mañana.

Se volvió a mirar, desde lejos. Alzó una mano y la agitó un instante. Dos cabezas, detrás de una ventana, la vieron irse. Llevaba una maleta negra y un sombrero de pluma roja. Desapareció.

—Se ha ido —dijo Pablo.

—Volverá pronto —aseguró Pedro.

Después sonó la cama, cuando se acostaron. Es-

tuvieron sin hablarse, mirando la pieza. Pablo veía una mancha en el techo y se le figuraba un rostro de hombre. Pedro vio pasar un pájaro frente a la ventana.

El tiempo se detenía. Todo era siempre lo mismo. Nada ni nadie, cerca o lejos. Y de improviso Isidora abrió una puerta.

—Quisiera dormir —manifestó Pedro—. No he pegado los ojos desde que se fue Miss Bárbara. He pensado en lo que hará y no me explico qué es.

—Yo trato de adivinar dos cosas distintas —murmuró Pablo—. Primero, qué va a ser de mi cabeza cuando se quede sin cuerpo; segundo, qué va a ser de tu cuerpo cuando pierda mi cabeza. Lo mío me parece más fácil. Será como dormirse profundamente, cuando no se sueña. Lo tuyo me lo imagino con dificultad. Creo que puede ser como un cuarto en que hay dos luces. Apagan una. No sé. Es curioso no poderlo pensar. Porque ahora estamos los dos sintiendo diversas cosas con el cuerpo, que se ha acostumbrado a ser tú y yo constantemente.

—Basta con una luz —dijo Pedro—. Se ve lo mismo.

—Me expresé mal porque no alcanzo a comprenderlo bien —repuso Pablo—. Quería decirte que me parece sentir al cuerpo echándome de menos. Algo le va a faltar. Pero podemos, si quieres, buscar otra comparación. Somos un cuarto en que viven dos personas. Una se va. La otra tiene, entonces, más espacio.

—A Miss Bárbara le hubiera gustado hablar de esto contigo —declaró Pedro—. Yo prefiero esperar. El cuerpo ha sido siempre mío. No creo que le va a faltar nada.

—Piensa, Pedro, en un hombre de una sola cabeza. Está solo. ¿Crees haber sido alguna vez como él?

—Cuando no te miro me siento solo y se me olvida que vives espiándome —replicó Pedro con disgusto—. No me compliques la existencia con todo lo que te pones a pensar.

—No volveré a hablarte de esto —dijo Pablo—. Sólo quería que nos entendiéramos. A mí me parece que tú eres, además, yo, que soy tú. Y deseaba imaginar lo que vas a ser después. Pero lo sabrás pronto y no vale la pena que nos miremos como enemigos.

—Yo tampoco lo quiero, Pablo. Hasta la llegada de Miss Bárbara, haz todo lo que desees. Te dejo el cuerpo estos días.

—Gracias, Pedro. Si no es mío, creo más conveniente no acostumbrarme a creer que no es tuyo.

Pedro le dio una mirada y comprendió el peligro. Entonces descubrió, de día y de noche, todas las cosas que fatalmente debían alejar a Pablo del deseo de su cuerpo. Volvió el bullicio y tuvo Isidora que esperarles cuando salían. Regresaban con el grito de Pedro y la cara fatigada de Pablo. Traían las manos lastimadas por las espinas y las alambradas de los cerros, desgarrados los pantalones, cubiertas de barro las gruesas botas que habían cruzado quebradas pantanosas. Y no abrían un libro. No escuchaban los ruegos de Enriqueta, que pedía tranquilidad y estudio. Estaba el campo por delante. Y el campo tenía animales que perseguir, árboles que trepar, nidos para la honda, tierras en que caía la noche con un látigo para azotar los nervios de quien le temía a la obscuridad.

XV

Cuando llegó Miss Bárbara, no la esperaban como lo había imaginado durante el viaje. Estuvo mirando las colinas por la ventana. Salió a la carretera y regresó. Anocheceía. Entonces oyó el silbido de Pedro, cada vez más cercano y despacible.

Entraron. Y súbitamente apareció el silencio perdido. Pedro calló y Pablo tuvo una sonrisa de condenado a muerte. Ya era tiempo de acabar.

—¿Todo está preparado? —preguntó Pedro.

La inglesa puso un dedo delante de su boca.

—¡Chit! —dijo—. Mañana hablaremos.

La conocían demasiado para insistir. Comprendieron que esa noche les contaría cosas de la ciudad y todo lo que había visto en el tren cuando regresaba. Sin embargo, antes de que subieran a acostarse les llamó a su cuarto.

Había un pájaro embalsamado sobre la mesa, junto al retrato del viejo. Era una lloica de pecho colorado y ojos brillantes.

—Parece estar viva, ¿no es cierto? —preguntó con regocijo. Y luego les miró seriamente, les habló en voz baja, acercándose—: Me la ha dado Galvarino Chahuán.

—¿Quién es? —inquirió Pablo.

—Van a conocerle mañana —repuso en secreto, despidiéndoles.

Se marcharon. Y esa noche la sombra estuvo poblada de seres minúsculos, hostiles, que se movían, hablaban, se detenían a la cabecera y se inclinaban echándoles encima un aliento frío. Pedro trataba de oír no sabía qué ruidos inesperados. Pablo deseaba preguntar cosas sin respuesta. Los dos pensaban hablarse y callaban. Agotados, se durmieron a la misma hora.

En la mañana, bajaron al cuarto de la inglesa, que examinaba a la lloica con una lente. No les oyó entrar y se sobresaltó al sentirles detrás de su silla.

—No han golpeado —les dijo—. A menudo les he pedido que no entren sin anunciarse. ¿Hace rato que están aquí? —Y a cada uno le acarició la barbilla con un dedo—. Estaba observando la perfección de este trabajo —les explicó—. ¿No les parece maravilloso? Es un pájaro vivo, ¿verdad? Cualquiera cree que va a cantar de repente.

—¿Quedará así mi cabeza? —preguntó Pablo a media voz.

Miss Bárbara le besó con violencia entre los ojos, en las mejillas, en la boca.

—De todo esto vamos a hablar cuando salgamos —declaró, calmándose.

Salieron después del desayuno, y Pablo se fue

por el camino con una manzana que eligió la inglesa para él.

—Come —le decía, tuteándolo con cariño—. La manzana es olorosa y te va a perfumar la lengua y el paladar. En inglés, manzana es *apple*; *pomme* es en francés; *pomo*, en italiano; *poma*, en catalán. En todos los idiomas es una palabra bonita, ¿no te parece?

Pablo mordía la manzana y subía el cerro. En la cima contemplaron hasta muy lejos el camino. Miss Bárbara colocó una mano entre sus ojos y estuvo mirándolo largamente.

—Le esperaremos aquí —dijo.

Entonces les habló de Galvarino Chahuán. Era el hombre que había disecado la lloica. Tenía, en la ciudad, una casa vieja, con un patio grande. Trabajaba en una sala llena de pájaros. Todos parecían vivos. Sabía hacer de la muerte una vida perfecta. Y hoy vendría a verles, en su automóvil.

Una hora después avanzaba por la carretera un coche anticuado y estruendoso. Miss Bárbara, al divisarlo, agitó una mano y empezó a bajar el cerro con trote de animal alegre. Pedro y Pablo la siguieron despacio, pensativos.

Galvarino Chahuán conversaba con Miss Bárbara cuando llegaron. Les tendió una mano recia, velluda. Se quitó los gruesos anteojos de automovilista, los puso cuidadosamente sobre el raído asiento de cuero, y buscó otros en su bolsillo. No se apresuraba. Descendió con una calma ceremoniosa. Era bajo, membrudo. Les palpó los cuellos atemorizados, mirando hacia arriba por el aire.

—Todo saldrá bien —aseguró—. No es una aventura.

Dobló la cabeza y permaneció ensimismado. Sabía que cada uno de sus gestos tenía un significado preciso para el temor o la confianza de los que estaban con él, y callaba con íntima satisfacción. Pedro no le veía sino la corbata roja en que brillaba una pequeña herradura de vidrio. Pablo había cerrado los ojos y deseaba alejarse.

—Lo mismo da un petrel que un hombre —murmuró entre dientes Galvarino.

Miss Bárbara asintió. Odiaba la duda.

—Nos veremos pasado mañana —dijo dulcemente—. ¿Hay algo que hacer hasta entonces?

—Nada, Miss Bárbara. Llegaré temprano, como hemos convenido.

Les alargó una mano y trepó en el coche. Sin volverse a mirarles, ajustó prolijamente sus anteojos de automovilista. Partió.

—Es un hombre admirable —murmuró Miss Bárbara.

XVI

Muchas veces hubo en la casa un hondo silencio. Mayor que éste, nunca. Se oía todo: el traje negro de Miss Bárbara, la inmóvil sonrisa de Pedro, la mirada fija de Pablo.

Estaban junto a la chimenea esperando a Galvarino Chahuán. Isidora había salido al amanecer, como todos los años, y no regresaría hasta la noche. Era su día de compras que sólo podían hacerse en los pueblos vecinos. Después volvía cansada. Encendía la luz de la despensa, y unos hombres descargaban sacos y cajones de una carreta. Los bueyes rumiaban en la obscuridad.

Arriba, en su cuarto, Enriqueta dormía sosegadamente. Había llamado hacía un largo rato y Miss Bárbara sabía que su sueño ahora era profundo. También había pensado en eso. Bastaban dos píldoras y sobraba otra para después, que acaso no le daría.

“Vendrá pronto”, calculaba. Y bajando los ojos veía la hora en su reloj. Tenía grandes muñecas y un vello rojizo se extendía por su pulsera de plata.

Repentinamente, sin moverse todavía, se miraron un instante. Algo sonaba afuera, acercándose con lentitud. Y de pronto se percibió, apagado, el motor del coche. Era un martillo en la mañana. Crecía su gol-

pe sordo, entraba en la casa, caía en las paredes. Miss Bárbara volvió los ojos a la escalera. Todo en calma. Y se levantó, tranquila.

—Aún es tiempo —les dijo—. Vuelvo a preguntarles si...

Pablo afirmó con leve movimiento de las cejas. Pedro respondió en voz baja:

—Le esperamos.

Entonces los dejó solos. Fue a recibir a Chahuán y la vieron, por la ventana, alzar un brazo. El automóvil se detuvo ante la puerta.

—Ayúdame —pidió Galvarino—. Yo llevaré la mesa plegable. Traiga usted mi maleta.

Miss Bárbara caminó delante y depositó la maleta en un rincón de su cuarto. Galvarino cargó unas tablas forradas con una tela de cáñamo. Instaló la mesa frente a la ventana y la cubrió con una sábana limpia.

—Podemos comenzar —decidió.

La inglesa fue a buscarles. Conversaban a media voz y se detuvo hasta que callaron.

—Cuando ustedes quieran —murmuró sonriéndoles. Tal vez deseaba decir otras palabras y repetía—: Cuando ustedes quieran.

La siguieron de puntillas, mirándole la melena pelirroja que se mecía al caminar. Su cuello era ancho, oscuro. Lo ceñía, apretado, un collar de cuentas verdes.

—Estoy acostumbrado a trabajar solo —dijo Chahuán—. La llamaré cuando termine, Miss Bárbara.

Sumisa, inclinó la frente y apegó su mejilla a la de Pablo. Olía a menta, como detrás del tablero de ajedrez.

—Despídanse —agregó con voz que casi no se oía.

Y les juntó las manos en la suya demasiado grande. Después la puerta se cerró sin ruido.

—*My God!* —gimió la inglesa.

Sonaba el reloj de la cocina. Por la carretera, mirando hacia la casa, pasó Mercedes con una cesta colmada de legumbres.

Miss Bárbara olió las flores que había reunido para Pablo y comenzó a disponerlas en un hermoso ramillete. Eran geranios y margaritas del jardín. A Pablo le gustaban y a menudo iba a buscarlas para adornar la mesa o su cuarto. Pedro no amaba las flores y nunca preguntaba el nombre de las que aparecían por los cerros. Pablo era curioso y averiguaba lo que no sabía. Una vez quiso que le dijeran cómo se llamaban todas las estrellas, en el mar, después de oír una historia de navegantes.

“He resuelto suicidarme”, recordaba la inglesa.

Y ordenaba las flores que pensaba poner en el hombro de Pablo. Sus ojos estarían abiertos como los de la lloica de pecho colorado. *Oh, my!* Vivos, idénticamente vivos, y de cristal como en un muñeco. Una cabeza callada para siempre, junto a la otra. ¿Qué sentiría Pedro, entonces? Les había explicado: nadie moría. Y Pedro deseaba ser él mismo, sin Pablo.

“¡No pensar! —se decía Miss Bárbara—. ¡No pensar más en esto!”

Pablo era una cabeza ajena. Y terminaba. “He resuelto suicidarme.” No. Suicidarse, no. Ni morir. Nadie moría. Ser él mismo; no más que esto, ciertamente: ser él mismo. Es decir, cierto orden en una vida desordenada. El engaño consistía en una cabeza. Tenían que pensarlo bien todos: una cabeza que se suprimía, sin que nadie muriera. Arrancarla era imposible. Embalsamada, Pedro era él mismo. ¿Cómo podría explicarlo mejor? Seguramente, como un sueño de que se despierta para olvidarlo.

Miss Bárbara dejó las flores y se allegó a la ventana. Una muchacha descansaba en la carretera, junto a un canasto. Cuando la vio, se fue sin mirar de nuevo la casa. ¿Dónde la había encontrado antes?

Subió al cuarto de Enriqueta y estuvo contemplándola dormir. Se lo diría todo exactamente como era. Pedro vivía. Pablo no había muerto. No tenía muerte. Y le habían pedido que lo jurara. Pedro la

defendería. ¿Dónde estaba el mal? No existía en parte alguna. Embalsamar una cabeza sin causar la muerte de nadie, ¿no era probar que la cabeza engañaba? Hubiera preferido la de Pedro, pero ellos mismos decidieron cuál debía desaparecer. No. Tampoco desaparecería. Continuaba de otra manera, iba a ser un recuerdo que no envejece. La otra, con los años, sería de hombre, de viejo. Esta, siempre joven, como todos la vieron.

Porque, pensémoslo: ¿quién desearía una cosa semejante? Nos gusta saber quiénes somos. Conocerlos. Y nadie se conoce cuando dos cabezas piensan al mismo tiempo ideas diferentes y sólo hay un cuerpo para vivir.

XVIII

—Ahora puede entrar.

Miss Bárbara deslizó un dedo frío entre su cuello y el collar de cuentas verdes que lo oprimía. Respiró ansiosamente y cruzó el umbral con pies que no pesaban. Le parecía de pronto tan extraño ser Miss Bárbara y tener un cuarto donde había un hombre que comenzaba a desprenderse de unos largos guantes. ¿Qué le decía? ¿De qué le hablaba? Tener un nombre, caminar, ver cosas: una mentira que cuentan y se oye vagamente.

Fue a la mesa y miró. Había un olor pegajoso, unas jeringas, una sábana. Miró otra vez y descubrió los ojos azules de Pedro. La contemplaban bellamente, acogiéndola.

—Ya ha despertado —dijo.

Galvarino Chahuán rió con un júbilo discreto. Se golpeaba una mano con los guantes.

—Es la mejor alabanza que se puede hacer de mi trabajo, Miss Bárbara.

No le entendió la inglesa y se volvió a mirarle.

—No ha despertado, Miss Bárbara. Esa es la cabeza que he embalsamado.

—¿La de Pedro?

—No lo sé, Miss Bárbara. Traje ojos azules que sólo servían para él. Además, tenía mejores los músculos del cuello. Me bastó un simple examen para convencerme de que mi trabajo quedaría más perfecto ahí que aquí.

—Pedro deseaba vivir —murmuró la inglesa—. Deseaba vivir y usted lo ha muerto.

—No. Eso no. El muchacho vive. Tengo un prestigio que defender, Miss Bárbara. No pude encontrar unos ojos oscuros que fueran exactos. Azules, sí. Nunca me atreveré a arriesgar el buen nombre que he alcanzado.

La inglesa habló para sí precipitadamente.

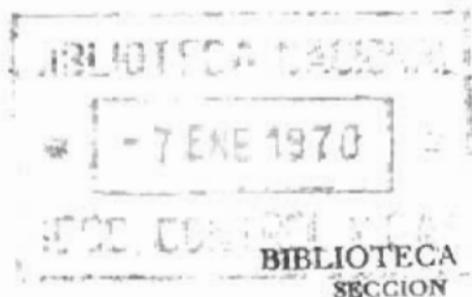
—Si lo examina con toda la atención que me atrevería a pedirle, Miss Bárbara, reconocerá que éste va a parecer tan vivo como el otro. Y más. Le he dado una serenidad secretamente expresiva. Sonríe. Todo lo comprende. Nada le inquieta.

—Amaba la vida, Galvarino Chahuán. Pablo no la quería.

Entonces se oyó una palabra confusa, breve. Pablo abrió los ojos y llamaba a alguien. Una liviana sombra le envolvía. Lejano, perdido, empezaba a vivir un sueño inverosímil.

Miss Bárbara apegó el oído a su boca. ¿Qué hablaba, despertando? Era apenas un nombre.

—¡Mercedes! —decía—. ¡Mercedes!



INDICE

Hernán del Solar y la Vida Mágica, por Salvador Reyes	7
De "Viento Verde"	
Viento Verde	23
El Retrato	35
Ventana Hacia el Río	43
De "La Noche de Enfrente"	
Pata de Palo	55
Rododendro	61
Bombo	73
Genealogía	81
Naturaleza Muerta	91
Orfeo	97
Bicéfalo	113

Este libro se terminó de imprimir
el 18 de noviembre de 1969
en los talleres de la
EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
Av. Santa María 076.
SANTIAGO DE CHILE.

SECCION REGIONAL
CHILESA



Como se señaló en el momento de concederse el Premio Nacional de Literatura a Hernán del Solar, no sólo la crítica incesante y el relato puros, ejecutados magistralmente, fueron razón de peso para los jurados, sino también preferentemente la pléida presencia de una serie de relatos que conjugan imaginación y poesía con grandeza y personalidad.

Los mejores cuentos de Hernán del Solar reúne piezas maestras del vigoroso y a la vez tierno y poético narrador chileno.

FABRICACION
CHILENA
PRINTED
IN CHILE